

El Maravilloso Antro del Eón

Por

Domingo Hernández Varona

***Free*editorial** 

La última pancarta descolorida por la lluvia y los tantos días que deshicieran los calendarios y, a los treinta años en que la imprescindible cotorra se posara en el balcón, donde el Presidente Manolo Cabulla Zumarreta pronunciase su primer discurso; y cuando ya era cosa trivial el aviso de jubileo que en su primer día intencionaran los ánimos con que los asuncinos, casi en perfecto acuerdo votaran por su Presidente. (O nadie sabe si fue por la antigua y muda Constitución y sus fieles seguidores) y que él más tarde modificaría muy para mal.

Las banderolas se deshilaban y, ya no eran colores rebeldes sobre el aire; los cuadros del Presidente diseminados aún en lo alto de los establecimientos públicos, en la paredes de las oficinas, las escuelas y los comercios; agobiaban al igual que el prócer discurso tantas veces repetido de que: *“sólo una piedra que muevan los dedos, es un edificio para armar la República”* o aquello de: *“vine para luchar por todos ustedes...”*.

La palabra “Patria”, desde entonces adquirió un membrete apotégmico que la identificaría con la gloria y la inteligencia del Presidente Cabulla Zumarreta. **“No estar en las ideas y la gloriosa obra de nuestro Presidente Manolo Cabulla Zumarreta, citaba la doctrina epilogando conceptos es no amar a la Patria, porque sin nuestro Presidente Manolo Cabulla Zumarreta y su Revolución Tripeyana, no puede existir la Patria que hoy acontecemos”.**

Y Fustigaba en el recuerdo el desenlace de todas las cotorras de Asunción:

Crónica de 14 de marzo: SEGÚN NUESTROS MÉDICOS HAN DETECTADO, LAS COTORRAS PRODUCEN EN LOS HABITANTES DE ASUNCIÓN, EL SÍNDROME DEL COTORREO. ES POR ELLO QUE NUESTRO GOBIERNO HA ADOPTADO LA TRISTE Y SEVERA DECISIÓN DE SACRIFICAR A TODAS ESTAS AVES, SUS HUEVOS Y TODOS AQUELLOS ESPECÍMENES QUE PROVENGAN DE ESTA ESPECIE, TANTO LAS QUE HABITEN EN CASAS, EN ZOOLOGICOS O A CAMPO ABIERTO.

Crónica del 28 de marzo: “AL AVISO DE QUE EL CIUDADANO SR. ANDRÉS VILLAPORTE DE LA TRANSICIÓN, ALTERABA EL ORDEN EN EL DISTRITO DE –MADRUGA, LAS AUTORIDADES DEL LUGAR PRECISARON DETENERLO, Y COMO EL SUSODICHO VILLAPORTE DE LA TRANSICIÓN, NO SE DETENÍA DE ARTICULAR IMPROPERIOS CONTRA EL GOBIERNO Y LA FIGURA DEL SR. PRESIDENTE; LAS AUTORIDADES SE OBLIGARON A PEGARLE UN CATAPLASMA EN LA BOCA. MAS TARDE MORÍA EN SU CELDA SIN DEJAR POR UN INSTANTE DE PRONUNCIAR SUS ANATEMAS.

Crónica del 1ro de abril : SEGÚN LAS PESQUISAS REALIZADAS EN LA HABITACIÓN DE LA CASA DE HUÉSPEDES DE LA SRA. DOÑA MARTININA, DONDE RESIDÍA EL SR. VILLAPORTE DE LA TRANSICIÓN, SE VERIFICÓ QUE ESTE HABITABA CON CINCO HERMOSAS COTORRAS DE TAMAÑO DESCOMUNAL, LAS QUE AL VER A LOS UNIFORMADOS, COMENZARON A CANTALETEAR PROVERBOS SUBVERSIVOS. LAS COTORRAS FUERON DETENIDAS.

Crónica de 6 de Abril : SEGÚN DICTAMEN DE LOS CIENTÍFICOS, LAS HERMOSAS COTORRAS, PROPIEDAD DEL SUSODICHO VILLAPORTE, EN DÍAS ANTERIORES DETENIDO Y MUERTO MISTERIOSAMENTE DESPUÉS, Y QUE ÉSTAS FUERON INCAUTADAS EN SU HABITACIÓN; HABÍAN CONTRAÍDO EL PELIGROSO SÍNDROME DEL COTORREO, DEL

QUE AL PARECER TAMBIÉN PADECÍA SU DUEÑO...

El Coronel Muzio Macorige Menéndez, fue llamado con urgencia al puesto de mando por su jefe el General Andrónico López Casuse, la orden era precisa: *“Desde este momento todas las tropas están movilizadas con los recursos necesarios para aniquilar a todas las cotorras existentes en el país, tanto en tierra como en el aire; es una orden expresa del Presidente Manolo Cabulla Zumarreta.”*

Y el Coronel Macorige Menéndez mirando con fijeza a su jefe, y queriendo cumplir las ordenanzas ortodóxicamente como lo había hecho siempre; pero un hormigueo incesante le hizo aluvión dentro de su cuerpo, y “mi General, es un extravío de la mente; algún día tendremos que responder ante el pueblo de Asunción por esta locura.” Y el General que mira asombrado, como si no le creyera a su subalterno, como si de pronto el gusto se le tornara amargo, o estuviese percibiendo el sabor helmintológico del dedo aprensivo de un muerto; “– es una orden Coronel, y las órdenes no se pueden discutir, sólo cumplirse al pie de la letra.” Y el Coronel de nuevo quieto, con la mirada fija; y el cuadro del Presidente en la parte alta de la pared, recorriendo con sus ojos cada punto de la estancia; tal como si ordenara el cumplimiento de sus designios a todos los presentes. Y “pero General, todos sabemos que el síndrome del cotorreo no existe, que la sentencia de muerte se la preparó el mismo Presidente, por la osadía imprevista de posarse aquella mañana en el balcón, donde pronunciaba su primer discurso de la magistratura.” Y el General despidiendo todo el color enrojecido desde adentro después del fuego intenso de la fragua y, a punto del celeberrimo martillazo del forjador. Y “–Coronel Macorige, repórtese, Usted es un alto

oficial de la República y del Ejército de la nación, se debe a la filosofía establecida por nuestro Gobierno...hizo una pausa, al tiempo que intentaba sacarle las ideas que tenía el Coronel por dentro, para después continuar con su soflama vesicante contra su hierático subalterno: ...Pero dígame Coronel Macorige; Usted conserva todavía cotorras en su casa o, alguno de sus familiares las posee en desacato a las ordenanzas establecidas, y dispuestas por nuestro ilustre Presidente...” Y el Coronel desafiante, la frente alta y los ojos que no miran a los del cuadro del Presidente Manolo Cabulla Zumarreta, sino al del General Gerardo Banderas Sánchez, el libertador; y estos, como si le ordenaran alabadamente que no ejecutase la orden de su General en Jefe. El cuadro del libertador con su uniforme de gala, la mano aferrada al puño del sable, y sus pupilas descubriéndole el alma; tal como le describiera su abuelo desde el sillón del corredor hacía veintitantos años antes.

“ Sí mi General, quién en Asunción no tiene cotorras; hasta el propio Presidente tiene cotorras en su casa...” Y de nuevo el General Andrónico López Casuse, con el rostro teñido de rojo y los labios y los dientes una tromba que desarma el polvo o, que embuda sobre el mar para llevarse por los aires hasta lo más inverosímil. Y “– Coronel Macorige, desde este momento se encuentra Usted detenido por el delito de sedición e incumplimiento de una orden en tiempo de guerra; así lo informaré al Sr. Presidente...la Orden la cumplirá el Tte. Coronel Ortega Varona, quien le sustituirá en el cargo...”

**

Crónica de 14 de abril: EL CORONEL MUZIO MACORIGE MENÉNDEZ, QUE EN REALIDAD SE LLAMABA MARCOS RIGEZIO MENÉNDEZ, A LA SAZÓN SEGUNDO JEFE DE DEFENSA DEL PAÍS, DESPUÉS DE SER DESTITUIDO DE SU CARGO, MURIÓ EN EL DÍA DE HOY EN LA PRISIÓN A LA QUE FUE DESTINADO; Y SEGÚN LOS INFORMES MÉDICOS, EL ILUSTRE CORONEL HABÍA CONTRAÍDO LA TERRIBLE ENFERMEDAD DE LAS COTORRAS; DEBIDO A ELLO NUESTRO ILUSTRE PRESIDENTE, MANOLO CABULLA ZUMARRETA, EL GOBIERNO DE LA REPÚBLICA Y EL MANDO DEL EJÉRCITO, LE OFRECEN A SUS FAMILIARES EL MÁS SENTIDO PÉSAME, PERO COMO SU MUERTE SE DEBE A LA CONTAGIOSA ENFERMEDAD QUE NOS AQUEJA A TODOS, SE HA DETERMINADO NO RENDIRLE LOS HONORES MILITARES QUE POR SU RANGO CASTRENSE MERECE, Y PROCEDER DE INMEDIATO A SEPULTAR SUS RESTOS Y EVITAR CONSECUENCIAS ADVERSAS Y PELIGROSAS.

Crónica del 18 de abril : NUESTRO GOBIERNO, NUESTRO QUERIDO PRESIDENTE; SE HAN VISTO EN LA PENOSA MISIÓN DE UTILIZAR LOS MEDIOS COACTIVOS DISPONIBLES PARA

ELIMINAR A NUESTRAS INSIGNES COTORRAS; YA QUE DESPUÉS DE HABERSE AGOTADO LOS MÉTODOS PERSUASIVOS, NO SE HAN LOGRADO LOS OBJETIVOS DESEADOS. SOLICITAMOS AL GLORIOSO PUEBLO DE ASUNCIÓN, QUE HOY COMO SIEMPRE AYUDEMOS CON ÍNTEGRA COLABORACIÓN, A LAS GESTIONES PURAS E INSIGNES DE NUESTRO PRESIDENTE Y GOBIERNO.

Y el Tte. Coronel Ortega Varona cumplió la Orden, y las insignes cotorras después de lanzar su epitafio prontuario contra el cielo sensual de las mañanas y las tardes de mayo, fueron incineradas por los uniformados en un lugar secreto en las afueras de las ciudades. El dolor ínsito y la nube oscura que se deslizó sobre los techos y, que descendió sobre la tierra y el mar de Asunción y sus alrededores. Las cotorras de Asunción, cometa de sombras disipándose en el aire; y las campanas que tejen exequias avisando a las homilías, mientras los soldados husmean adentro de las casas, en los comercios particulares y, en cada sitio donde pudieran esconderse las proscritas; sitios donde no debieran inmiscuirse soldados con fusiles ni sus ojos oblicuos y, ni apenas sus dedos revolviendo las cuestiones que no era del asunto instituido de los soldados. Las botas, un decapitar de mosaicos y de aceras, un retumbe entre las calles y las avenidas, entre los anuncios y los adoquines; y las cotorras de Asunción que aletean en las manos, rebullan, ofenden, arrancan la carne con sus picos oquedosos. Pero no sólo ellas se van delante de las armas y de los ojos oblicuos de los soldados y policías; también se iban aquellos quienes le desencajaron los cierres y, les izaron a vuelos urgentes por los balcones, para que en el último intento democrático salvaran su vuelo; no obstante la costumbre puede más que la razón, y encanta con la lengua como la serpiente. ***“Y dijo la mujer: la serpiente me engañó, y comí.”*** Y las cotorras muchas quedaron sin volar porque ya no sabían volar y, se quedaron extrañadas mirando indecisas a los dueños y a los soldados. Y la sangre confundida con las aguas del Maracutey, corriendo entre la espuma, atajada en los vados; y el olor ínsito como un fugitivo penetrando por las ventanas, por las puertas del fondo. Y la espera insoportable de oír al *Salvador* esclareciendo, recriminando, castigando la ofensa. Pero él espera, acecha en los días y no teme; calcula como el tigre que guarda en su cuerpo; medita cada rincón de las conciencias y aguarda.

Y el día, como las campanas preestablecidas después de las misas del domingo o de cuaresmas llegó; sorpresivo, en la mañana; sólo una vez en la noticia, pero el tono categórico, matemático, excepcional. Y, **“HOY EN HORAS DE LA NOCHE, POR TODAS LAS FRECUENCIAS DEL PAIS, NUESTRO LÍDER, NUESTRO MESÍAS, EL PRESIDENTE MANOLO**

CABULLA ZUMARRETA, LES DIRIGIRÁ SU PALABRA AL PUEBLO DE ASUNCIÓN.”

{Y habló sin preámbulos, los ojos histriónicos, la frente hendida de arrugas, como si el sueño no regresara, y estuviese abejorro en el aire suspendido; y su voz en tono bajo, casi en susurro, convenciendo, argumentando; la argucia como una campanilla de cristal en los oídos y en el alma. Y el Presidente que subyuga, gladiador en la gran batalla, y el pueblo enigmáticamente creyendo, pasionalmente creyendo; como si todas las almas fueran una y por un solo afluyente las mismas aguas} Y ***“Asimismo esta es la ley de la expiación de la culpa: es cosa muy santa. En el lugar donde degollaren el holocausto, degollarán la víctima por la culpa.”***

Y el **profeta**, el **apodíctico**, conquista sin espadas ni azagayas la fortaleza pugnante. Y, *“nos duele cubrir en el martirologio a quienes con estigma paradigmático, indicaron con la presencia, un lugar axiomático en la Patria; mas sólo uncir de culpas a aquellos aviesos, que en las sombras de la afrenta y en contumaz acuerdo con los enemigos en Mexicalindi, han vertido con falaces maniobras, este infausto padecer contagioso en nuestras cotorras, por lo que nuestro generoso Estado, con dolor, porque sólo emitir su nombre, es motivación para los epítetos más grandilocuentes; se ha visto en el terrorífico desenlace del que hoy somos partícipes, con el llanto más amargo de nuestros corazones. Sin embargo, los que en cumplimiento de una Orden militar han cometido excesos deleznales contra el pueblo, serán juzgados cuanto antes. Nuestra Revolución Tripeyana jamás puede ser enmohecida con acciones lerdas que manchen el camino limpio de su historia.*

Y el pueblo creyó nuevamente en la magia de las palabras, y los encarcelados siguieron existiendo en la noche interminable, al tiempo que por las calles y las avenidas prosiguió el impass cotidiano de los pasos. Al vuelco de los años a muchos no les quedase resquicio alguno en la conciencia y en el asombro mismo; de cómo habrían podido ser de imaginarios los idilios, cómo les llenó los estómagos, cómo la sangre se les hizo vuelos; sin percatarse apenas que estaban gestando fantasmas y cuartos en brumas; que las zarpas del tigre despuntaban incipientes por la carne; sólo bastaría el tiempo para despertar bajo sus oligofrénicas miradas, en una noche infausta cualquiera.

Y habría que recordar el infausto año en que los comicios electorales estuviesen plagados de sorpresa, tanto así, que por primera vez en cincuenta años resultara electo para Presidente de la República un miembro del Partido Tripey; el candidato Manolo Cabulla Zumarreta, quien había obtenido la abrumadora cifra del setenta y dos por ciento de los posibles votantes de la nación (quizás fuese por lo que prometiera en sus alocuciones de candidatura; aunque la gente del partido adverso lo achacó a una aviesa intromisión extranjera en el oído de los votantes). Para periodistas, críticos y politólogos,

era asombroso que los electores de Asunción, casi en masa votaran por Cabulla Zumarreta; un connotado y archiconocido desde el comienzo de su carrera política dentro del Partido Tripey; como normópata, paranoico y lunático. Se sabía, que ya en sus años de adolescente los más allegados a él lo consideraron como al más genuino de los lunáticos y, que las monomanías le cargaban las hormonas, que se le iban por el cuerpo en cada una de sus acciones; a tal modo que las leyendas dejaron traslucir de que en cierta ocasión a los diecisiete; hubo de encerrarse en su cuarto durante más de siete días con sus ciento sesenta y ocho horas, para llevarse el mérito de haber leído la astronómica cifra de dos millones quinientos mil doscientas nueve páginas, de unos tantos doscientos volúmenes de comics y novelas eróticas tales como “Trópico de Cáncer” y “El Coloso de Marussi” de Henry Miller, “Justine o los Infortunios de la Virtud” de el Marqués de Sade o “El Amante de Lady Chatterley” de D. H. Lawrence.

Acaso se habían equivocado los catorce millones de los dieciocho millones de habitantes de Asunción posibles a votar, acaso los votantes fueran catorce millones de paranoicos confesos, de lunáticos con antifaces que habitaban peligrosamente las casas y las avenidas o quizás catorce millones de equivocados, quienes creían solucionar los equívocos de la nación, con el laudo de subir al poder a un normópata, un snob como Manolo Cabulla y, que sólo unos pocos tuvieran la cordura necesaria para pensar con tiempo, que ir a las urnas no era lanzar piedras a un río, y ver las burbujas y los aros circulares desde el centro a la orilla. Que los equivocados fueran los millones restantes que votaron por el partido contrario o los que se abstuvieron.

Al fin estaba en el balcón del Palacio, con su festón coloreado sobre el pecho; el nuevo Presidente de la República: don Manolo Cabulla Zumarreta; desde ese instante comenzaría para Asunción los designios más increíbles desde que lograra su independencia...

Desde el balcón presidencial pronunciaría su primera oratoria, mientras los fanáticos correligionarios sobre las calles le contemplaban, como si estuvieran en presencia del cometa Halley; que por milagro imprevisto habría bajado sobre Asunción en el medio de aquella mañana apacible y desapercibida de nubes . Aún se guarda en las bibliotecas aquel histórico discurso con más de mil doscientas veintidós palabras, en sólo cuatro horas, quince minutos y treinta segundos... cuando una cotorra planease el aire para culminar el vuelo sobre el balcón y, muy cerca donde el Presidente consumía sus cuatro horas y quince minutos de retórica; (antonomasia de barrunto subversivo para el Presidente. Mas para el pueblo sería el estímulo simbiótico de que se estaban uniendo la “*gloria*” con el ave nacional de Asunción) caramba gran Líder, que para cualquier otro que no fueses tú mismo, aquello hubiera sido un símbolo místico, por el cual el cielo te estaría enviando el anuncio de que el presente

comenzaba en paz con el pasado; porque incluso se te olvidó que tú eras el Presidente elegido por los habitantes del país de las cotorras, que tú aprendiste a hablar por una cotorra que colocara tu nodriza en una jaula en tu mismo cuarto y, a sólo dos metros de la cuna en dónde aprendiste también a mirar por largo rato el techo de la casa, porque aunque tu padre Leopoldo Cabulla Santosenamorados era un hacendado con largas extensiones de tierra, no estaba en condiciones de gastar su dinero en marugas o en tiovivos que girasen con musiquillas encantadoras sobre el espaldar de tu cuna, por ese tiempo don Leopoldo prefería jugarse las sumas más gordas que pudieran concebirse, por fornicarse a la ramera mejor pagada de la ciudad y sus suburbios; aunque después se gastó lo más que pudo para que su único hijo se hiciese abogado y no un lector de novelas eróticas prohibidas, quizás para darle en la cabeza a doña Paulina, quien empezó a decir que las locuras del hijo provinieran de cierta enfermedad que contrajera don Leopoldo con alguna de las tantas putas con las que éste se acostase antes y en toda la extensión de su matrimonio (que esto último lo dijo cuando apenas le quedaban fuerzas en los pulmones treinta años después la misma nodriza, olvidada, sin sustento propio para asistir pobreza; al no ser la de su única hija, quien asimismo tuviese que andar sumida en las tantas ilegalidades cotidianas que se hicieran necesarias bajo el poder del vitalicio gobierno de Manolo Cabulla Zumarreta y sus seguidores más cercanos). Aún se guarda en la memoria aquel pintoresco instante de una cotorra arribando, precisamente a las cuatro horas con quince minutos y treinta segundos de haber ascendido a la cumbre del poder, para *gobernar con inteligencia y sindéresis suprema, el verdadero “Progenitor de la Patria”*; que era un símbolo de buenos augurios para aquellos millones de suspiros juntados allá afuera debajo del Palacio de Gobierno y, también para aquellos que presenciaron el acto de investidura por la televisión; mas para el Bendecido no obstante; la aparición intempestiva de la ilustre cotorra sería el mayor de los insultos; porque halló en ello el símbolo procaz de que alguien sobre aquella tierra; le estaba advirtiéndole en el mismo inicio de su llegada a la gloria; de que sus palabras habían llenado hasta la saciedad los espacios auditivos de la gente y, que las neuronas viciadas resistían sólo por inercia y por obligada consideración; por lo cual imaginó a regañadientes, que la presencia de la intrusa posada sobre su hombro; sería (el aviso) para utilizar los treinta segundos restantes, en saludar a los correligionarios y concluir su primera oratoria... (aunque nadie se lo dijo, aunque nadie gritó desde abajo, aunque nadie le mencionó que era insoportable su larga perorata; él estimó que la cotorra no habría llegado hasta su hombro por pura coincidencia, sino que alguno de sus adversarios políticos, quien pudiera ser cualquiera de los que se encontrasen aglutinados allí debajo de sus pies; pudo haberla preparado para urdirle la más intencional de las protestas a pesar de ser el elegido de las multitudes, por tales motivos entonces desde ese momento juraba

internamente ser implacable con el objeto y con el sujeto, o sea así fuese el intento y sus consecuencias o posibles consecuencias, aunque los conatos no lograsen los objetivos para los que se habían hecho, sin embargo para él serían como si se hubiesen consumado.)

Desde entonces se reguló en Asunción el paso por las carreteras, el uso de los claxon en las ciudades; y hasta la lectura del periódico de los viejos en los parques, y aun sus miradas *verdes*, regodeadas en los muslos exuberantes de las jovencitas del Instituto y, hasta se prohibió discutir sobre si era sensato o no construir un muro en la frontera de Asunción, como él propusiera.

Verdosas por el musgo y el limo de las lluvias lucían sus estructuras las majestuosas escuelas, construidas para enseñar a viejos y a nuevos a iniciativa del Presidente, a reír en sus diversas formas. “Y los asuncinos, diría no saben reír, porque al hacerlo empujan sus bocas delante, que más que ciudadanos contentos, parecen ratones olisqueando su presa; hay que crear escuelas especiales para subsanar tales deficiencias humanas...” Y temieron los habitantes a los gatos, a los perros y las gallinas y, al peligro misterioso de que estos se convirtiesen en fieras indomables. Los dúctiles felinos, que guardan en sí el instinto de adivinar en los ojos de la gente las cosas escondidas, huyeron a los montes intrincados; subterfugio suficiente para que los roedores vinieran al escondrijo de las casas y los comercios. Por su parte los perros enmudecieron, y quedaban en los portones mirando aturdidos sin gesticular el más mínimo gruño; las gallinas mientras, deprimidas ante el holocausto, cluecaban indefinidamente hasta sus muertes.

Asunción tenía su Ley Fundamental, la que ningún Presidente desde la independencia atreviese a cambiarle una letra, un Código Penal para juzgar a los pocos ladrones, que por simples cleptómanos se lanzaban a romper la abulia de no sentir a los guardias tras su sombra; un Código Civil cual regulaba matrimonios y divorcios o los oficios libres y comunes entre los hacendados asuncinos. Fue así como asumió la presidencia Manolo Cabulla Zumarreta, tras la derrota en las urnas de su oponente; el empresario del Partido Cotorra Jubentino de la Rosa Guajardo; quien albergaba la ilusión de salir electo, adecuado a la gestión electora que había desplegado por años su conspicuo Partido y, porque en su Sistema se prometía fundar conservatorios de violín y flauta en toda la extensión del país, fomentar la industria de pianos y clavicordios, y ofrecer a las madres una ayuda filantrópica para el sustento de sus hijos; asimismo se proponía instituir el **“día Nacional del Hombre”**, y extenderlo a planos internacionales para que fuese proclamado universalmente; el abogado y periodista del Partido Tripey Manolo Cabulla Zumarreta; de forma sorpresiva, como por encanto fue el más votado para la presidencia en estos comicios, el mismísimo Manolo Cabulla Zumarreta, del que en tiempos más tarde se hiciera correr por sus opositores, conducía a

despecho de su esposa, Conchita Prendes de Gonzaga, sus íntimas copulaciones tal como si fuese un *bautismo canónico de Estado*: siempre a las seis de cada tarde, en el silencio acostumbrado de la habitación matrimonial; premeditadamente las ropas colgando en las perchas; sólo treinta minutos que esperaban los brazos y los senos obsesionados de Conchita, quien vibraría como una cuerda al sentir el falo hirviente penetrando en su oquedad; mas cada tarde esperaría con ansias, percibir el marasmo devenido tras la lluvia de lucecillas y la inconciencia que sintiera en la (Primera Vez), y que nunca más, hasta ahora sentiría. Tan enfermiza era la aciaga costumbre del Presidente por equidistar cada una de sus acciones; que precisaba hasta el desenlace inusitado de los orgasmos, el cadencioso ritmo o la locura recíproca de una cópula e incluso la hora y fecha en que debía lanzarse sobre el cuerpo ansiolítico de su esposa. Para Manolo Cabulla Zumarreta, Presidente o sin serlo aun, sin distinción y sin huellas, todo sería como el ensortijado pendular de los segundos vigílicos de la Gobernación; como si al crearle, sólo existiesen los perfiles severos de un monje y, en la concavidad de la noche el reflejo preciso de un reloj, anunciando que solamente en esos minutos con sus segundos, podía creársele y no antes ni después. Así también diría muchos años más tarde, envejecida y agolpada de recuerdos la institutriz de su primogénito; con la que tendría una larga historia de amores ocultos, los cuales nunca descubriera ni por atisbos su esposa Conchita Prendes de la Gonzaga; se hallaban siempre en la habitación de la institutriz a las mismas tres de todas las tardes, a pesar de todas las incidencias exigidas por su cargo de Presidente; él persistentemente buscara cumplir con la más suprema de las sicalipsis, que le imponía la manera de concebir sus conceptos de hombre semental; cuando la primera dama en su afán de surtir cada vez más las habitaciones y los armarios con los célebres vestidos y zapatos a la última moda, se iba a sus compras ordinarias, señoriales y exquisitas; siempre después que la institutriz comprobaba que el hijo menor del matrimonio presidencial dormía; ambos – tanto ella como el Presidente durante casi dos horas se *exorcizaban* de cuerpo y alma entre cópula y concupiscencias. Para el Insigne, todo era tan litográficamente calculado; que sus encuentros, los subterfugios y hasta las convulsiones internas; tendrían que ser algo inexorable, como implícito en los decálogos sánscritos para el cumplimiento *presidencial del sexo*. Ella presta con el lunar hexagonal en su seno izquierdo, su erógeno incendio de fuegos internos, el ritmo valvular del cuerpo y el calor sudoroso de sus manos; pero perpetuamente quedaba suspendida sobre una nube, sin conseguir siquiera atrapar las cientos de luces que en el fondo del río se vislumbran. Y él, siempre él, amándose a sí mismo; narcisista sobre todas las cosas. Ella nunca estuvo considerando que el Presidente de la República le sedujera en la intimidad, en la sublime y secreta intimidad, no le afectaba siquiera que aquel hombre fuese una máquina increíblemente automática, tan inverosímil para

hacer el amor sin los vicios que segregan las hormonas impúdicas de la pasión más sublime; sólo le concernía que fuese el Presidente, y ella, aunque en las sombras, la segunda dama de la República; quizás hubiese querido tener a un loco sibarítico desabotonando los pliegues de sus codicias; que no sólo le recordase al Presidente sino al hombre, al endemoniado hombre que le hiciese vibrar entre las sábanas cual fiera atiborrada de polifagias genéticas; sobre los mosaicos inertes, en cualquier rincón imprevisto, en el subir y bajar de los ascensores, en el calor de una bañera, sitios donde les llevaran el reptar de sus cuerpos impredeciblemente miméticos; y percibir la dureza de un glándula sensibilizado por la codicia intrínseca de su lengua y de su ávida faringe; como si en lugar de humanos, fuesen la síntesis precoz de dos fieras rabiosas mordiéndose hasta las mismas entrañas sedientas de sicalipmas.

Y eran de recordar los Pronósticos de un viejo adivino a sus doce años, quien ante fiebres extrañas que le consumían en las tardes y, que ninguno de los médicos consultados pudieron traducir sus orígenes ni consecuencias; le dijo a Paulina Zumarreta Cabello: “el mal que padece su hijo no es del cuerpo sino de la cabeza...” Y la Señora creyendo, palpando con el entendimiento de animal erizado con dientes y garras que se le viniera encima: “Su hijo no es un loco, padece de la enfermedad del tigre; el tigre medita en pequeños segundos el acto de lanzarse, y engullir la presa hasta dejarla en los huesos; es una tormenta de nervios, de emociones inevitables; que si en ese instante le palpara con los dedos, sentirá que arde como una caldera y, hasta tiembla como las hojas azotadas por el viento. Cuando el niño tenga esas fiebres hipnóticas, mírele Usted a los ojos, y verá entonces que estos le brillan como los del tigre antes de saltar definitivamente a su presa ...” Y la madre temió y, se le hizo la carne de cordero: “... pero no tema, él no se lanzará ni va a desgarrar la carne de nadie; sólo medita, sólo lucubra cómo matar teóricamente, su cabeza es puro cálculo...” Y la madre volvió a sentir escalofríos, como si las tortuosas fiebres se hubiesen transportado a ella, cual si las palabras del vidente fueran martillazos, que en cualquier instante cayeran sin remedio sobre su indefensión. “...este muchacho será grande, conseguirá aplausos y triunfos, pero dos cosas le verterán amargo sobre lo dulce: su costumbre de tigre y la de intentar desenraizarse de los árboles que le dieron sombra, sin mirar quién le alimentó, pero siempre hallará la inútil manera de perdonarse sus propios crímenes, mas aún no existen los dedos que logren hacerle sombras al sol; pues el sol es demasiado grande para tan pequeños los dedos...” Y el viejo aspiró el aire con fuerza y, después sopló como un caballo extenuado para concluir: “la gente lo va a querer al mismo tiempo que lo odie; los aplausos y las adulaciones no guardan los corazones, y las palabras no siempre valen más que el silencio.”

Y creció y penetró a las aulas anchurosas de la Universidad, y recibió las clases más extraordinarias de los profesores más eminentes, y se licenció

como todo un provechoso y catequista abogado; quien jamás entendió el misterio de la interpretación juiciosa de las leyes, los decretos o los formularios metodológicos del Derecho; y fue inteligente a pesar de que en sus lecturas de niño y púber nunca estuvieron los volúmenes doctos o científicos, porque los comics y las novelas eróticas donadas por su padre nada tuvieran que ver con las leyes y el Derecho. Él nunca interpretó lo que crearan los demás, así viniese del más eminente de los sabios quien hubiera vertido su inteligencia a los conocimientos de la investigación universal. Hay historias muy bien definidas que manifiestan su enfermiza paranoia, pero al tiempo su carácter extemporáneo de execrar y *excretar* a sus análogos; cuando intentó colocar en todos los centros de estudios desde los primeros grados hasta la mismísima sede universitaria, entre su puesto y el de sus condiscípulos, el esqueleto de un biombo hospitalario armado con pliegos de periódicos y, aun impidiéndoselo con recriminas ineludibles, él mismo fue creando su propia e insoslayable barrera sicológica de dominio. Lo que nadie pudo prohibirle, a pesar de los intentos de su madre Paulina Zumarreta Cabello adversándolo, pero que la imposición perniciosamente sicalíptica del padre Leopoldo Cabulla Santosenamorados lo imponía tácita o expresamente al no sólo conferírselas como obsequios de cumpleaños y como mérito a los estudios certificados, sino impugnándole a la esposa por su obstinada negativa reprobándolo; sería la lectura vaporosa de aquellas novelas eróticas de Miller, el Marqués de Sade, Lawrence y José María Vargas Vila. Sin embargo eligió a todo modo el Derecho para convertirse más tarde en el Sanctanctórum de la nación; e inexplicablemente conquistó a su futura esposa con los versos del poema Número 15 de Neruda en un pequeño parque arbolado a la orilla del río Maracutey, aprendidos exprofeso de memoria y, los cuales recitaba con una enfática emoción de beato, expresión bastante alejada de su meridiana prosaïquez:

“Me gustas cuando callas porque estás como ausente,

y me oyes desde lejos, y mi voz no te toca.

Parece que los ojos se te hubieran volado

y parece que un beso te cerrara la boca...”

Ni siquiera los peces del río Maracutey con sus cabezas alargadas y navegables, en sus instintos de truchas argentas, las carpas, los peces gatos, los careyes y todos los alevines correspondientes en su intento natural y evolutivo de convertirse en adultos; pudieran imaginar que en el decursar de los tiempos, sentirían en sus gustos el extraño y acre sabor de la sangre de las insignes cotorras de Asunción, confundiéndose con el cristalino fluir del Maracutey por sus riberas, ese fue el precio que tuvieron que pagar por la dicha de no estar como *mamíferos* andando sobre la superficie firme de aquella tierra de

Asunción; de ser testigos involuntarios, pero sin obligación o exigencia de ser conducidos a declarar ante alguna corte sentenciosa, donde hasta el silencio fuese el más delictuoso de los perjurios.

Asunción era la tierra de los asuncinos; ochocientos dieciséis mil cuatrocientos treinta y cinco kilómetros cuadrados y aproximadamente veintiséis millones quinientos diez mil de habitantes; su economía principal era la producción de lluvias artificiales, las cuales se exportaban especialmente a los países de inamovibles desiertos, se construían también locomotoras, camiones y automóviles; además la cría y venta de cotorras, que por miles se negociaban a buen precio por el mundo, y eran la gracia exquisita asimismo de muchas familias en Asunción: verdes, rojas, y amarillas. Por lo demás tenía ríos y arroyuelos que se deslizaban apacibles y sin tropiezos por sus cauces, en especial el Maracutey, quien descendía de la Sierra Macaraná y bañaba con sus aguas las riberas de casi todo el país.

Repetirían los viejos, y la transportaban de generación a generación una y mil veces la leyenda de que una india de nombre Macaraná, anduvo perdida durante años en los espesos bosques sin probar apenas el más ínfimo sorbo de agua, hasta que un día subió a la montaña más alta y, con una piedra filosa abrió un agujero; cuando de pronto una sinfonía de flautas y arpas se desprendiera desde el centro de la tierra, y fuera ascendiendo como un mirlo en pleno vuelo, hasta brotar el manantial que se deshizo con sus tentáculos transparentes por el valle de Maracutey y, de tal manera por las tierras fértiles del país entero. Otros sin embargo sostienen que su origen se debió a que el indio Guanacahata, intentando apagar el volcán Macaraná, que con sus lenguas de fuego y lava asolaron por épocas las tierras de los pobladores aborígenes, antepasados de los contemporáneos moradores de Asunción; se fue hasta la orilla del mar y bebió durante horas y horas largos sorbos de agua y, después subió al cráter para verter sus desechos urinarios durante días y noches en el pozo humeante del volcán Macaraná; por la boca rodó a las laderas e inundó el valle Maracutey para convertirse en el río de aguas eternas que se desliza por casi toda Asunción.

Oh portentosa leyenda que habita como árboles plantados sobre esta tierra, que sopla desgajando el polvo, y deja su sabor de tiempo en la complacencia eurítmica de lo eterno. De nada valdrían hoy los opúsculos doctrinales, las palabras concordadas para decir en los podios exuberantes de multitudes, los cientos de apotegmas enalteciendo el poder; de nada si el General Gerardo Banderas Sánchez no hubiese cortado la madrugada con la hoja vigílica de su sable, con el disparo certero iniciando la explosión; nada sería ahora sin el General Méndez Vasconzuelo o el Coronel Abelardo Zumarreta López, nada sin las legiones de inverosímiles soldados descalzos, para hacer libre a esta nación del yugo colonialista, el cual había sumido en la barbarie y la

esclavitud a esta tierra por más de cinco siglos de dominación absoluta; gracias a ellos surgió esta República independiente y soberana, que con los años se hizo de una economía fuerte y sostenible; sin ellos las palabras fuesen hueras y abarcables en un puño; después de este holocausto y de los miles de habitantes de Asunción, quienes serían capaces de lanzarse a los campos de batalla a inmolarse por conseguir la plena libertad;

la tierra de Asunción tuvo un nombre propio en la historia de los hombres, y se hizo grande y respetada por todo el mundo. Pobre de los falsos anacoretas, de sus gesticulaciones tremebundas; sin las siluetas deíficas de aquellos nombres fabricando la gloria. Hoy qué hubiese sido de este advenedizo *profeta* sin las páginas indelebles reposando en los estantes, sin el tañido por la entrada victoriosa de los libertadores, incluso sin los versos honorables de los rapsodas, eximios sobre el pedestal homérico, presto el aforismo circunstancial al retórico hilvano, al desenlace de marra para ensalzar presentes y obras circunstantes. Y hoy, el augusto hombre –el gran Presidente, el gran Líder, el gran Orfebre; por sobre todos los suspiros y las cabezas invocándoles para sostener su egregia, y en la confusión de lo pagano hacerse de los acrósticos y pensiles del olimpo, y mientras el genuino *Zeus cautivo en una celda*, él luciendo su corona sobre los cirros; quien inventase batallas sin rasguños en su cuerpo, inventase una historia a su modo de inventarla, y paranoico, sólo paranoico para evitar ser sorprendido por sus cientos de enemigos detrás de los muros avizorándole la espalda – *Creador del cielo y de la tierra: apócrifas, apócrifas y sólo apócrifas urdidas por las alabanzas de sus hipócritas alabanceros.*

Las cotorras ocupaban un lugar muy especial en cada casa, y se tenían como algo tan imprescindible como los abalorios para los días de gala o para los convites de navidad y año nuevo; serían tan importantes o quizás más que los fármacos antidepresivos, los somníferos; e incluso, algunos curanderos avezados e ilustres, recomendaban las pócimas de excretas calientes, antes del sueño o para sanar las insolemnidades del sexo en vejestorios o en primerizos compungidos; acaso ellas, tal como el mismo Noé se sirvió de una insigne paloma mensajera, para que ésta le trajese la rama seca que le avisara del solemne final del diluvio; no fueron utilizadas por los padres de la patria y sus huestes, para llevar y traer anilladas en sus patas los mensajes secretos de la guerra entre una y otra división, regimiento o agrupaciones dispersas o sitiadas por el enemigo; no tan sólo por su vistosidad se ganaron el honor de ser el ave nacional de Asunción, sino porque ellas fueron asimismo un arma secreta para conquistar la victoria por la independencia y la libertad de la patria.

Paulina Zumarreta Cabello, viuda de Leopoldo Cabulla Santosenamorados, madre del omniscio Presidente Manolo Cabulla Zumarreta; descendiente de una de las familias de mayor abolengo en la zona; desde pequeña la educaron

a amar a las cotorras, es por ello que en la mansión de los Cabulla Zumarreta y en la de todos sus ascendientes y colaterales; solían escucharse a cada hora y en todos los puntos cardinales de las habitaciones el parloteo incesante de las ilustres psitácidas; pero en la mansión de los Cabulla Zumarreta a excepción de cualquier otra familia del país; existían dos especímenes exóticos oriundas de Madagascar, traídas por Leopoldo en una tarde de lluvias infernales en que por primera vez arribara al puerto de Asunción aquella nave Malgache repleta de cocos y cucarachas africanas; para después partir con las bodegas repletas con los insólitos comprimidos que albergan las translúcidas lluvias artificiales, producidas en las célebres industrias de Asunción. Leopoldo Cabulla Santosenamorados, el padre del Presidente; un empedernido y contumaz jugador quien fuese capaz de ganar y perder en las apuestas, propicio en cualquier instante para lanzar una moneda al aire y conseguir el disfrute de la mujer más ansiada de la ciudad; porque la fortuna de las haciendas sobraba para eso y, para otras concupiscencias volubles que las providencias le situaban en el camino. Amante en cualquier habitación, y ansiado con suspiros de complacencia en cualquier sitio femenino del país, los cuales hubiesen probado los deleites de su pericia lujuriosa, donde desbotonara pingüemente sus cuentas sin contemplación alguna; (acaso no era reconocible para las putas, que por sólo una sorbida del glande de Leopoldo o, que por regodearse con el elíxir de los pezones más exóticos, éste no temiese en desembolsar las sumas más grandiosas y desestimables, que hombre lujurioso abonara para darse la promiscuidad más sublime de su vida; pero que además como muchas de las meretrices o, las que no lo fuesen de oficio, pero que en alguna ocasión engañaran a escondidas a sus maridos con el seductor y procaz de Leopoldo Cabulla Santosenamorados, mencionaban unas entre sus mismas correligionarias y, las otras en conversaciones muy íntimas con las iguales de su conspicuo abolengo, quienes fingían abismarse por fuera, pero ansiaban muy por sus adentros probar tal sensación afrodisíaca; que éste cuando las cohabitaba, solía segregar un elíxir almibarado, cuyo epílogo fuese el de enloquecerlas sibaríticamente, que las transportaba hacia una alucinación extraña, donde les pareciera elevarse hasta los cielos y, después descender muy lentamente a un vacío colmado de luces fosforescentes) y Paulina lo conocía, pero casi se le iban los vicios en pensar que siempre regresaba al cobijo de sus brazos y, que sus primeros y últimos sémenes se alojaban de palpitaciones en el cubil de sus entrañas (así fue por los años púberes del matrimonio, después vendría al fin la sensación del tremendo rechazo por la innegable apostasía, y ya no se le ajustaba ser la esposa del hombre más gemido por todas las putas de Asunción y sus alrededores o las que no lo fuesen exotéricamente, pero sí de forma esotérica). Sin embargo a Leopoldo Cabulla Santosenamorados nunca le importó en donde le sorprendiera la muerte y, se enorgullecía en decir que prefiriera que llegase en el momento

más proclive de los orgasmos; y como lo predijo le llegó en aquel día de octubre; cuando los sudores y los cabreos fuesen más agudos y vertiginosos sobre la puta mejor cotizada, la que siempre quiso tener bajo la piel; fue el último disparo de su *corazón*; el *suicidio anunciado* del más puto de los hombres que hallase conocido la historia de las sicalipsis concebida.

No obstante allí estaba el hijo de Paulina y Leopoldo en la pantalla televisiva. Ahora al fin respiraba felizmente; desprendida por fortuna de esa idea que sostuvo durante tanto tiempo de que su hijo fuese un irreconciliable demente; estaba además satisfecha con este pueblo quien había elegido contra todas las predicciones a Manolo; porque le aplaudían su gallarda figura; como si en el pueblo de Asunción se cumplieran las sentencias de Isaías: ***“el que camina en justicia, y habla lo recto; éste habitará en las alturas: fortalezas de rocas serán su lugar de acogimiento; se le dará su pan, y sus aguas serán ciertas.”***

Y la cotorra en el balcón y la gente vitoreando en la santa mañana soleada y azul; el estampido de cien cañones encorchando el aire con el perfume simbólico de la pólvora; y el augurio de un viejo oráculo que rueda al fondo de un baúl, al olvido porque no era real, porque fueron argucias, divagaciones de un aurúspice enloquecido por los años, o por sus propios espíritus en penas; porque una puerta se había cerrado y, otras se abrieran a la luz del alba. Y Paulina en su sillón de mimbre, y **Mariana** en su jaula de plata interpretando el himno de la Patria e **Ingracia** cacofónicamente repitiendo el nombre de *Manolo, Manolo, Manolo*; mas las dos exóticas de Madagascar, bautizadas con los nombres de **Céfira** y **Crisálida**; en coro perfecto contestando extrañamente aviesas, disidentes: *“Ladrón, Usurero, Loco...”* Y doña Paulina levantándose del sillón de mimbre con arabescos hindúes, enérgica, como las paredes y las cortinas extendidas detrás de los ventanales, violeta y azul—(terráficamente violeta y azul), y sus pasos en la misma dirección de la mirada: la jaula de las cotorras exóticas de Madagascar, las insolentes cotorras traídas por su fallecido esposo Leopoldo Cabulla Santosenamorados, y “— maldición de animales inconfesos, demonios del Pacífico, pestilentes anarquistas...” Y **Céfira** y **Crisálida** que repiten los mismos dicterios contra el hijo proclamado Presidente; y, *“ladrón, usurero, loco...”* Y doña Paulina acrecentándosele la ira como nunca lo había estado. Y, “las conjuro por su herejía antipatriótica, no les daré de beber ni de comer hasta que no laven con creces la osadía de la injuria...” y la Señora pensó que quizás estaban poseídas por el espíritu endemoniado y corrupto de su marido. Y las parlantes, sordas al imperdonable conjuro afásico de doña Paulina. Y, *“Ladrón, Usurero, Loco...”* Y el vértigo en la Señora, y la Señora más azul y violeta aún que las paredes y las cortinas de detrás de los ventanales, y el grito de la Señora antes de caer sobre los mosaicos de arabescos y caballos volantes de marrón, y la Señora confundiendo su azul cianótico con el marrón de los mosaicos; y las criadas

blancos los rostros, blancos los uniformes, los zapatos negros corriendo urgente hacia la Señora: la lengua roja, calcárea en la boca sin que apenas pudiese pronunciar palabras; pero aun así la Señora acusando, gesticulando, adivinando quién de su empleomanía pudiera ser la causante de despertar los espíritus maleficientes en las almas endemoniadas de las exóticas cotorras de Madagascar; engendros de anarquistas socialdemócratas; quienes se atreviesen a ofender la sagrada figura de su hijo el Presidente. Y nunca podrían decirle a la Señora, que las sediciosas las ganara el marido en la apuesta con un marinero del primer barco de la isla de Madagascar, el cual arribase en aquel octubre lluvioso al puerto de Asunción; pero que además siguiendo las cartas obtuvo una cadena de veinte quilates, la que cambió por una tarde de sexo sobre el cuerpo elástico y desnudo de María de los Ángeles Medina de las Dulzuras; la última moza venida para trabajar en la empleomanía doméstica; se consumó a las tres de una tarde apacible de noviembre, cuando todos dormían en la casa las modorras del almuerzo; aún el futuro Presidente estudiaba de interno en la Universidad de la capital. Anduvo los pasillos en silencio, sólo perturbado por el parloteo de alguna cotorra antes de la somnolencia cotidiana, con el cinturón desclavijado de las hebillas, los pantalones mostrando las calzas, la camisa blanca abierta, y los ojos como los de un caballo rozagante presto al apareamiento con la hembra en celo; era la concupiscencia de probar aquella *carne* morena; *inspiración divina para cualquier mortal con sangre en las venas*; y la que nadie que se les revuelvan los pruritos genitales de adentro hacia fuera, pudiese evitar no gozarlas en toda la plenitud de los excesos; era como si Leopoldo Cabulla Santos enamorados con sus sesenta ya entrado entre los huesos y la carne; estuviese poseído por los demonios lúdicos de las lujurias consumadas; aunque sin que esto se crea como una metáfora fosca: María de los Ángeles Medina de las Dulzuras de sólo desnudarse con aquel cuerpo tan estructuralmente afrodisíaco en un cementerio; no era de dudar que muchos espíritus se levantarían de las tumbas, para *contemplar*, aunque fuese, desde sus tálamos aquella expresión icónica de mujer.

No estaría presente la Señora Paulina Zumarreta Cabello sobre la tierra y, ni siquiera sentada en el sillón de mimbre con arabescos hindúes y, mucho menos en el enciclopédico pensamiento de su hijo; en el momento en que éste al comprobar que le habían puesto o que simularan ponerlo por encima de gentes y de credos *Presidente de las grandes multitudes*; arrancara y destruyera; derribando, arruinando, o cuando menos destituyéndoles de los cargos donde él mismo los impusiera, simplemente por no ajustarse a sus omnímodos y plenipotenciarios criterios, confinándolos al ostracismo y al olvido; y en paradojas inconstitucionales construir los muros sobre las ruinas después de mutilar con la furia de la soberbia infinita, todo lo creado por sus antecesores, y en ésta por la agonía de crear la luz sin vocación de crear, todo

fuese grietas y derrumbes en el mismo día de su onomástico. Ausente estaría Paulina para arrepentirse en dejar morir de inanición a las exóticas cotorras madagascaleñas; para percatarse que era necesario por todos los medios, rebuscar de nuevo en el fondo del baúl enmohecido las adivinaciones pendulares, que treintitantos años atrás pronunciase sobre su cabeza, y mezclada con el humo de los tabacos y el incienso; el viejo adivino al influjo de aquellas fiebres volcánicas que invadieran de forma extraña a su hijo a los doce años; aseveraciones las cuales le hicieron creer durante muchos años que su Manolo era un loco irremediable; con más razón porque lo habían procreado en una noche de gozos y juergas, cuando tanto ella como su marido Leopoldo se hallaban embreados de alcohol y locuras; por ello todo daba a imaginar que el hijo fuese un engendro de animal, de fiera o de monstruo con forma de humano y cerebro de tigre; mas el desenlace que lo llevara a convertirse en el soberano de todas las almas y las acciones de Asunción; hizo que muriera con la complacencia taumatúrgica y devocionaria, de que realmente su hijo no era un aborto de centauro o, el famoso minotauro de Creta.

Tenía ochenta años aquel dieciséis de octubre la hija mayor del General Ramón Méndez Vasconzuelo; (quien conjuntamente con el Coronel Abelardo Zumarreta López y a las órdenes del Generalísimo Gerardo Banderas Sánchez, con más de cinco mil soldados semidescalzos lograron la independencia de la patria) Josefina Méndez Villavicencio, la cual llevaba en su haber la gracia divina de descubrir en los ojos las interioridades y padeceres de la gente; que muchos decían que el espíritu de su padre, el General Ramón Méndez Vasconzuelo, era quien tuviese metido entre ceja y ceja para que le guiara por los caminos ocultos de la curandería y las adivinaciones; porque según cuenta la leyenda; gracias al poder avizor del General, las tropas insurrectas se habían librado en la guerra de los ramalazos de las emboscadas y avanzadillas tendidas por el ejército enemigo; que en más de ocasiones el Generalísimo Banderas lo congratuló con grandes honores por sus victorias cuando las tropas adversas eran mayor en número y armamentos; era como si seres mágicos le alumbraran el camino a cada instante; en los libros de historia se indicaba al Generalísimo Gerardo Banderas Sánchez como al gran Libertador de la Patria, sin embargo al General Méndez Vasconzuelo se le tenía como a su General más completo y cercano.

Otras aseveraciones dejaban indicar que aquella gracia espiritualista de doña Josefina Méndez Villavicencio, tenía que debérsela a los auspicios esotéricos de un tío suyo hermano de su madre, Jacinto Villavicencio Morales; { Rita Villavicencio Morales, madre de Josefina, una criolla enérgica de pura cepa, de quien siempre se dijo llevaba más que bien puestos los genitales de mujer en el sitio en que dios se los había insertado; todo por porque ella estuvo próxima a su esposo hasta en los momentos más difíciles y enconados de la

guerra: ella cocinó para los insurrectos, sanó heridas, disparó con un rémington, cosió las ropas rasgadas por el monte y, hasta echó dos criaturas que llevaba en el vientre sobre la hierba fresca del campo.} Pues bien, el tío de doña Josefina Méndez Villavicencio, quien fuera excomulgado del sacerdocio por la jerarquía eclesiástica en los años treinta del XX; por estar promulgando en las eucaristías que Yahvé, *el Dios todo poderoso, el creador del cielo y de la tierra*; no era ni más ni menos que un personaje totalmente contradictorio, que tenía mil caras; en el Antiguo Testamento el Dios juez, severo, arbitrario, celoso, caprichoso y violento; quien fuese capaz de decirle a Moisés: ***“sea apedreado el que induce a la idolatría, y desoladas las ciudades donde se adoren dioses extranjeros ”***; y el Dios de Jesús en el Nuevo Testamento; padre, misericordioso, compasivo y pacífico; pero además absolvió a Judas del crimen de la apostasía, pues según las deducciones hechas por el propio Jacinto, éste había actuado como lo hizo en nombre y a petición del mismo Jesús, porque el propio Jesús comprendió que la única manera de que su muerte quedara como un verdadero holocausto, fuese de la forma en que sucedieron los hechos; según la deducción hecha por Jacinto los intérpretes y hacedores de las *Sagradas Escrituras* tal como la conocemos en la actualidad, necesitaban al traidor de Judas con su famoso beso en la frente de Jesús, para que la historia tuviese una antonomasia mucho más simbólica y heroica. Entonces Jacinto, ya cansado de mentir y soportar el celibato por más tiempo, de solazarse sus propios deseos en la soledad de la celda personal de la parroquia; decidió romper con los sínodos para buscarse el *satisfizo* en las entrañas sensuales de una mujer; y se convirtió en un hombre normal como dios manda; y tuvo descendencias, y mezcló los cultos de *dios* con los del *diablo*; y aprendió el oficio y la espiritualidad de los brujos para interpretar, y transmitir el lenguaje del espíritu de los muertos o, la profecía que confieren el barajar de las taróticas cartas a la luz de cuatro cirios prendidos sobre el mantel blanco y el sahumerio de los inciensos milagrosos, y hasta descubrir aquellas execraciones provenientes de los trabajos inicuos de los vivos; y murió con setenta años cuando sudaba enorgullecido sobre el cuerpo de su tercera esposa, después que un gallo rojo y gordo cantara tres veces en el patio del fondo.

Y todas las mañanas Josefina recibía en su casa a personas de lejos y de cerca y, a todos les iba diciendo mientras les miraba muy adentro de las pupilas; la razón de sus insomnios, la intranquilidad del espíritu o las traiciones que se le cernían por las espaldas. Tanto corrieron los albeares de sus virtuosos sortilegios; que una madre desesperada llegó con su niño desde un pueblerucho lejano enclavado entre maniguas y caminos intransitables; normal de cuerpo, pero incapaz de deshilar cualquier palabra y, con los ojos, como si navegasen en un mar de ondulaciones internas. Y Josefina; pez misterioso, narval mitológico penetrando las aguas oscuras... Y, “llévalo al

muelle –predicó, que vea los barcos, el puerto, que escuche el jolgorio de los marineros, el graznar de los pelícanos y las gaviotas; que sienta el zumbido de las olas contra los arrecifes, que vea el azul que se pierde en el horizonte...” Y la mujer se marchó con su niño normal de cuerpo, pero incapaz de deshilar palabra alguna; tal vez descreyendo la milagrosidad epítima de las biomancias y las ocumancias de las que se valía Josefina para desentrañar las incógnitas ocultas en el alma de la gente y, de los misterios que ensortijados de maléficos en las sombras, les perseguían para hundirles en las tinieblas ignotas de lo desconocido. Y regresaron la mujer y el niño al cabo de los dos meses; y el niño normal de cuerpo, quien no pudiera deshilar palabra alguna; dijo con su propia lengua: “el mar es como el cielo y, el mundo redondo como el huevo de las gallinas...” Y la gente que estaba presente se hincó de rodillas y, hasta lloraron de emoción loando los milagros de la provicera.

Desde pequeña conoció al abuelo del que hoy ascendería a la presidencia del país, el Coronel Abelardo Zumarreta López, cuando su padre le trajera en una de esas que a escondidas de las autoridades colonialistas, llegaba al hogar para repartir unos cuantos abrazos, sonrisas y besos, y dejar impregnado en todas las paredes y los cuartos ese olor celeberrimo de la manigua rebelde. Y después de la independencia les visitaría muchas veces, para junto a la familia disfrutar entre las anécdotas de la guerra y las agónicas campañas para lograr la decisiva victoria; de los almuerzos en el gran portalón del patio y las sobremesas ensartadas al aroma intrínscico del café, del cual el ilustre Coronel, siempre agradecía con los encomios; eran recuerdos muy célebres y solemnes que llevaba en su conciencia doña Josefina Méndez Villavicencio.

Mucho antes de que comenzara la transmisión; familiares y vecinos, partidarios todos del Tripey y del Presidente Cabulla Zumarreta, se reunieron en la gran sala de Josefina Méndez Villavicencio; todos, sin excepción de ninguno, más que presenciar el acto de imposición, estaban a la expectativa de lo que descubriesen los ojos indagadores de la octogenaria vidente en los de su prepósteros elegido, el llegado en esta mañana para sentarse definitivamente en la silla presidencial, y dirigir los destinos de la nación; mas para la octogenaria sería el reto más increíble de su vida: adivinar en la distancia la santidad o el Mefistófeles que se escondía en las ocultas intensiones del nuevo Presidente. Doña Josefina Méndez Villavicencio no sólo sabía leer las pupilas de la gente; además llevaba en sus conocimientos la historia de los hombres, las que aprendiera en las páginas insignes de los libros; conocía de las capitales y las etnias que habitaban en cada pueblo del mundo; aprendió a descifrar el vericuetos de las parábolas y los antifonarios de la Biblia; leyó a Nietzsche y Schopenhauer, a Kelsen y hasta al argentino Carlos Cossío; y de los poetas recitaba con pasión a Nervo, a Espronceda y a Buesa. Ella jamás se equivocaba, y de eso estaban convencidos todos los allí presentes; los que con seguridad sentían en su ego la aprobación más irrestricta a la figura Excelsa,

que ellos sin preámbulos eligieran para dirigirles en cuerpo y en alma. Se sentían dueños de un nuevo mundo construido por su propia decisión; ellos, los que durante tanto tiempo llegaron a las urnas con el idílico palpito de ser correspondidos con el cofrade de su Partido; mas durante casi medio siglo continuaban con el rostro de otro de los Cotorras en el poder. Ahora se habían consumado sus núbiles quimeras; pero faltaba ese algo místico de creer realmente en dios por sus milagros y no por su existencia invisible; y ese prodigio atestiguador fuese el veredicto que de un momento a otro emitiría la ilustre Josefina Méndez Villavicencio.

Para esta victoria fue necesario unir las fuerzas del Lagarto, el Curujey y el Siempre Vivo; sólo así arrancaron de la silla a los vitalicios *cotorreros*: ***“ahora Asunción conocería las virtudes de la verdadera justicia; porque desde la independencia sólo se hablaba del concepto de justicia enseñado en las escuelas, en los institutos y en los libros, creados por la doctrina de los Cotorras.”***

Pero quién diría exactamente dónde está la justicia; los platos están llenos de justicia, las fuentes rebosan de justicia y, salada y dulce como la piel de un lagarto o paralítica como las piernas de los muertos. La justicia está en el Waltercloset, o hiede como los beodos de aguardiente y orinas viciadas; y es una prostituta que exige el reembolso después de concluir su *antiquísimo trabajo*; el criminal que asecha en la oscuridad con la navaja filosa. La justicia es el hombre que pone en peligro muchas vidas, y sabiendo que se acercan al mismo encuentro los dos trenes, cambia a propósito la aguja de los ramales para que estos colisionen; todo depende de los conceptos y del lugar donde te halles para ver las cosas, no importa que los diccionarios o los compendios de Derecho Penal, Derecho Constitucional o Derecho Internacional digan otra cosa, en resumidas cuentas los que hicieran los diccionarios y los compendios del Derecho, también han volcado su concepto propio de lo que es la justicia. Porque a la justicia tampoco le permitieron el derecho de jugar a la ronda del *“pan y canela”* con las corrientes absolutas, por eso mismo se deleitan de andar metidas en algo tan peliagudo, como es esa ley einsteniana de las referencias. Quien la lleva en sus manos triunfa, quien envuelto en sus cadenas o encerrado de por vida en sus ergástulas, perece; tanto es así que en ocasiones suele confundirse la Justicia con la Justeza, mas al final se comprende que ni la una ni la otra andan por el mismo sendero, la una es política y la otra es moral, que una la hicieron para defender intereses propios al ver de quien la aplica y, la otra es humana, la que se desprende de la conciencia de quien la “justicia” le ha jugado una mala pasada; aunque no siempre la justicia anda por erróneos senderos y la justeza tan omnímoda del lado de quien el corazón le dicta, cuando estos acusan que la justicia se ha inadvertido con en ese sordo y absoluto proceder suyo de juzgar con un mismo catequismo a malos y buenos, siempre y cuando estos hundan sus huellas en el mismo lodo

movedizo, a pesar que no siempre la justicia llega tan inexorable como lo suele hacer la muerte...

Pero allí estaba en la pantalla el Presidente con sus ojos, con su estatura esbelta; fotogénica y carismática; aquí, la octogenaria en vilo, esperando como siempre lo hiciera con los vaticinios de su gracia. Y sus ojos encontrándose con los del líder, y nadie escuchó sus palabras, todos estarían sordos como las piedras; pero la octogenaria cayó en trances, y el cuerpo se le hizo elástico como el de una cuerda del que tendieran dos fuerzas iguales por sus extremos: “– *no sueltes tu boca para hacer pecar a tu carne; ni digas delante del ángel, que fue ignorancia. ¿Por qué harás que Dios se aire a causa de tu voz, y que destruya la obra de tus manos?* ” Y nadie le oyera, nadie le sintiera las vibraciones que a campanazos saltaren las verjas del evangelio proémico, instituida en las palabras y la figura elíptica del Presidente; nadie le tomó en cuenta para percatarse, que sus ojos estaban como los óvalos del vestido que llevaba puesto. Y miraba con espanto la figura del elegido que la pantalla catódica les entregaba; se levantó del sillón, como si dentro de su vestido de óvalos no hubiera cuerpo; como si dentro de éste, sólo existiera la silueta colmada de pulsaciones e imprecaciones octogenarias. Y, “ese hombre tiene en las pupilas el ojo del mismo ciclón, pero en el alma el ciclón mismo; arrancará lo que encuentre a su paso; el agua que corra por las calles será la sangre y de sangre que andará con los barcos por la mar...” y echó andar hasta la jaula de las cotorras colgada en la cocina, donde éstas le llamaban por su nombre, como siempre lo hacían desde el amanecer, y se acercó muy cerca de ellas y casi en susurro, como si las aves le pudieran entender el oráculo, les dijo: “ustedes son las únicas cuerdas en esta casa, pero no olviden a Mateo 2: 13 y 16; pero quedarán algunas quizás en Asunción, tras el embate de la tormenta; ustedes darán algún día, aunque solamente quede una; la señal salvadora de que el diluvio ha terminado...”

Entonces los ánimos tripeyistas se obstinaron desde siempre en no seguir creyendo en los vaticinios de aquella, la que en muchos años le confiaran las puertas abiertas del alma, para que ésta les penetrara hasta las habitaciones oscuras, y descubriese secretos y desmadejara los hilos más difusos. Tanto fue el síncope que invadió como fantasma enloquecido a la familia Méndez Villavicencio, que José Arcadio Fraga Méndez y Abilio Fraga Ribeira, hijo y nieto de la octogenaria, y Presidente de la Cámara meses después y Secretario para los Asuntos de Sanidad un año más tarde, respectivamente, lograron con exhortaciones maquiavélicas o ensortijadas conjeturas culebreicas; que el gran líder promulgara un edicto proscribiendo los cultos de brujerías, adivinamientos o augurios predestinados. Y estuvo apagándose como si los huesos fueran cirios con sus pabilos sin fuerzas para prender luz en el misterio de los rincones; y perdonó y rogó perdones para los que habían usurpado el arca y desnudado el espíritu de Noé en aquella tormenta de estrellas

desarticuladas; cuando todos seguían creyendo en las fatuos engaños de las novicias expectativas; y a pesar de todas las presunciones y coprofásticas de descendientes o paniaguados, cofrades partiquinos; que en franca espiral pecaban de advenedizos paganos; siguió repitiéndoles con obstino y dignidad de octogenaria pulida con las piedras más consagradas; que jamás maduró en su huerto fruta que alimentase la boca sedienta de los evangelios políticos de líderes o falsos profetas; porque sólo creía en los ojos de la gente, quienes eran los únicos diccionarios del alma; porque ella era la hija del General Ramón Méndez Vasconzuelo, quien sin subterfugios ni antifaces ayudó a conducir la patria a su gloriosa independencia. Y todo imponiendo al convencimiento, el insoslayable convencimiento de la verdad. Pero Josefina Méndez Villavicencio; { hija de una criolla de pura cepa, quien en los momentos más difíciles acerrojara las puertas y las ventanas de la casa, y como si la guerra no fuese el mayor de los desahucios; pariese sus frutos en la manigua y, al sobresalto implacable de la pólvora y los cañonazos, recogió sus embriones, cercenó ella misma el conducto innecesario, lavó en el río los primeros llantos; y como si la guerra no sería el artefacto diabólico hecho para desjuntar las familias; siguió siendo la Comandante Rita Villavicencio, la esposa del General Ramón Méndez Vasconzuelo; sin que el flujo de las debilidades o el miedo se le metiese entre los huesos o la voz ;} bien colegía su profesión de oasis cristalino en medio de los desiertos, deshebraba los suplicios que le impusieran y, como un agudo bestiario lanzábase a los augures más inconformes, por eso nunca dejó de decir cuando le mencionaban al Presidente Manolo Cabulla Zumarreta: “–Nos llevará a desamar y desamarnos; pensará por nosotros, y nosotros dejaremos que nos conduzca por los brazos como niños imbéciles o ancianos sin fuerzas en las piernas. Nos arrancará el alma para poner carbones extinguidos; y andaremos ciegos sin percatarnos que llevamos ojos entre las cuencas, llenos de animadversión; pero todo será hasta un día en que divisemos que hay un corazón libre y nuestro en medio del pecho, y que palpita porque Dios está dentro de él; porque sin ese corazón libre y nuestro; dejaríamos de ser lo que realmente somos...”

Pedro Pablo Lamadrid Martínez era uno de esos Directrices creados por la Revolución Tripeyista en sus solemnes escuelas para Jefes, quienes al egresar además de ese diploma que lo investía como graduados universitarios, gozaban del gran mérito de pertenecer a la causa, y responder a las expectativas del Partido Tripey y a las de su ideólogo y conductor; el Presidente Manolo Cabulla Zumarreta; por lo que a ojeada de vuelo de pájaro, podía percibirse que los del Tripey y en especial el normópata Presidente; llenarían el país al cabo de pocos años con aquella legión de fieles irrefutables; que de tan devotos y comprometidos serían, que no hubiera desconfianza alguna para temer de ellos, alejados de pensar en recusarles por ser malos jueces *pervirtiendo* el criterio de los legisladores *antítesis del artista que*

proyectó sobre el lienzo el cuadro de los girasoles en el jarrón y, ni pensar que estarían cortándose una oreja sin que alguien se lo ordenase; esos no se desvelarían pensando si hacían bien o mal o, si tenían la piel mimética del lagarto; porque las marionetas no lucubran y los lagartos actúan por instintos naturales; mas el fragor del miedo a detenerse ante los sumos tribunales, y verse tan de repente sin los abalorios de la supremacía; los tornaba en sórdidos e infecundos centinelas ante la infinita realidad de la descomposición del aire; respirado a trozos, y no fluido como cualquier cosa necesaria e indubitable.

Estos Directrices, como momos de carnaval, serían la magia enclítica de los momentos actuales; y apostrofando los axiomas de la lógica solían sentarlo en todas las sillas supremas, como la elástica fórmula supraantidotal, que se impusiera por sobre todas las cosas en cualquier destino; así la multiplicidad les devenía en Directores de fábricas, Rectores de escuelas y universidades, Administradores de granjas y comercios; y hasta en cierto período endilgaran los controles contra *“el vicio demencial”* de las cópulas, y la fornicación a garganta plena en los días no acordes con las festividades o los fines de cada semana, y esto último, a orientación del propio Presidente Manolo Cabulla Zumarreta, quien entre aforismos y divagaciones de cómo cocinar sin el uso de las grasas de origen animal, porque éstas consolidan las fortalezas intestinas del colesterol en las arterias, o la proteccionista solución de subir aranceles a lo importado, o la necesidad de la lluvia para cubrir los campos de flores blancas y violetas e incluso sobre los afeites al retoque de las mujeres de Asunción o quizás los tornillos necesarios a la compostura de una máquina de coser muy antigua, y propiedad de una Señora nombrada María Alambrito Prieto; y pasando como un prestidigitador del pañuelo a las palomas y del sombrero a los conejos; sugirió, previno, profetizó sobre la infausta alevosía de desembolsar las noches en extenuantes lucubraciones, que al final de todos los asuntos llevaban al menoscabo de la economía nacional y por ende al *desfalco del arca pública*; fue por ello que persuadió, aconsejó, rogó y prometió no inscribirlo en ley estatal alguna; que como la sexualidad era concupiscencia, ostracismo a las situaciones más abstractas; todo se hallaba en el perímetro de la conciencia de cada uno de los ciudadanos. Y el Presidente, como en muchas de las oportunidades en que no correspondiera lo dicho con lo que debía hacerse, llevó la mano derecha a la espalda, ahí entre el sacro y el lumbar, y con el dedo del medio extendido indicara a sus Ministros y acólitos del Estado; de que sí habría normas, que buscaría el medio prosélito y encubierto para evitar que los ciudadanos de la nación, prosiguieran sin la menor regla prohibitiva y, en detrimento del orden preestablecido; columpiando sus falos en ristre en las voluptuosidades replicantes de sus mujeres. Y diría: “Queremos que el pueblo nos ayude en esta misión y los militantes del Partido Tripey; educando, convenciendo a los transgresores. Que el mundo conozca todo lo organizado e instruido que puede ser el pueblo

de Asunción; porque en un futuro seremos capaces hasta de regular, en centésimas de gramos; el aire imprescindible para respirar cada día, cada mes y cada año...”

Fue así como Pedro Lamadrid Martínez, expediente primero de la escuela de Directrices ocupara el cargo de Supervisor Principal del Sexo. Y era la mítica esencia de lo necesario, de lo increíble; la perfección del metódico robot, el hombre cuántico, metafísico; hecho para cumplir cuadriculadamente las miras de las inmaculas supremas.

Y, desde entonces, *celebérrimos* pesquisidores del sexo iniciaron por todo el país los estatutos correccionales de Lamadrid Martínez, siempre bajo la anuencia fidedigna del gran Líder Manolo Cabulla Zumarreta. Sin leyes del Congreso, sin Decretos Leyes, Decretos o Resoluciones; sólo una Circular firmada con su mano izquierda y al lado por el Supervisor Principal del Sexo; la señal insigne del nombre, un Manolo, la C mayúscula y la Z extendiéndose casi hasta el infinito, para culminar en zigzag, que finalmente era una línea que asentaba el estampado indisoluble del Presidente de la República, del ambidiestro Presidente de la República. Nadie desde entonces podría verterse en efluvios copulativos en jornadas nocturnas o diurnas, si no fueran por los días de fiestas o de sábados para domingo, con la excepción de aquellos matrimonios o parejas concubinantes, que ambos gozaren en conjunto de jornadas vacacionales autorizadas; permiso que anticipadamente debían presentar en la oficina municipal para el Control del Sexo. Y un aparte se vertía sobre prostitución y prostíbulos clandestinos; actos los cuales por constituir atentados contra la moral ciudadana, no sería discernido como una contravención, pues como tal se hallaba implícita desde tiempo en el Código como un delito contra la moral, para ser juzgado en la competencia de los Tribunales Penitenciarios; ***“pero todo es recurrente con la conciencia y el conocimiento de los ciudadanos, porque estas medidas son para el beneficio supremo de la salud íntegra de la Patria.”*** Así de histriónica culminaba el ilustre Edicto para Controlar el Sexo en Asunción; como sabichoso los versos del poeta plebeyo:

Presidente marrullero

el sexo quiere arrancar,

y así nos quiere quitar

lo que tiene el mundo entero.

El campesino, el obrero,

el Capitán, el Teniente;

lo goza toda la gente,

*sin decretos, cortapisa,
en pantalón o en camisa,
y hasta el mismo Presidente.*

Sin embargo los meses abrumadores, como los techos de un edificio que es consumido por el fuego, caían inevitablemente para decir que todo llegaba como una gran fiesta de antifaces; nadie atreviase en aquellas horas sublimes a indagar por el rostro de cada quien; {tan entusiasmados bullían entre las luces y los colores, tanto galope en los pechos; que era imposible obsesionarse en averiguar por la identidad específica del Director de la orquesta, quien con el ficticio sosiego de su varilla directriz, conducía a los músicos enajenados sobre la cuerda floja de los acordes musicales, al tiempo que detrás de los antifaces dejaban ver sus ojos enrojecidos por el sueño y el humo de los cigarros. Mas como por arte de magia también y, a una señal del Director; los músicos, de un vals saltaron a un ritmo tan enérgico y rápido, que sólo algunos lograron coincidir sus piernas y cuerpos con el baile; al mismo instante una ráfaga fuerte levanta los vestidos y despeina los bucles; los más arrojados deciden bailar a pesar de no conocer las nuevas vibraciones; los otros, uncidos a las paredes reían por inercia ante aquéllos, que no obstante a cualquier circunstancia decidían seguir el juego del Director. El Director entonces hizo una señal, la orquesta bajó los intervalos: se tornaron cadenciosos y casi susurrantes, y todos, incluso los que se hallaban sujetos a las paredes, curiosos estos de conocer el rostro del Director, comenzaron también a girar al compás de la música y de una brisilla seductora que sucediese a las andanadas del viento. Algunos antifaces se habían descorrido, pero hubo ocasión para ajustarlos de nuevo; los músicos de ojos enrojecidos por el sueño y el humo de los cigarros, continuaban maquinalmente su sinfonía magistral. Así fue como se dejó de creer en las luces, en los nombres y a preterir la existencia corpórea sobre la tierra: bailar, sólo bailar en el océano de aguas azules y tranquilas sin peces voraces ni olas, o quizás grises y turbulentas en otras, y caer uno sobre el cuerpo quebrantado de los otros, con una sonrisa beoda e imbécil entre los labios...Y ascendía el tono sin que los competidores se percatasen que no estaban girando sobre las apacibles aguas del mar tranquilo; y hasta el mismo segundo de tornarse la batuta del Director en un pájaro alargado y oscuro, que planeó sobre las cabezas con alarma de sirena. Muchos imaginaron la locura en el Director, pero como todas las locuras maravillosas; era apasionante ser también un loco y estar dirigidos por un loco, quien sólo con una vara enigmática fuese capaz de conducir tantas introspecciones a una misma señal. Nadie podría imaginar que los músicos de ojos enrojecidos por el sueño y el humo de los cigarros y todos los instrumentos; no existiesen; eran el producto de la magia premeditada, de las falacias ópticas del Director, hechas para encantar majestuosamente a su público; pero mucho más, nadie advertía que

en cada baile se alzaba un muro hecho con ladrillos transparentes de entre un grupo y otro, y comenzaba cada uno a hablar una lengua, cada vez más ininteligible entre uno y otro de los danzantes de aquel extraño concierto de máscaras.

El Director arrancó de un golpe su primer antifaz y el próximo y, hasta el último embozo para dejar al descubierto su rostro; y sonrió como un niño indefenso ante el éxtasis de los presentes que le aplaudieron, sin adivinar siquiera que habían bailado durante años y años en plena vigilia, al compás de músicos ilusorios y de una armonía que tampoco era cierta. Parecía que fuesen sólo unas horas, pero sucedieron años y, los extenuados sobre el salón de los bailes no eran tales; sino terríficos muertos insepulcros, muertos que simulaban ser insomnes, e insomnes que se obstinaban en no ser los verdaderos muertos. Cuando desde lo alto de su podio el Director sin antifaces continuaba sardónicamente sonriendo, y peinando su melena, que por ocasiones caía sobre su frente ocultando su ojo izquierdo... Nadie alcanzó a comprender en ese instante la amarga fábula de Saturno; no estaba escrito que tal cosa fuera a suceder; pero es que ninguno de los que se permiten danzar en el baile de las máscaras; logra conocer si está haciéndolo con su propio fantasma, o con su propia muerte o si es la misma muerte la que está haciendo bailar a sus propios riñones, hígado, corazón, pulmones, huesos y piel...}

Al principio los ciudadanos de Asunción cumplieron con creces las disposiciones establecidas por el Comité Supervisor para el Sexo y su *celebérrima* Circular; mas con los días, con las ilogicidades del arte de administrar los asuntos de la voluntad y lo sibarítico, cada cual fue hallando la manera de convertirse en furtivos ilegales maniobrando en las sombras; “no somos santos ni cenobitas; qué se han creído estos eunucos, maricones desesperados, que metieron tales locuras en la cabeza de Manolo.” Y no podían convencerse siquiera ni ser convencidos, que no eran estos ni aquellos los culpables de todos los reveses, sería más idóneo hacerlo recíproco si se cargaba también tóxicamente sobre el lomo del Director; pero nadie, gracias al mitómano aliento que les invadía, atreviese a culpar de abajo hacia arriba al verdadero autor de tal felonía descabellada; el ubérrimo creador de aquel *nuevo aire y de aquellas nuevas circunstancias*; mas como los corderos que en rebaños se doman a caminar por entre los mismos balizados cada día, sin levantar los ojos del camino; siguieron por mucho tiempo ubícuamente cargando los hombros de los fieles mensajeros, de los culpables interinos; la sentencia creada por el juez omnímodo desde su podio surtidor de la venganza y, quien detrás del eufemismo llano del sueño les hiciera creer en la virtud de sus intenciones, en que viniese para dignificarlos y no para herirlos. Para entonces a los periódicos y folicularios oponentes; le habían enmudecido como a las sindromáticas cotorras; no obstante idénticos a éstas, continuaron esperando desde algún lugar oculto su instante; cuando al fin cayeran las

estrellas en cualquier noche no escrita por los apóstoles, prendidos como carbones en su interioridades ahí en los lunarios, como serpiente agazapada que espera el momento para el zarpazo.

Prostitutas suicidas se lanzan desde un octavo piso en la avenida de San Gotardo: “¡Nos inmolamos por la Libertad del Sexo!” Rezaba en la inscripción que ataran en sus cuellos, mucho antes de lanzarse al infausto vacío; pero sólo comentarios. La policía capitalina cercó el lugar sin permitir el paso. Días después la prensa oficialista informa de un **Grupúsculo de mujeres de Indecente Conducta Antisocial, que en amenaza a la ruptura del orden, son conminadas a obedecer a los Órganos de Seguridad, pero en evidente muestra de indisciplina cívica, se lanzaron a la precipitada desde el balcón del edificio en la avenida de San Gotardo.**

El Capitán Eleuterio Tertuliano Sánchez Espinola, Jefe del Primer Cuerpo de Caballería en el gobierno anterior, y desplazado a la llegada del Gobierno Tripeyista, es acusado y discernido como un aberrante violador de la moral íntegra de la nación, por la práctica ilegal y desmedida de la prostitución con mujeres jóvenes; así como el uso del sexo para satisfacer sus gustos pervertidos, iniquidad ésta no acorde con las de un ciudadano tan pundonoroso, y quien fuese jefe de soldados en la historia del país.

Esto condujo al mismísimo Presidente Manolo Cabulla Zumarreta a inventar una histriónica comparecencia televisiva para explicar entre otras, que el Capitán Eleuterio Tertuliano Sánchez Espínola, hijo del General de la guerra Andrónico Eleuterio Sánchez del Resurgimiento Encendido; no se juzgaba por haber violado las normas creadas por el Gobierno que él, (Manolo Cabulla Zumarreta) con moralidad conducía, sino porque con estos actos de aberración sicalíptica, no sólo manchaba su estatura de exoficial del Ejército de Asunción, sino el sentimiento y la confianza que este pueblo tuviera por el encartado; él más que nadie debía conocer los valores sanctasanctorum de las reglas establecidas, para que un país se conduzca por la vías de la pureza y el orden.

Y se constituyeron las patrullas nocturnas para fisgonear quejidos y espasmos, el chirriar de los lechos y las palabrejas que al azar se huían de las gargantas voluptuosas; y a los transgresores se le hacía conocer del hallazgo de sus pecados; cuando en la mañana se daban de narices con el aviso de la trasgresión, expresamente pegados con adhesivos en sus puertas; con aquellas letras negras y la mano mimeografiada, indicando que el posteo debía abonar la cantidad tal o más cual, por haber infringido las reglas supervisoras establecidas para el amancebe natural y ordinario de los ciudadanos en Asunción. Al tercero de los avisos con las letras negras y el índice de la mano anunciando; significaba ir sin objeciones ante las pupilas béstolas del Tribunal sumarísimo; quien pudiera juzgar de acuerdo a la peligrosidad e intenciones

malsanas o reincidentes de los acusados a penas de encarcelamiento y trabajo comunitario o a altas sumas de multas ejemplarizantes.

*

Todos se asombrarían a los treinta años más tarde que eran muchos los que se habían vuelto enconadamente locos, que eran suficientes los que andaban por las calles como zombies extrañamente dormidos, y creídos de que andaban insertos en el pellejo de los lagartos, miméticos de circunstancias y colores, de vuelos sorprendentes y palabras recurrentes para las noches, para los días, para las calles y para los desconocidos. {Para entonces ya muy pocos sensatos se negarían a extraer de aquella lista de meditabundos saqueadores del arca pública, al insigne Manolo Cabulla Zumarreta; él y nadie más que él habría iniciado toda esta ilusión de muñecos y antifaces, cuyas sombras seguirían recorriéndoles las huellas, aunque no les pareciera estar disimulando el rostro, y muchos en la desesperación infinita lo incendiasen en cualquier día de festividad nacional, ***pero tanto era el síndrome de la costumbre que les perseguiría hasta la muerte*** –que saltaron cuando hubo que saltar entre magias y equilibrios y, a pesar de todo saltaron a la orden del acropodio, y a pesar de todo siempre hallaron en lo más intrínseco de sus egos la forma inequívoca de saltar, así no le alcanzara el suspiro, pero saltaron como locos detrás de sus antifaces; y fueron privados de amar y de decir y convertir sus dedos en lunas, en estrellas y en voces; se uncieron al declive inenarrable de no ver más allá de aquello que le dijeran que viese, de lo que le permitieran narrar como la historia fortuita de sus vidas; y se tornaron inmaculadamente en polvo; pero cuando quisieron ser mejor que aquello, fuesen tan incorpóreos de ánimos; que flotaron por los aires como densas columnas de humo desesperado. Muchos, (tentados por hallarse entre los defensores del demodé a ultranza; de tendenciosos abordarían el tren que cruzaba en ese instante por el andén) y dejaron esfumarse las costumbres que *tenían* acostilladas a los huesos por larguísimas generaciones y, en una sublime ocasión comenzaron a decir los buenos días en las noches, a irse al teatro antes se penetrar al templo, preferir el insomnio y, sordos a las campanadas de la media noche; íbanse de centinelas por las calles; husmeando en las sombras, temiendo a los asesinos inventados, a los saboteadores concebidos en los laboratorios del terror, a los falsos espías y, muchos de los más devotos, los que ni con cientos de truenos sonando por encima de sus cabezas lograban despertar; llegaron a convertirse en homicidas y genocidas pasionales, en potencia: que no lo hicieron en la práctica nunca, pero estaban convencidos que de permitírsele o se lo ordenaran, matarían a esos apócrifos *depredadores* del orden o, la integridad soberana de los florilegios santorales del “Emperador”.

¿Quién le repetiría, como para estrujarle la gloria más que atalayada en la historiografía de las epopeyas sublimes de la Patria, al Coronel Abelardo

Zumarreta López, que su biznieto devendría en Presidente de la República de Asunción; sin haber emitido siquiera un disparo o blandir el sable en émulas acciones, conquistando el pináculo egregio después de noches y días, incluso madrugadas intensas de combates, a pesar del fuego contrincante, la lluvia o el invierno?

¿Quién podría prevenirle acaso, que con subterfugios y disfraces palabreros, a la usanza de los más astutos maquiavelistas, a los que tanto refutara en energizantes tribunas; hiciera trizas la Constitución de la República? La misma que al desvelo de los próceres de la Independencia y él, el mismísimo Coronel Abelardo Zumarreta López entre ellos, se había pautado como el documento Magno más completo y democrático que se conociese.

Por más de medio siglo los Presidentes elegidos por el Partido Cotorra, habían

respetado las líneas de aquella Constitución con una castidad casi sublime; como si con ello estuviesen honrando a los próceres de la patria, quienes desde los inicios en que Asunción naciera como República libre, la hubiesen creado para regir como la ley de todas las leyes de la nación. Ninguno de los del Partido Cotorra intentó modificar el término de los cuatro años, impuesto allí con una severidad democrática casi absoluta, para que ninguno de los Presidentes desde ese instante sublime, rigiese los destinos de la nación ni por un día o un mes más allá de lo inscrito es tales preceptos. Y a nadie se le ocurrió formar piquetes sediciosos o sublevaciones para derrocar al Presidente instituido y, aunque casi por más de medio siglo rigieron los Cotorras, estos jamás transgredieron la moral política de la institucionalidad; las acciones partidarias de la oposición de ningún modo fueron proscritas, y como instituciones masónicas o cultos religiosos, tenían sus centros de reuniones a la luz pública, y se reunían, y discrepaban del gobierno sin que nadie les apareciera de pronto por las puertas para situarles cataplasmas en sus lenguas adversas. El país relacionaba en mutuo acuerdo con Mexiquilandia, de allí atracaban las naves en los puertos asuncinos para desembarcar lo que no se producía por estos lares; hacia los puertos mexiquilandeses se iban las de Asunción e incluso las mismas de Mexiquilandia surtidas con los plateados y azules recipientes de lluvias artificiales, así como las jaulas de vistosas cotorras verdes, rojas y azules; las cuales instruidas serían capaces de interpretar los himnos y las coplas más diversos y, hasta operas y perínclitas sinfonías de Beethoven, Chaicovsky o Chopin; además los autos, las locomotoras y camiones fabricados en Asunción, llevaban piezas construidas en las fábricas de Mexiquilandia; jamás a los mexiquilandeses se les prohibió asentarse en Asunción, como a los asuncinos en Mexiquilandia.

Pero quién pudiera regresar a tal distancia en el tiempo para decirle al insigne Coronel, que no se equivocó cuando a la luz del candil en el

campamento de Majá Negro; escribiera a su amigo de armas el Brigadier José Martiniano Rapeza: *“que si la Patria luego de la guerra fuese usurpada por voraces políticos, que con promesas rapaces engañaran al pueblo para adormecerlo, y llevarle a hacer lo que su sentimiento no deseara; sería el crimen más horrendo; y podía decirse entonces, que hemos partido espadas como Calígula grotescamente contra el mar, en su maniática intención de vencer al Dios Neptuno...”*

{Perduraría a pesar de todo el sueño interminable de los más pasionarios y avezados soñadores de la libertad, los perpetuos irredentos existencialistas; quienes con su manera de ir siempre contra las manecillas del reloj; desmontarían los sentimientos, para en la más vigílica de las ilusiones tejer en las conciencias el evangelio, al que casi todos se asirían como salvación luminaria, (aun perjurándolos instintivamente) al sólo aviso de la supuesta zozobra de las naves donde sólo con desembarcar al nefandario Jonás bastara, para que de una vez y por todas amainase la tormenta que cerníase como engendro insospechado sobre los mástiles; aunque éste Jonás de nuestra historia, a contrapuesto del bíblico, jamás pediría que lo lanzasen de la nave por sus propios deseos; porque no le importaba en absoluto la nave ni los marineros; habría que desembarcarlo por la fuerza y en contra de su voluntad, para que al fin la ballena se lo engullera de una sola dentellada.}

Allí estaba dirigiendo el país Manolo Cabulla Zumarreta, el biznieto del Coronel Abelardo Zumarreta López; el hijo del hacendado Leopoldo Cabulla Santosenamorados y la Señora Paulina Zumarreta Cabello; el mismo que a los doce años de edad integrado en sus huesos, padeciera de unas fiebres exóticas imposibles de descubrir el origen por los médicos más avezados del país; y que la madre, la Señora Paulina Zumarreta Cabello; preocupada, y rompiendo con el apego de seguir como única fe la emanada de los Evangelios, y olvidando lo dicho en el Capítulo XXXIV de El Éxodo, el cual le imponía a rechazar cualquier indicio de implicaciones con demonios, brujos y esoterismos de sincréticas consecuencias; se dirigió por fin con el futuro Presidente, perdiéndose con su automóvil negro entre calles y barrios inhóspitos, de gente oscura y deshechas en sus casas descoloridas y faltas de remoce; hasta el bohío de tablas apolilladas por la humedad y el tiempo, sumergido entre los montes y circuido por aquellas cuatro míticos ceibos, tan idénticos a los gigantes baobab del África Ecuatorial, en las afueras de la ciudad donde el viejo hechicero estaría en pocas horas extrayendo, de no se sabe qué alegoría mágica; la sentencia definitiva de que su primogénito no padecía de una enfermedad del cuerpo sino de la cabeza; (como si la cabeza no fuera un pedazo también del cuerpo) y cuando ella en su interior dedujo, y reflexionó las causas de la inexorable locura que de forma enigmática había contraído su hijo; no le quedó otra, que desgajar en su memoria los antecedentes los cuales en ambas familias pudiesen ser concebidos para que

cuyas desgracias, tuvieran su insigne repetición en la existencia o en el cerebro de su única descendencia, mas por mucho que se introdujo en los antes y los después de sus predecesores personales, no halló nada que ahora pudiese repercutir a tantos años sobre su engendro, sin embargo sí recordó que una de las tías de su esposo Leopoldo Cabulla Santosenamorados, murió tratando de caminar por las paredes y la balaustrada de la celda que le construyeran en el fondo del patio, porque por esos tiempos aún no habían inaugurado el manicomio que se halla en las afueras de la ciudad; que a uno de sus primos siempre lo tuvieron como a un lunático, por aquello de pasarse las madrugadas escribiendo poemas y, con la manía de que le publicasen en una imprenta todo aquel manojito de locuras nocturnas; y para acabar de poner el sello en la carta, el abuelo por parte del padre de Leopoldo, su esposo, el señor don Cosme Cabulla Palafreno, era tan mujeriego y jugador, que tal cosa al parecer se la impregnó a su descendencia cuando preñó a su esposa; este don Cosme a diferencias de su abuelo materno quien había luchado en las filas libertarias hasta el grado de Capitán; siendo un hacendado con grandes extensiones de tierras, más bien apoyaba con una pasión desmedida a los invasores colonialistas y, jamás optó por declinar en su apoyo a la causa independentista; grandes problemas habían sucedido entre las familias cuando las descendencias de los Cabulla y los Santosenamorados se enamoraron y decidieron casarse, (fue como la pugna entre los Capuletos y los Montagues en la tragedia de Romeo y Julieta de Shakespeare, pero sin el trágico final de la obra shakesperiana). Así estaba sumida en aquellos pensamientos mientras observaba una a su hijo y en otras al viejo hechicero, cuando este último percatándose de lo que ahora le pasaba por la cabeza a la encopetada señora Paulina Zumarreta Cabello, como adivinando el resultado de su aciaga imaginación, le aclaró que Manolo padecía de la enfermedad del tigre, lo cual a ella le sobresaltó en mayor medida: (hubiera preferido la tontez antes que la rabia o tener una fiera impredecible en casa), mas volvió a aclarar el hechicero que la susodicha enfermedad no era más que el producto del cálculo meditado y preciso, pero con tan acérrima tensión del empuje de los nervios, que al volcarla devenían las fiebres perniciosas igual a demonios acechantes en los rincones...

Y a sus trece años juró que en el día glorioso de su arribo al poder, confiscaría todas las propiedades de su padre, por éste haberlo considerado un loco sin arreglo; cuando a la misma hora de la cena pronunciara su primer discurso político, donde entre otras cosas nombraba al pueblo súbdito de su campaña para mantener la hegemonía absoluta sobre cuerpos y almas; mas para aquellos quienes no se plegaran a sus designios, por el desacato a la figura del insigne Presidente, les impondría suplicios **INFLEXIBLES** e **INEXORABLES**. Era ese mismo insomne, quien durante en días y noches tiempo más tarde, consumiría en la hermeticidad de su cuarto, luego de

haberse decidido por la política e integrarse a las filas del Partido Tripey y, tras abandonar la enfermiza lectura de los comics y las novelas eróticas de sus años juveniles, porque entendiera que de nada le servían para estos nuevos tiempos de su vida; el estudio consumado y pertinaz de las batallas más sangrientas en la historiografía de las guerras universales, las estrategias más astutas e insospechadas del gran Emperador Bonaparte en sus campañas de Austria, Rusia, Prusia y España; las de Alejandro Magno en Babilonia, Persia y el Asia Central; las aseveraciones confirmativas que a través del Mein Kampf, Adolf Hitler se mostrase como el discípulo más aventajado de la teoría Malthusiana. Y admiró desde entonces al *gran* Duce de Italia, Benito Mussolini, de quien tomó sus gestos, sus muecas de prepotencia, sus movimientos con los dedos y las manos y, hasta soñaba que como el Duce, pronunciar un discurso a sus súbditos sobre la cabalgadura de un caballo. Para entonces los folletines de comics y las novelas eróticas de Miller, el Marqués de Sade, Lawrence o Vargas Vila, quedarían en un lugar selecto de su biblioteca, pero jamás abriría aquellas páginas para su lectura; ahora rememoraba con agrado la noche del 29 de octubre del 1922, cuando el rey Víctor Manuel le encargó a Mussolini la formación de un gobierno, a pesar de que su partido sólo contaba con una pequeña minoría de diputados. Al día siguiente, Benito entró con sus seguidores en Roma –Marcha sobre Roma, creando el mito de que había llegado al poder impulsado por una insurrección popular, la cual había frenado el triunfo de una revolución socialista y, como el mismísimo Benito Mussolini, Manolo comenzó a abrigar la esperanza de ese histórico 16 de noviembre del veintidós, cuando el Duce con su prepotencia y sus gestos característicos, se presentó en la Cámara para dar su primer discurso como presidente del Consejo de Ministros, el llamado “Discorso de bivacco” y, se aprendió tan estrictamente el texto de aquel discurso, que en el suyo de investidura como Presidente elegido en las urnas por el Partido Tripey; utilizó mucha de sus sentencias impropriamente cuando dijo: *“He rechazado la posibilidad de vencer totalmente y podía hacerlo. Me autoimpuse límites. Me dije que la mejor sabiduría es la que no se abandona después de la victoria...”* (Sería en ese instante de su discurso de investidura, cuando la insigne cotorra vendría volando a colocarse sobre su hombro). Y deseaba con ímpetu sublime ese vibrar de pueblo llenando las plazas, cuya ovación bajo sus pies, como todo un canto de guerra y de victorias le aclamaran diciéndole: ¡Emperador, Emperador, Emperador..., te amamos Emperador...! O que retumbara tan eglógico y apasionante: ¡Salve, César, los que van a morir te saludan!

Y lo expulsaron de la escuela religiosa para varones **La Sagrada Familia** a los seis meses de matricular allí como interno, por ser considerado un irremediable disoluto, quien escribía y pintaba obscenidades en los baños; al punto de que el Director de la Escuela, el Abad Simplicio González

Santosenamorados, primo de su padre Leopoldo Cabulla Santosenamorados, lo encontró leyendo *libros prohibidos e inconversos* en la calesita del confesionario e, incluso después se pudo descubrir por las pesquisas de un investigador religioso especializado, que el causante de colgar subrepticamente una noche en el cuello de la escultura del Cristo Rey en el patio de la escuela epítetos degradantes y *endemoniados*; había sido el mismísimo internado Manolo Cabulla Zumarreta; todos aquellos acontecimientos ya eran imposibles de disimularlos; así fuese el Director de la escuela primo de su padre y un queridísimo benefactor y confidente de la sufrida y devota madre Paulina Zumarreta Cabello; y así se lo confesó el mismo Abad Simplicio González Santosenamorados en confianza a Paulina, con pena y, muy molesto internamente, pero con mucha parsimonia intentado de demostrar que él no era el culpable de lo que había sucedido e, incluso ni la misma Paulina una connotada cumplidora de los *designios de Dios*, que aunque no mencionó su nombre, se dejaba entrever que el resultado de la conducta distorsionada del pupilo Manolo Cabulla Zumarreta, se debía al ejemplo retorcido y a las lecturas pecaminosas y diabólicas que le extendía el padre y primo suyo Leopoldo Cabulla Santosenamorados:

Mi estimada Paulina, yo sé que estás muy afectada por lo de tu muchacho, pero compréndeme tú a mí Paulina, compréndeme; qué dirán las pundonorosas familias que tienen a sus hijos en nuestros prestigioso colegio **La Sagrada Familia**; que yo he aceptado y permitido las barbaridades de Manolito, porque él es de mi familia; eso es inaceptable mi querida Paulina...Y Paulina Zumarreta Cabello llorando en silencio, secándose las parcas lágrimas con su pañuelito blanco, asintiendo ligeramente con la cabeza; ya Manolo había pasado los catorce, a los dos años de que el anciano aurúspice le confesara de que su hijo padecía de esa extraña enfermedad del tigre, de la cual ninguno de los doctores, sicólogos y siquiатras a los que había consultado, jamás le mencionaran algo parecido; era de pensar además, que gran parte de la distorsionada conducta de su hijo, había que achacársela a la perniciosa actuación de su padre Leopoldo Cabulla Santosenamorados.

Sin embargo no era de dudar que un personaje como Manolo Cabulla Zumarreta, quien desde muy temprana edad se le había prendido la semilla inmarcesible del odio por toda su alma y, que el único quien no debiera temer de su odio irreconciliable era él mismo, por ser un irrenunciable y contumaz egónomo y un megalómano obsesivo, el cual se satisfacía odiando a todo y a cualesquiera que le rodease o, sin rodearle pero cuyos designios tuvieran alguna influencia adversa sobre su existencia; no podía permitir que este agravio a su prepotencia quedara en el vacío y, como remunerable deuda a amortizarle a mediano o a largo plazo; por eso en aquella misma tarde a la hora de la cena, lanzó con tanta rabia un cubierto y, como si éste fuese dirigido por Shedú, fue a clavarse con sus cuatro tridentes en el mismísimo corazón de

una imagen de Jesús tallada en madera, que se hallaba en la pared izquierda del comedor familiar; la criada que en ese momento servía la mesa, abrió los ojos horrorizada cuando el cubierto, cual si fuese impulsado por la soberbia del mismísimo Shedú, cruzó como un dardo muy cerca de su rostro para irse a clavar en el corazón de la santa imagen; Paulina por su parte emitió un grito de horror ante la actitud diabolizada de su hijo; Leopoldo apretó la boca, giró disimuladamente su rostro ora a su esposa, ora a la criada, ora a su hijo, sin embargo no emitió ninguna palabra, temiendo que de la actitud soez del hijo saltaran los reclamos hacia su distorsionada conducta de perjurios y prevaricación moral; pero de tanto estrujársele la impotencia por dentro, el rostro se le puso cárdeno y el puño lo crispó en la copa del vino; y aunque para ese tiempo todavía no apareciera en las aventuras voluptuosas de Leopoldo Cabulla Santosenamorados ni en la empleomanía de la casa, la exquisita y apetente de solemnidades María de los Ángeles Medina de las Dulzuras, con la cual Leopoldo, el fornicador con manía erotómana y desmedida satiromanía, iba a tener una de las más encantadoras complacencias pasionales; el acaudalado padre del futuro Presidente de la República de Asunción, temió en ese momento que su mujer le restregara delante de la sirvienta; que la actitud indecente y demoníaca de *Manolito*, era el reflejo de su propia perturbación heterodoxa contraria a los designios de Dios y de la Iglesia; aunque estaba seguro que nadie en casa conocía hasta el momento, que muchas mujeres con el título de respetables, de familias pundonorosas, casadas inclusive, quienes asiduamente penetraban a la misma iglesia que asistía Paulina Zumarreta Cabello; habían tenido en años más jóvenes aventuras subrepticias de cama con él y, porque sus métodos sibaríticos eran tan inusuales, lo que ninguno de los maridos de esas encopetadas mujeres de la alta sociedad asuncina practicaban en sus relaciones, convirtiendo el diario lecho en una rutina *missionera*, incapaz de transferir a orgásmicas vibraciones a sus esposas; las enloquecía de un furor supremo llegar a ese clímax que muchas de ellas apenas conocieran con cabal apreciación o, que nunca lo hubiesen conseguido en toda su existencia matrimonial; fue para todas ellas una pasión inaudita y exorcizante sentir la lengua porosa, entrometida y libertina de Leopoldo Cabulla Santosenamorados sorbiendo, deleitando, deslizándose por toda la intimidad sublime de sus orgasmos y, cuando sus pasiones se hallaban en la cúspide erógena más elevada, sentir la ardiente virilidad de un Leopoldo que gemía a la par de sus mismos gemidos, segregando aquel dulce elixir meditabundo que las hacía vibrar como yeguas en celos; pero tampoco nadie conocía ni en casa ni en toda la sociedad capitalina de Asunción; que Leopoldina, la hija de la familia de Gervasio Ascurúa Pontecornavaca y de Alicia Clementina Hetaira Sincabeza; había sido un producto de esa relación arcana entre Alicia y Leopoldo y, que ella misma estuvo consciente de permitir que los jugos fecundantes de su disoluto

cóncube, le quedasen caminando insidiosos por su interior, para que estos finalmente se embrionaran, y tener así quizás la conjura silenciosa contra el marido, la que protestase frente a su ineptitud fogosa y nada concomitante a la de Leopoldo.

De inmediato sin que transfiriera tiempo para que le objetaran, el adolescente Manolo Cabulla Zumarreta con un brusco ademán separó con rabia la silla y, de un salto subió a la mesa y, sobre el mantel con la cena servida; comenzó a pronunciar un discurso delirante, sus ojos enrojecidos como los de un tigre presto a saltar sobre su presa indefensa, los labios le temblaban y, toda su piel parecía el pellejo de un tambor después de estirarse al fuego, y como todo un tribuno con oficio dijo exclamativo y enfático:

¡He llegado a esta tierra para liberar a los oprimidos de las cadenas que los sumen en la esclavitud; no sólo con la que encadenan a los pueblos los políticos, los jueces, los legisladores, sino también la que han ejercido durante siglos, esos demonios vestidos de santos que son los curas, los obispos y hasta el mismísimo Papa del Vaticano...; en ese instante doña Paulina se horrorizó grandemente, se llevó una mano a su boca abierta y se persignó; estaba convencida que le había llegado nuevamente a su hijo la famosa *enfermedad del tigre*, la misma que le mencionara años atrás el viejo adivino; por su parte Leopoldo sonrió ladinamente, sin emitir palabra alguna; la sirvienta también estaba horrorizada ante la actitud del *señorito*, quien minutos antes estuvo a punto de herir su rostro cuando lanzó por los aires el tenedor, el cual como poseído por los Ángeles del mal, fuera a incrustarse en el mismo corazón de una imagen de Cristo tallada en madera e impuesta en la pared izquierda del comedor; y prosiguió en su perverso e improvisado discurso nuestro futuro Presidente: cuando yo llegue al poder de esta nación; ténganlo bien entendido ustedes, cuando llegue al poder; voy a perseguir a todos esos mentirosos y opresores religiosos de mierda; cerraré a todos esos malditos colegios religiosos que solamente esconden y educan a maricones; claro, como ese Director de la Escuela **La Sagrada Familia**, ese Abad Simplicio González Santosenamorados...! –fue en ese instante que la compungida Paulina Zumarreta Cabello le hizo una señal a la atemorizada sirvienta y, entre el espacio en que el joven Manolo Cabulla Zumarreta se inclinaba para tomar una de las copas rebosantes de agua, y proseguir su encendida soflama; apareció el hercúleo del celador, quien con un brusco ademán, que para su estatura y músculos le fue fácil bajar al delirante joven Manolito de la mesa, echárselo debajo del brazo y conducirlo hasta su cuarto, al tiempo que éste pateando intentaba zafarse de aquel garfio de hombre; finalmente desde adentro del cuarto se escucharon los gritos aberrantes del futuro Presidente maldiciendo al centinela de la casa; jurándole con extremada alevosía; que a él también lo extinguiría de la faz de la tierra cuando llegara a ser Presidente de la República.

La expulsión de la escuela religiosa del futuro Presidente motivó que la familia Cabulla Zumarreta, a pesar de todo el dinero que se guardaba en las arcas de Leopoldo, de que era el dueño de extensas porciones de tierras y de ganados, que no había fábricas de lluvias artificiales en todo el país, las cuales no procesaran los químicos producidos en las industrias pertenecientes a la firma Leopoldo Cabulla Santosenamorados y Hnos. y, bebidas donde no estuviesen los alcoholes destilados y refinados en los alambiques de la firma Santosenamorados, el abuelo por parte de su madre; las familias de estirpe y del más rancio abolengo les retiraron las cortesías de visitarlos o se reprimieron por algún tiempo de invitarles al disfrute de los ágapes acostumbrados, a las festividades conmemorativas de onomásticos o las veladas a réquiem por la memoria de los muertos ilustres de las familias. (aunque todo sucedió públicamente con doña Paulina, porque muchas de estas encopetadas señoras, seguían recibiendo ocultamente en sus lechos de los sitios menos sospechados a su lúbrico esposo, pues no es menos cierto que nada tiene que ver lo esotérico con lo exotérico, aunque las palabras se parezcan: una se huye hacia el norte y la otra hacia el sur) A doña Paulina aquello la llenó de pavores alucinantes; a tal punto que durante meses se consumó al destierro voluntario entre las paredes de su mansión y, casi perdió la costumbre de asistir al evangelio cotidiano de las comidas; hasta el día cuando su amiga de la infancia, Presidenta de las mujeres acacias de la gran Logia Masónica, Veladora Primera de la Asociación de Mujeres de Asunción por las Buenas Costumbres y la Caridad; Miembra Activa de las Mujeres Laicas y Auxiliadoras de la Catedral primera de Asunción; decidiera romper con el ostracismo al que hubieran condenado a la ilustre Señora Paulina Zumarreta Cabello; desde entonces todo comenzó a fluir nuevamente en su ciclo ordinario de acontecimientos. Sin embargo a Leopoldo, su esposo, no le interesó en lo más mínimo que a su hijo lo expulsaran del famoso colegio religioso donde su primo era el Director; estaba convencido desde hace tiempo que Manolo era un loco incorregible, y que ni el mismísimo Dios lo deseaba en sus dominios; era su hijo, pero desde mucho había augurado por sus adentros que hasta su propia sombra algún día le iba a odiar; ya estaría con unas cuantas varas de tierra sobre el esqueleto, para el instante en que su único hijo no espurio elegido por el Partido Tripey, llegase al poder de la República de Asunción, candidato precisamente por ese Partido político que él durante tanto tiempo, siendo un ferviente asiduo del Cotorra, reprobara con saña por ser el Partido, según él, de los más desarrapados e incondescendientes del país.

No quedarían dudas barruntando como aire caprichoso, que quien había subido a la magistratura de Asunción, no era ni más ni menos que el mismo joven llegado un 25 de marzo en la mañana ante la Dirección del Partido Tripey, para con rayana agudeza anunciarle a los presentes: “—estáis ustedes conversando con un abogado y periodista sagaz y, el cual es autor de

investigaciones muy encomiables, sobre la negación axiomática del actuar respetable del Partido Cotorra”. Y diría el profesor Gaspar María evocando desde el exilio el instante: “– Nos trajo recortes de periódicos y revistas; boletines escritos secretamente por un aprendiz de político universitario; furibundo excéntrico, moviéndose en la cuerda floja de una explosión en cadena, que él mismo calificara de revolución.” Al tiempo que el abogado Julio Quiroz, diáspora reconocido entre las más ilustres familias emigradas por deseo propio con rumbo a Mexiquilandia, por las desavenencias con el Presidente y sus métodos hegemónicos, pero que a la vez fuera asimismo cofrade cercano en el Partido Tripey antes del triunfo, fue llano en sus apreciaciones: “ Y llegaría como una aparición no se sabe de dónde, pero aun siendo un intruso “sin Partido”, nos irrumpió como bacteria, como fiebre, y sin quererlo al instante nos hizo cómplices de su ego, coaccionándonos, para sentirnos niños ingenuos ante la sutiliza de sus argumentos.”

“ Nos engañó, por su parte el comisionista José Gonzaga –los viejos dirigentes del Partido les entregamos las riendas, pero después del poder, a todos aquellos a los que nos opusimos al cambio de la Constitución y que se fraguase el asesinato de nuestras cotorras, con el insomne invento de que contagiarian a los humanos; enfermedad según introducida por los Órganos Secretos de Mexiquilandia, o cuando se preparó la confiscación de los bienes de los cotorritas; los “viejos”, los fundadores, fuimos encausados por apóstatas; algunos en la diáspora, los demás se consumen entre las ratas y la humedad de las mazmorras.”

Nadie o muy pocos pudieron predecirlo, llegó siendo el “Hombre”, en mayúscula; como si el propio Mateo, prosélito pensara en su nacimiento y no en el del Cristo. Y precisamente, creyéndose él mismo Cristo, se dio a prevenir la eternidad de sus doctrinas y el desenlace equivocado por el que se conducirían aquellos que no le siguieran.

Luego vino el hecho misterioso de la invasión de avispas asesinas la **Vespa Mandarinia** a la sede del Congreso y del Senado; aquello fue algo horrendo e imprevisible. Sucedió en una noche cuando la minoría en el Congreso del Partido Cotorra se hallaban reunidos, tomando los acuerdos necesarios para contraponerse categóricamente a la disposición del Presidente Manolo Cabulla Zumarreta de romper todas las relaciones con Mexiquilandia, con esos argumentos suyos de que el Presidente y todo el Estado de Mexiquilandia estaban desprestigiando su honrosa figura como Presidente de la República de Asunción; porque según el propio Manolo por informaciones de sus Órganos de Seguridad, en Mexiquilandia se permitían muñecos, caricaturas y comics donde se le presentaba como a un demente, como a un apócrifo Gobernante que iba contra el reloj, contra el desarrollo contemporáneo, que su campaña en detrimento de las cotorras en Asunción por la coprosodia de que tales aves

producían una enfermedad inexistente, era un latrocinio no sólo contra la especie sino contra la conciencia universal; pero además no sólo estaba en sus planes desintegrar las relaciones, la cual por varios siglos se habían mantenido en buena concordancia con Mexiquilandia, sino además construir una cerca de un kilómetro de altura por toda la frontera que era bastante entre Asunción y Mexiquilandia; aquello era inadmisible, ya los contrarios del Partido Cotorra estaban cansados de las tantas locuras del Presidente Cabulla; acaso no era más que suficiente el haber sacrificado por un hecho personal el símbolo epopéyico de la Patria; aunque sus partidarios callaban y, como corderos externamente le iban aprobando todas sus locuras narcisistas, por conveniencia política unos, por ser más partidista que patriotas otros y por miedo los demás; ya a la minoría del Partido Cotorra se la había desbordado la leche por los bordes del jarro; era la hora de ser el tronco en medio del cauce del río, y represar las aguas al precio que fuese necesario, quizás lograban obtener el voto de los acobardados y de algunos partidistas más que patriotas del Partido Tripey para conseguir su objetivo de írsele de freno a las demencias sublimes y perniciosas del Presidente. Sin embargo no sabían los partidarios del Cotorra con toda profundidad, los límites a los que fuera apto de llegar el Presidente Manolo Cabulla Zumarreta para lograr sus objetivos; no estaban conscientes aún, de que quien por el sólo credo de que al posarse una ingenua cotorra en su hombro, en el instante en que hubiera transcurrido cuatro horas, quince minutos y treinta segundos de su discurso de investidura, en el preciso momento de introducir en su alocución las palabras del Duce italiano Benito Mussolini en su “Discurso de bivacco”; les hiciera una conjura interna de desaparecerlas de todo el contexto de la nación por haber injuriado a su augusta figura y al uso ineludible de su palabra. Nadie pudo conocer quién trajo a las cientos de avispa asesinas enjauladas y, quién les abrió las puertas de la jaula, quién hizo detonar, no se sabe qué cosa en el pasillo que conducía al salón del Congreso donde se hallaban reunidos los del Partido Cotorra esa noche, que la curiosidad hiciese abrir la puerta a Jaime del Toro Granado y, cuando las *vespas mandarinias* como demonios teledirigidos, se fuesen precisas y en oleadas a encontrarse con los cuerpos de los aterrorizados asambleístas, quienes por ser tan entrada la noche nadie escuchó sus gritos de auxilio: seis muertos, diez en estado crítico y otros que pudieron escapar sobreponiéndose en huida urgente hacia otras dependencias a buen recaudo de la sede congresional, avisando desde el sitio benefactor a policías y bomberos.

Al día siguiente fue la primera noticia en los diarios y la urgente en los boletines informativos de todo el país; aquello era tan espeluznante como extraño; uno de los asambleístas de los que pudo guarecerse en una de las dependencias congregacionales, ofreció un informe detallado de lo que había sucedido en la aciaga noche del 21 de octubre, cuando todos los legisladores del Partido Cotorra adversos al del Presidente y por antonomasia al mismo

Presidente Manolo Cabulla Zumarreta se hallaban reunidos discutiendo las acciones que esta bancada opositora, asumiría ante los excesos inconstitucionales y depredadores de la concordia nacional del Presidente; era de esperar, que este hecho no podía quedarse en el tintero como algo que sólo interesa para contarlo como un acontecimiento sensacionalista, con que los folicularios, las agencias de prensa y de información realzaran sus dividendos; eso podía ocurrir con otro Presidente el cual se limitara a enviar condolencias, ramos de flores a los familiares, declarar duelo nacional por los distinguidos occisos, y emitir una orden de investigación a sus Órganos de pesquisaje de lo ocurrido y, luego que en el buró presidencial se hallara el informe detallado de la investigación de sus Órganos de pesquisaje, tomar las medidas correspondientes al respecto; pero con Manolo Cabulla Zumarreta las cosas eran muy diferentes a las que un Presidente serio y de compostura hiciera; por algo el famoso periodista Armando Guerra del Rincón y, quien días más tarde a su afirmación desapareciera definitivamente de la audiencia y dos semanas después la escuchada emisora saliera también del aire; en su noticiario radial vespertino dijo en una forma muy burlesca:

“A nuestro Presidente Manolo Cabulla Zumarreta, mis queridos oyentes, bien podemos compararlo con tres animales famosos: uno con los canguros de Australia, dos con las liebres y tres con los sapos ¿Saben ustedes por qué? ¡Ah...! Porque nuestro Presidente Manolo Cabulla Zumarreta siempre está saltando hacia delante. Pero también podríamos decir que nuestro Presidente Manolo Cabulla Zumarreta es una anguila que se nos escapa por entre las manos.” –y así fue en esta ocasión, el Presidente Manolo Cabulla Zumarreta saltó hacia el frente; ante aquel hecho tan espeluznante ocurrido a los famosos congresistas del Partido Cotorra, nadie sería capaz de contradecir con fuerza los argumentos que propusiera el Presidente para solucionar con habilidad y prontitud lo ocurrido, aunque él acudiera como siempre ocurre en estos casos con las fórmulas del populismo, a encender la llama interna nacionalista de los ciudadanos, por lo cual se aprovecharía para convencer con buen jugo y buen gusto, lo que anteriormente algunos o muchos adversos no aceptaban por ser una propuesta deleznable e inconstitucional del Presidente y su programa de gobierno; pero quién ahora podía ir en contra de la corriente si lo que propusiera el *benedictino* y *benefactor* de la Patria fuese en bien del honor patrio y, para lavar el crimen cometido contra los queridos legisladores del Partido tradicional de los asuncinos, los del Partido Cotorra; hasta los irresolutos contrarios al Presidente Cabulla si no estaban de acuerdo con sus ideas, porque ser opuesto por convencimiento no es lo mismo que ser opuesto por los pálpitos (los primeros son capaces de morir por sus opiniones insurrectas, los segundos sólo la confiesen al amparo de sus techos antes del sueño, o comentando con la familia a la hora de las comidas); tendrían que aceptarlo a regañadientes ante la suma arrolladora apoyándolas, aun así

estuviesen rumiando más con la cabeza que con el corazón, que es como piensa la gran mayoría de la gente. Y a la noche siguiente el Presidente Cabulla ya estaba antes las cámaras televisivas ofreciendo a la población un informe detallado del vil acto contra los legisladores del Cotorra; y después de florear introductorio, el de pronunciarse altamente afligido por el acontecimiento, el de hacer algunos conteos de la valiosa historia patria y de sus héroes, y ofrecer el pésame a los familiares de los fallecidos; (cuestión que según los más avezados semiólogos y hermeneutas consideraron que era pura bagatela de poco interés para el autor y, que sólo las utilizara como apresto para la contundente resolución que vendría más adelante) y así mismo sería; luego de todos aquellos *ripios retóricos* vino el plato fuerte para los comensales: se echó una sonrisa ladina, hizo sus acostumbradas mímicas con los labios y el rostro a semejanza de Benito Mussolini, no se sabe si por instinto o exprofeso porque era un pérfido fanático del Duce y, como por *arte de birlibirloque*; la sonrisa ladina de segundos antes se le transformó en un impenetrable laberinto de odio y de venganza, carraspeó la garganta; (el perfecto contraste) no porque tuviera molestias en el conducto faríngeo, sino porque fuese el aviso de que iba a emitir la sentencia definitoria e impostergable y, sin más preámbulos sentenció:

“Mi querido pueblo de Asunción, compatriotas míos; este vil y detestable acto cometido contra nuestros respetables congresistas del Cotorra; que no por ser mis adversos son mis enemigos, yo también soy su Presidente y ellos mis congresistas del Congreso, donde mi Partido, el Tripey, es mayoría; pues sí, (repito), este vil y alevoso acto, lo afirmo y reafirmo en esta noche; ha sido una sutil agresión contra nuestro pueblo, contra nuestra integridad y nuestra democracia, a la cual envidian esos que viven bajo el oprobioso signo ilibertario de gobiernos dictatoriales; por eso hoy afirmo y reafirmo que el acto de introducir esas avispas asesinas en el hemiciclo del Congreso, donde se reunían nuestros ilustres Congresistas cotorreros; (y esta vez dijo cotorreros, como si estos fuesen una bagatela adjetiva, tal como si hubieran contraído la extraña y apócrifa enfermedad del Cotorreo eso también lo descubrieron los semiólogos y hermeneutas) eso fue una acción creada en los laboratorios asesinos de nuestros enemigos connotados; les estoy hablando queridos habitantes de Asunción, de la confabulación consumada entre Mexiquilandia y de Kundilandia; por tanto como estas naciones han sido capaces de urdir un acto tan asqueroso contra nuestro país; en el día de hoy, yo el Presidente de Asunción Manolo Cabulla Zumarreta y el Gobierno de Asunción; rompemos relaciones con Mexiquilandia y con Kundilandia y, pediré a los miembros de nuestra sede diplomática en esos dos países, que regresen a casa de inmediato y, los integrantes de las sedes diplomáticas de estos en nuestro país, deberán hacer de inmediato sus maletas para que partan con rumbo a sus casas en Mexiquilandia y Kundilandia; pero en el

caso específico de Mexiquilandia; desde mañana mismo comenzaremos a construir una cerca de un kilómetro de altura en el sitio donde demarcan nuestras fronteras, tal como por varias ocasiones desde que yo llegué al poder he aconsejado, ahora no importa el valor que esto nos cueste; por la seguridad de nuestra Patria y su pueblo haremos todo lo que sea necesario, hasta lo imposible. –volvió hacer las idénticas contorsiones a lo Benito Mussolini, para luego concluir en su alocución televisiva: ***por eso mismo, yo, como Comandante en Jefe, pondré en estado de alerta todas nuestras fuerzas de cielo, mar y tierra; tenemos que cuidar nuestra seguridad nacional. He Dicho.***”

Desde entonces muchos comenzaron a creer que las patrañas y las argucias del Presidente Cabulla no eran tan apócrifas, que todo tenía un objetivo al cabo de cuenta para el beneficio nacional; los que siguieron pensando que el Presidente realmente era un embustero utilitario, un depredador de la Constitución y las leyes; callaron y se rumiaron las ideas en los rincones más apartados de sus casas, al temor de que sus propios vecinos, los congéneres de fábricas, oficinas, escuelas o cementerios, se les fueran como *gallinas a quienes le arrancaran sus polluelos*; fue cuando por todo el territorio nacional, se hizo de cotidianas en la lengua de los adversos al Presidente Manolo Cabulla Zumarreta, la famosa frase célebre de: ***“Dale a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César”***.

Habría acaso el misterioso indicio, la predicción enigmática que unía la conciencia en aquel único objetivo, en la búsqueda del punto universal. Como si la garganta y los brazos y las piernas de tanta gente fuesen la misma garganta y los brazos y las piernas de toda la gente; para decir, levantarse y andar idénticamente por el mismo sitio. Como si la revelación de San Juan, el teólogo, se enarbolara en las miles de banderas, en la barahúnda de voces; como si el Espíritu con voz de trompeta les empujara, o dijese que de un instante a otro estarían penetrando en los dominios del Alpha y la Omega, donde las palabras del gran líder fuesen para todos el inicio y final de sus vidas... {Claxon, bocinas y sirenas, voces, cantos y bramidos; concordia para despertar inusualmente una mañana, y convertida la ciudad en otra ciudad desarticulada de sus goznes ebullendo a la luz expectante del amanecer. Y las calles y los adoquines adivinando los pasos escabullidos más allá del tumulto, a la búsqueda incesante de lo insólito. Y al fin la adulterada plaza con sus extraños árboles verdes y el cielo increíble, como si estos no fueran legítimos; pero nadie pensara en los árboles ni en el cielo, sólo introducir sus almas lo más cercano posible al gran zócalo; lo más próximo al “*salvador*”, al gran líder, que su respiración vibrase por sus propios corazones.} Finalmente callaron los himnos y, en los altavoces la voz emocionada del locutor anunciando de que había llegado el Presidente y su séquito de Ministros, Congresistas y Militares. Y una voz saliendo de los aplausos que gritaba por

encima de las cabezas y los respiros: ¡Viva el Presidente Manolo Cabulla Zumarreta! Y la multitud como por inercia o como los alumnos instruidos de una escuela respondiendo ¡Viva...!

={Hoy no estarían ellos, a pesar del fanatismo y sus ensueños, en esta plaza con su apócrifo cielo azul y sus apócrifos árboles sembrados también apócrifamente; claro que no estarían ni se sintieran obligados de estar, si el Presidente y el Congreso (a regañadientes algunos) no hubiesen modificado la Constitución de la República, para convertir en vitalicio al Presidente Manolo Cabulla Zumarreta; desde ahora habría que decirle a los niños y a los jóvenes en las escuelas y universidades; que modificaron la Constitución creada por los próceres de la Patria, porque la voluntad popular así lo exigiera, porque el pueblo había entendido que el Presidente Cabulla Zumarreta, su Gobierno y el Partido Tripey con todas sus proyecciones; eran realmente a lo que aspiraban todos los habitantes de Asunción durante mucho tiempo; así también lo explicaría su Ministro de Exteriores, y todos sus embajadores y cónsules en el contexto de las naciones amigas y enemigas.}

“Yo les daré el fruto que no tienen los árboles, el trigo que no ha llenado sus graneros, la flor que falta para sus tumbas; yo les daré; les estoy dando esta aguacero de semillas y flores mágicas, que fecundarán hasta en los tejados de las casas, y abrirán los caminos más indescribibles a los pasos...”

Y comenzaron a caer como por arte de magia sobre las cabezas y desde los árboles de la plaza, millones de semillas verdes y flores extrañamente rosadas, y aquel enjambre – Dios mío de indivisas mariposas que fue nublando el aire por cada minuto que transcurría en la plaza, todo pareciera como extraído de una leyenda de lo real maravilloso, como “*E hizo el firmamento, y separó las aguas que estaban debajo del firmamento. Y quedó hecho así.*” o como la leyenda de Noé con su arca y el diluvio de los cuarenta días con sus noches y todos los animales y la familia de Noé, comiendo y bebiendo por toda esa larga jornada o, que un gallo cantara tres veces, después de mencionar la mayor de las mentiras negando lo que realmente no se podía negar. Muchos se hincaron de rodillas y se persignaron, creyendo en la venida del Cristo Salvador. Varias mujeres cayeron inconcientes sobre el asfalto del ágora y, al instante un regajo de semillas y rosas artificialmente perfumadas las cubrieron, para que otro ciento de alevillas violetas y verdes llegaran a libar sobre sus sueños.

“Esta purísima Revolución Tripeyana está bendecida, por eso llegó para quedarse, y porque es el fruto de todos ustedes; y el que se oponga será arrollado por la fuerza de este pueblo. Los del Cotorra, que hoy se esconden en los templos; lugares donde falsamente dicen que aman a Dios; los sacaremos de allí y pagarán con creces sus afrentas; y los demás pusilánimes, los que aun vistiendo nuestros atavíos de revolucionarios, se

esconden en la retranca del tren para frenar nuestra marcha, también los atajaremos. Evitemos que esta causa pura, novicia, revolucionaria; hoy defendida por todos nosotros y refrendada en nuestra Constitución; sea soslayada...” Y se escucharon los rugidos de aviones surcando el cielo de Dios, pero ninguno de los que formaban la polícroma manifestación pudo verlos, había otro cielo imaginado entre ellos y el real y, al que mucho tiempo a nadie se le ocurrió desmentirle como cierto, pero tampoco olvidaron los árboles que nunca nacieran allí, los que aparecieron en una noche para escapar luego como ladrones furtivos a no se sabe qué lugar, sin embargo nadie, por muchos años; logró decir que no eran reales. Cómo es posible negar y decir que algo no es cierto, cuando nos convencen, y nos sorprenden la magia maravillosa de la fantasía que llevamos por dentro; porque los hombres sólo llevamos un pequeño trozo de realidad en el cuerpo, lo demás es pura imaginación que nos recorre desde la cabeza hasta los pies; aunque a veces creemos que andamos con los pies sobre la tierra es pura imaginación; basta un mínimo fogonazo que despierte el sueño intrínseco, para que andemos volando como zombis detrás de los idilios.

Esa misma noche la garulla penetró con sus rancios vocablos en la liturgia de los templos; y los techos abovedados, las imágenes sacramentales, los pebeteros, los cirios que ardían a ambos lados del púlpito, y el altar y hasta las copas de un vino rojo se sintieron violados ya el Presidente los había convencido, de que en los templos escondían a infiltrados y espías de Mexiquilandia; mientras los íntegros feligreses, hincadas las rodilla delante de los banquillos bajaban las cabezas, y “*Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen...*”; el murmullo sobre las rodillas semillando misericordia detrás de los dientes; y los zapatos y las ropas aún con el polvo de la plaza y las consignas del *profeta*, levantando los brazos y el tono de periódico insurgente, desafiante como soldados en asedio; en su búsqueda de pugnadores oblicuos. Y el sacerdote y los diáconos y el coro; crisantemo suspendido sobre el aire; el órgano con una lejana vibración iconástica amarrada aún a las columnas, en los oídos; y “*Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen*”; pero el tumulto llenando los sacrosantos pasillos, dictando que sólo ellos desde siempre serían los dueños de la Situación. Y la misma voz que saliera como el humo de los volcanes en la manifestación de la mañana iniciando el coro: ¡Viva Manolo Cabulla Zumarreta, nuestro único Mesías...! Y la taifa respondiendo: ¡Viva...! Y el Obispo y el Sacerdote y los diáconos valientes desde el púlpito respondiendo por los altavoces: “¡Sólo Jesús es el Mesías...!” Y los feligreses respondiendo en coro apretado “¡Sólo Jesús, sólo Jesús, sólo Jesús...! Y los enarbolantes, creyéndose los dueños plenipotenciarios de la Situación, se habían olvidado de la lumbre hipnotizada en la imagen de la virgen y en el rostro evocado inconscientemente de la abuela. {aquella lumbre danzando sombras por el cuarto en semipenumbras, al tiempo que el opaco

rezo difundía su litúrgico asombro en cada rincón, para llenar de magias ceremoniales el silencio de la estancia} Se habían olvidado de que ellos mismos eran un engendro, devenido de las costumbres ancestrales de esas liturgias, que por siglos habitaba no sólo en los templos, sino debajo de cualquier techo por más raído que este fuese. Y el bullicio de la chusma, la turba insaciable retomando las calles y los portales arcados con lamparitas magistralmente torneadas, a la vez que seguían subiendo los tonos desde sus gargantas y en los altavoces sujetos a los balcones públicos; las terracillas y los ventanales altos les veían pasar por debajo, pero estos sin importarles las leyes de la ética y las costumbres a la fuerza inclemente del empuje populero de sus consignas y cantos, continuaban impetuosos desbrozando calles, avenidas, edificios y parques; pero qué pudieran hacer aquellos sino responder a su *filosofía* de masa, a quien le habían llenado las arcas de las propensiones, de que podrían llegar o habían llegado al paraíso mencionado en los libros célebres, donde se cuenta la historia maravillosa de los hombres y de los dioses del olimpo.

{Nada es tan eterno como un mismo hueso desprovisto de carne, lamido por cientos de bocas al mismo segundo. Y se cansarían de contar estrellas, y creerse los argonautas del viaje eterno; sin darse cuenta que las naves eran sus propias botas chapoteando la brizna de sus voces antiquísimas, y desarmando como un rompecabezas de fragmentos esparcidos a los adormilados calendarios; quienes volvían a sentir los mismos tambores y las trompetas que aparentemente le hicieron gloriosos sus días en siglos anteriores; la historia se estaba repitiendo una vez más; era como si regresaran al mismo sitio donde viniesen a asesinarles por segunda ocasión, era como si después de estar encadenados y redimidos, su salvador los unciera de cadenas ahora para colocarlos a servir bajo su propio látigo; los hombres desprovistos de linajes y otros con prosapias imbuidos de idilios; volvían a creer en el *milagro* procaz que identificaban a las revoluciones, volvían a sostener sobre los hombros la misma cruz, imaginando que ésta no era la misma que las otras del idéntico bregar hacia el Gólgota}

No había sitio libre en la porción más alta de las fachadas de los edificios, en las casas, en los establecimientos o en las grandes pancartas a la entrada de todos los pueblos; que no exhibiera con sus letras gigantes la frase universal de: **MEXIQUILANDIA Y KUNDILANDIA SON LOS PAISES DEL MAL**. Cualquiera que llegase de otras naciones quedaría sorprendido al primer aviso, pero un tanto más allá la sorpresa se metamorfoseaba inevitablemente en abrumaciones, en cansancio infinito, en viciosa adicción involuntaria; porque aun existiendo en el mundo algún que otro sabor extraño, muy pocos ya no estaban persuadidos de que realmente había que construir una cerca de un kilómetro de altura en la frontera entre Mexiquilandia y Asunción; los mexiquilandeses hasta el más simple y humilde de ellos podía

ser un enemigo potencial, por lo que cada asuncino debía cuidarse de la satrapía oculta de cualquier ciudadano de ese país; los que no tuvieran ese criterio compartido con el Presidente Cabulla; estaban expuesto a tres situaciones: a) escapar del país; b) seguir obstinadamente luchando por sus ideas e ir a las mazmorras penitenciarias o c) callar y, repetir la ya mimética frase célebre, que te transmutaba inexplicablemente de hombre a camaleón.

En el Palacio de Gobierno brillaba un cartel en grandes proporciones y en escritura gótica, el cual acusaba a Mexiquilandia y a los habitantes de este país que residían en Asunción; de que fuesen los causantes perniciosos de todos los males de esta nación. Todos recordarían el discurso *apostólico* sentenciando que la plaga de mosquitos, de chinches, ratas, anopluros y las avispas asesinas que atacaran a los congresistas del Cotorra; era la confabulación en un plan perverso de los laboratorios homicidas de Mexiquilandia y de Kundilandia, que si las vacas no daban leche, todos conocían los motivos; pero si los pacíficos ciudadanos de Asunción se pendenciaban a cuchillos y machetes con sus propios vecinos; era el producto de la guerra ideológica penetrada por las coprofagias de la cultura de Mexiquilandia... Todo comenzaba desde el amanecer hasta la noche, con la virtud de aquellos apostróficos adjetivos que lucubran los misoneístas antes de irse a la cama en cada noche, o hacer el amor con sus mujeres (cuidándose siempre de guardar los reglamentos estatutarios del sexo), alentados por la doctrina de las pendencias que instaurase el mismísimo Manolo Cabulla Zumarreta, como estrategia ensortijada de armar los espíritus que combatiesen a los *espejos* propios; esos que reflejaban el rostro y la silueta de la conciencia argucias maquiavélicas para que los fantasmas del miedo fluyesen sin tropiezos, y se engancharan de los clavos, y permanecieran perpetuamente a la vista de todos los habitantes de Asunción; porque bien sabía el Presidente que sus quiméricos *enemigos*, no gastarían ni la más ociosa de sus balas, en el objetivo de exterminar aquel muro de mentiras y paranoias roídas internamente por termitas insaciables; que cuando llegase la hora precisa se erosionara, o sería tomada por asalto por sus propios caballos de madera al despunte del amanecer.

Después de que los franceses decidieran traernos la consumación práctica con el contenido de lo que realmente es una Revolución, desde el lejano 1789; todo lo recibido por generales imitaciones tal vez tras el último cantío de los gallos en la madrugada; con el mismo nombre, no ha dejado en absoluto de parecerse a los idénticos caminos, engranes y tornillos que arman las espirales vertiginosas de tales hechos; ya sea por la puerta, por la sala, las habitaciones o la cocina; pero siempre algo les vincula los indicios a pesar de las distancias y los tiempos; por lo cual la llamada Revolución Tripeyana, que como tantas otras antes que ella; no le aguardaba en si ni la más mínima sustancia de noviciados o de resurrecciones; porque al fin y al cabo como cualquiera de las otras antecedentes y las que viniesen después de ésta; era la monótona

reincidencia de los lugares comunes, de las extremas acciones y, el de justificarlas por defender el vientre gestado de la Revolución, de la deglución insaciable por la madre nutricia de sus propios huevos y sus propios engendros. Así fue con el asunto patrimonial de las viviendas en Asunción; el Congreso, (que después bautizaran con el nombre de Asamblea) a orientación expresa del Presidente Cabulla Zumarreta; formalizó leyes sustantivas y procesales para hacer cumplir los nuevos proyectos de la Revolución Tripeyista; mas como siempre en estos casos; se instituyó para el expendio de la neófita legislación entre los ciudadanos y, finalmente para hacer cumplir cada punto y coma de las jurídicas; un *virtuoso* Ministerio con toda su comunidad de Ministro, ViceMinistros y funcionarios en los diversos asuntos relacionados con el usufructo, y el disfrute de lo que hasta ahora pagaban a propietarios de casa y condominios unos, y disfrutaban como propias otros. Desde tanto el Presidente, en el uso de aquella ley; excomulgaba a los cobradores y, a subrepticias investía a los deudores en futuros dueños de los inmuebles, siempre y cuando desde ahora; le comenzaran a pagar una suma impuesta por la ley del Presidente, por un tiempo en que según los fondos acumulados cumplían con las ordenanzas financieras establecidas; también los correctivos residitorios entre otros dogmas precordiales, administraba los actos de mudanzas y permutaciones, que desde entonces dejaban de ser puros trámites con la sola anuencia de los Notarios Públicos; desde tal caso sumaría a impredecibles pesquisas de motivos e intereses ocultos o descubiertos de los contrayentes, para que al fin un consejo de funcionarios, de invenales apariencias, emitiera el veredicto satisfactorio o no, y en este último procedía la definición extrema, de si en realidad los susodichos fuesen lo totalmente invenales o no. Además se verificaba si los permutantes no tenían desavenencias antagónicas con la política actual del Presidente Cabulla y su Partido Tripey; de tenerlas los trámites por cualquier razón se *obscurecían*. Y hasta quedaría para la historia la ocasión en que el Presidente; ordenara cortarles el *agua y la luz* por dos meses consecutivos a un pueblo donde todos los habitantes eran partidarios del Partido Cotorra y, en ninguna de sus casas se apologaba la figura del Presidente Cabulla; después de largas protestas, manifestaciones, huelgas, pitazos de claxon, carteles con caricaturas grotescas de Manolo y movilizaciones urgentes de policías y ejército; el Tribunal Supremo de Asunción decidió vetar la orden del Presidente, quien a regañadientes no le quedó más alternativas que acceder a la disposición del Órgano Supremo de la Ley en Asunción; aunque tuvo que aceptarlo en contrapuesto de su voluntad; hizo una mueca como de costumbre a lo Mussolini y, después de tragar en seco expresó:

Por ahora lo acepto; pero conozcan los Jueces Supremos de la Nación, que están amparando a traidores y agitadores contrarios a nuestros legítimos principios...

Las prescripciones para el Control del Sexo llegarían a convertirse en inoperantes y, aunque continuaba en boga la erotofóbica Circular, raras veces se volvía a los tiempos de los patrullajes, en que los juzgantes centinelas trasponían las calles y caminos; con los ojos y los tímpanos alertas y el ánimo presto para sentenciar a los infractores y esto volvía a suceder cuando se despertaba en el mando superior, cierto barrenillo de fiebres operativas o demostrarle al Presidente que se estaban cumpliendo sus doctrinas y, a éste se le ocurriera remover a algunos de los Ministros cercanos ; y entonces Lamadrid Martínez que era un camaleón surtido de mimetismos intrínsecos, y que no deseaba estar entre los amargos desplazados; de inmediato movía sus fichas en el momento preciso y, así evitar las sorpresas a sus aspiraciones de salirse del cargo cuando ya sus neuronas cerebrales estuviesen vacías e imposibles de mantenerse en los asuntos de Estado; por eso para ese período volvían las patrullas del Control del Sexo a recorrer las calles; siempre algunos cuantos miles se recaudaban para el catastro de las arcas, y demostrarle al Presidente que se cumplía a cabalidad las disposiciones sugeridas por él.

Todo comenzaría porque a los jefes supremos no les conviniese la rigurosidad de los estatutos sexocolométricos, y no ya porque el pueblo se lo protestase, al suponer que todos desde el Presidente hasta el último de los cargos del Estado y el Gobierno, solían violar los estamentos no sólo con sus mujeres, sino con las secretarías, las actrices y las mujeres de los subalternos más cercanos. Desde el exterior y a conclave de la Organización de Naciones levántase la voz acusatoria contra el sacrilegio de administrar algo tan libre y democrático como el sexo de los humanos. El Ministro de Exteriores de Asunción Francisco Roa Morúa, ante las naciones del mundo vetó, levantó la palabra, estiró el cuello como un ganso, y finalmente culpó a los intrigantes del Gobierno de Mexiquilandia y Kundilandia; por ser los causantes de tales injurias; no podía concebirse tal acto de su Gobierno como una violación de los Derechos del Hombre; (debemos de aclarar que él era el único intelectual reconocido en los Ministerios de este gobierno, pues los demás eran Generales y Coroneles retirados) y después de retoricar, de acotar citas bíblicas, de introducirse en lo que expresara José Ortega y Gasset en su “rebelión de las masas ”, de apelar a la “introducción a la Metafísica” de Heidegger; finalmente arguyó que los ciudadanos de un país donde se desarrolla una Revolución, son totalmente más sanos de espíritus que en aquellos donde no surge una Revolución; por lo cual Asunción había demostrado que los habitantes de las naciones revolucionarias, pueden ser capaces de equilibrar sus sentimientos, de sobreponerse a las debilidades humanas, y entregarse en cuerpo y alma a la obra renovadora de construir un porvenir diferente al que aconteciera en otros puntos del universo. Y recorriendo la vista por todo el auditorio de naciones, tomó unos sorbos de agua del vaso que tenía en el podio, y prosiguió imaginándose el nuevo mundo después del Apocalipsis,

pero radicado en los límites geográficos y circunstanciales de Asunción: ***“Del mismo modo también uno hace diferencia entre día y día, al paso que otro tiene todos los días iguales: cada uno obre según le dicte su recta conciencia. Epístola a los Romanos XIV –5.*** Los habitantes de Asunción en su gran totalidad actúan, según le dicta su recta conciencia...”

Según decían las *bolas* del populero; el Presidente era un *Puto* de mala muerte también; después que su esposa Conchita Prendes de la Gonzaga huyera al exilio de Mexiquilandia con el único hijo de la pareja, según las declaraciones de ésta a los periodistas: “por no soportar el régimen ipso facto de su marido...” Y la palabrita subrayada creyéndola por catastrófico y no por de inmediato; dejó por fin de concubinarsé solamente en las tardes y a escondidas con la institutriz de su primogénito; por lo cual la hizo dueña del lecho cotidiano en las noches, pero sustituyó las furtivas y esporádicas relaciones con los encantos de las fantasías sexuales de una actriz famosa y, hasta con una bailarina francesa –nadie conocía en Asunción de esas interioridades del Presidente, hasta que su exesposa lo confesara ante los periodistas extranjeros. Además como paradigma insoslayable, quedaba entre los intersticios de las sutilezas, el viejo refrán de que “*hijo de gato caza ratón*” y que “*la cabra siempre jala hacia el monte*”.

El Supervisor Principal para el Sexo Pedro Lamadrid Martínez, no pudo conseguir su objetivo de irse del cargo cuando ya no le quedaran neuronas activas en su cerebro; pues fue reemplazado de la magistratura a los doce años de estar disfrutando con todos los honores del ilustre magisterio, de dirigir y controlar las furibundas emanaciones de los demonios de la concupiscencia en los habitantes de Asunción; por ser éste sorprendido en la Oficina del Buró para la Supervisión del Sexo Nacional, increíblemente desnudo, al instante en que su hervorosa secretaria le sorbía insaciable su académico priapismo de aturrido Directriz, para ese instante las secreciones sativas de Lamadrid se estrujaban entre los dientes y la lengua de la Secretaria. Y expresaron noticias destiladas por emisoras *enemigas*; que según dijera una fuente que no quiso declarar su nombre, el asunto fue descubierto por los quejidos de complacencia que emitieran al goce los susodichos alucinados; todo sucedió cuando la conserje, al expandir de los volcánicos quejidos de la secretaria y del Supervisor Principal; abrió sin más esperas la puerta, para hallarse de a portazos en los ojos, con la mayor de las escenas lascívicas y sensuales que jamás hubiera conocido en todo el transcurrir de su existencia de mujer solterona; cual siempre sucede en estos casos, en que todo es como una clásica sinfonía: primero el preludio o quizás la obertura, después el crescendo, del crescendo al allegro, al síncope, la melopea y finalmente el éxtasis. Pero lo que más le molestó al Presidente Cabulla Zumarreta, no fue la acción de que lo encontraran desnudo, y en una situación nada encomiable para un alto dirigente con la responsabilidad que éste ejecutaba ante la nación; lo peligroso

se hallaba en que el enemigo lo había publicado en su prensa sensacionalista y, que para ser más bochornoso a la reputación de puritanismos que durante tanto tiempo repartieran por todo los rincones del mundo, esto había sucedido teniendo como apoyo cómplice y acomodaticio; a cientos de propagandas dirigidas a instruir a la población del peligro a ejecutar el sexo sin medidas y violando las normas establecidas **tal felonía había que pagarla con la cabeza;** y precisamente la cabeza de las comodidades y la honrosa posición ante la sociedad desde ese instante, se iba volando como los pensamientos guillotizados de María Antonieta y su rey cónyuge Luis XVI.

Y el Ministro para el Agua y el Medio Ambiente. Y el más viejo de los Generales, el General de Aviación Costa Méndez, quien con sus setenta y tantos años gustaba de orgías con bellas jovencitas de carnes belicosas; y hasta el mismo Ministro de Exteriores Francisco Roa Morúa, quien vetara la acusación como tigre en celo en el contexto de la unión de todas las naciones del mundo; habrían de tener mansiones a su nombre por todo el país, según las múltiples y virtuosas mancebas con quien distribuían sus lechos subrepticios. Y sería un “*tragaespadas*” el Ministro para la Cultura, sin embargo en sus discursos jamás olvidaba citar los pensamientos del insigne proclive de toda aquella melopea, la cual produjese el exitoso desenlace de la cultura nacional y, que gracias al “*Primer Artista y Paraninfo de la Nación*”, como él mismo le bautizara en una de sus articulallas en honor al gran Líder Cabulla Zumarreta; podían crear sus obras los poetas, inspirarse los artistas para volcar sus matices en los lienzos, y extraer de sus instrumentos las melodías más intensas e idílicas que músico alguno hubiera extraído de las cuerdas o las teclas más insignes; todo ello según el Ministro de la Cultura podía concebirse, porque estuviese allí entregando sus laureles sapientes la figura del gran líder; no importaba entonces que fuese un “*tragaespadas*” ni la oscitancia de sus orgías homosexualoides, que de esoterias desde mucho tiempo se hubieran convertido en exotéricas y, hasta en un periódico *guasón* del extranjero apareció la fachada del palacete del Ministro de Cultura de Asunción; sin decir que se trataba la de éste y que se hallaba en Asunción; porque era un periódico *guasón*, para ridiculizar sugerentemente sin meterse en líos políticos por ser noticia seria, solamente dignándose a presentar la imagen a todo color de la mansión del Ministro de Cultura, y decir muy sabia y metafórico: ***“Aquí os estáis viendo la ejemplificación más reciente de Sodoma y Gomorra. Para que los redactores no se busquen problemas peliagudos; averigüen ustedes dónde se encuentra; les aclaramos que no se halla cerca del Mar Muerto...”***—así culminaba la cita expuesta al pie de la imagen de la pomposa casa de orgías del Ministro de la Cultura de Asunción, aparecida categóricamente en aquel controversial periódico *guasón* extranjero y enemigo, claro.

Resultaba entonces que el paraíso exaltado por el lirismo, que los ideólogos y precursores de la llamada Revolución Tripeyana o Tripeyista

deslizaran por los oídos de los soñadores, les había conducido a todos hacia aquellos laberintos de intrincadas madejas y seniles contradicciones, donde tanto se regresaba a los viejos proemios como se inventaban los nuevos, sin embargo ninguno tenía sello de noviciado; {los mismos métodos envueltos en coloreados céfiros de festividad. Sólo se trataba de ser prestidigitador y ante los ojos sorprendidos de los ingenuos expectantes, echar a volar una paloma desde la manga del saco o extraer el vino del sombrero; mas el truco ancestral del antediluviano circo con los agujeros de la carpa inútilmente cubiertos, ya no era creíble para ninguno de los concurrentes, que a discreción se deslizaban por debajo de los toldos a respirar el aire puro de la verdad.} Se habrían inventado tantos subterfugios para armar aquella estructura, que en el glosario de las alabanzas no quedarían vocablos perdonados. {La cuerda aballestada y disponible a lanzar la flecha contra el círculo interno del blanco; y el payaso bailando alrededor de la hoguera y el disfraz de colorines y sus narices largas. Vendría pues el tiempo de invertir lanzas contra las maquetas del fondo, la escena de la antítesis, del regreso sustancial, aunque camuflado con otros nombres y apellidos al pretérito luminoso de loas mesiánicos, de los paroxismos patrióticos inundando las calles, los edificios y los callejones; cuando el tañer de una campana no era el llamado a misa del párroco a sus fieles; sino el símbolo de hundirse bajo el reclamo populero las avenidas y las plazas para defender conquistas contra insidias y amenazas. Y fueron épocas de corazones saltando como potros entre los dedos; sería entonces el milagro de lo *novicio* que jamás creyese, estar penetrando por las puertas de la decadencia: una vieja acicalada con un disfraz de jovencita quinceañera, como si Lucifer con sus poderes trastocara el tiempo y, las palabras adquirieran una semántica diferente a la real; la mismísima hora de lamer el idéntico hueso desprovisto de carne por muchos dientes, sin percatarse que todo era el vacío, la hueridad pagana; del creer sin credo, fetichizar lo infetichible; mas no pudieran darse cuenta los vocingleros, los fundamentalistas ortodoxos de aquel homagno evangelio; que la eternidad para los hombres sólo fuesen santas quimeras de engaites belicosos; y que el tiempo de hoy podía tornarse con los mismos afeites de ayer y hasta parecésele, pero la gente como los roedores más contumaces; desarrollan la teoría de las hipótesis del instinto de andar todos los días el mismo itinerario para saciar su hambre; sin embargo cierto día, que realmente nadie tiene escrito cuándo; comienzan a cansarse de achicar los pozos con las cestas de mimbre, o seguir cruzando sobre el mismo “puente de un solo tronco”, y se echan a negar lo que con tanta fuerza defendieron en el día de ayer; aunque todo pueda ser tan lento como el paso de las hormigas o el ciempiés; tanto las hormigas como los ciempiés tarde o temprano llegarán a su destino}. (Y aunque no lo decían en público, porque no se lo permitían ni le daban los medios inequívocos para hacerlo, se les veía en los ojos, se les desprendiera de las arrugas surcando pliegos en la frente; y los ojos y las

arrugas en la frente hablan en ocasiones más que todas las palabras que puedan hacerse entre la garganta y la lengua, y salir de truenos por los labios.)

Fue Armando Hernández Bruzainz el primero quien despertara en los ciudadanos de Asunción la semilla mística de las contradicciones filosóficas. Él había emigrado desde veinte cinco años atrás a Mexiquilandia, y visitado asimismo a Rusiquilandia, y sería el primero en abrir las puertas sincréticas, cerradas por mucho tiempo en los anales de los asuncinos, sería él, sin proponérselo, la causa involuntaria de que todo un pueblo comenzara a obstinarse en no seguir cruzando sobre el viejo *“puente de un solo tronco”*, y aspirara desde tanto a traspasar los abismos como en otros puntos del universo, sobre los *“puentes” de dos troncos*. Mas no necesitó Armando Hernández Bruzainz los periódicos oficiales, las radiodifusoras ni siquiera una plaza con miles de almas, y pronunciar un ilustre discurso, donde probara que los ciudadanos del mundo traspasaban los abismos sobre los *“puentes de dos troncos”* y, no sobre *“el antiguo y doméstico de un solo tronco”*, que era la usanza infinita de acá: “Allí en Mexiquilandia –comentaba Armando, la gente dice lo que piensa, y nadie impone cataplasmas en la boca; y cuando vas al trabajo te explotan, pero te pagan lo que necesitas para existir; y los automóviles se deslizan como cintas por las avenidas llevando no sólo a los ricos, sino también a la gente de trabajo.” Y el auditorio con los ojos muy abiertos, como si viesan la caída inminente de un aerolito sobre la tierra: “– Pero aquí dicen que allá en Mexiquilandia y en Rusiquilandia también; las noches son pesarasas, porque la luz eléctrica no alcanza para tantas ciudades y tanta gente.” (Le respondían aquellos aferrados aún con engrudos a las mentiras forjadas por tantos años de manolismo) “–los pantagruélicos de Mexiquilandia están al borde de la muerte, por la corrupción, la mentira y, porque de tantos que son ya no caben en las casas, y viven debajo de los puentes o en las calles cubriéndose con hojas de periódicos ...” (Seguían diciendo otros sujetos al mismo bando, de los que pudiendo descreer lo que les metieran de obsolescencia en la masa encefálica, querían conjeturarla como lo único cierto que existiese en el mundo) Y Armando sin permitir que las equimosis de la conciencia siguieran ahí de fantasma perenne entre las penumbras, como arañas tejiendo sus urdimbres en los nervios de la gente incauta. Bastó un pequeño grupo de viejos conocidos, familiares; y los parques, y andar como resplandor equinoccial por las calles; amamantando el polvo con sus pisadas futuristas. Desde entonces por las tejas rojas de las casas, por las afiligranadas ventanas de verjas con arabescos de cisnes y pavos reales con sus plumajes extendidos; en los parques con sus glorietas redondas o hexagonales; donde nadaban jaspeados y argentíferos peces; o en las oficinas, los comercios y en las conversaciones de convite; se escuchaba decir: “Y Armando lo dijo...” aunque muchos nunca hubieron conocido a Armando, y dijeran cientos de cosas que él no dijese; pero esto sería la demarcación de

los dos mundos, el zócalo donde se apoyase el monumento al inicio del descubrimiento entre el “*punto de un solo tronco*” y “*los puentes de dos o muchos troncos ...*”

Cómo sería posible comprender entonces que la figura de Armando Hernández Bruzainz; pudiera transformarse en algo inicuo y peligroso; ese algo tan enigmático, tan etéreo, que consiguiera desbotonar el equilibrio de un sueño impuesto como algo inevitable en los ojos y en las meditaciones; un solo hombre visitando un poblado del interior del país, diciendo solamente sin ocultos propósitos; lo que llevaba en el interior de sus vivencias; así es de brazos extendidos la luz a pesar del forcejeo de la oscuridad; una cerilla prendida en medio de una habitación oscura, puede tanto como un faro erguido sobre el nivel del mar. Sólo dos semanas bastaron para que todo un mundo de diversidades se propagara, para que se confundiese lo real con lo maravilloso; dos semanas fueron suficientes para despertar treinta años de penumbras. Desde entonces, y con la partida nuevamente del distinguido visitante hacia Mexiquilandia; los ciudadanos de Asunción comenzaron gradualmente a romper las estructuras del invisible e imaginario “*muro de Babel*”, erigido como un engendro mefistofélico entre las geografías de Asunción, Mexiquilandia y Rusiquilandia.

El Presidente no perdía la ocasión para la subsistencia de su poderes omnímodos sobre todas las almas, cuerpos y cosas de Asunción y, al mismo tiempo proyectar sus ideas allende el mar con la sintomática complacencia de sentir correspondido su ego y, que el mundo también se exorcizara al amparo *deífico* de sus doctrinas y, que lo tuviesen como algo imprescindible y necesario para existir; sin embargo sus métodos no se alejaban de su maestro putativo, porque al parecer ambos tenían cierta relación en su currículum vitae; tanto el uno como el otro ambicionaban con una pasión inaudita el poder, y todo lo que harían fuese para conquistarlo al precio que fuera necesario; pero no sólo el que abarcaran sus pies sino el de cientos y cientos de millas más allá de la punta insaciable de sus zapatos; (la consumación explícita del Imperio) y el desenfrenado orgullo que como hormigas voraces le mordía desde los huesos hasta las entrañas.

Las Leyes que aprobara el Congreso, (o la Asamblea) las redactaría a la luz de la lamparita polícroma que permaneciera encendida en el buró de su despacho, en largas vigiliass nocturnas que a veces, metiéndose por entre las cortinas de los amplios ventanales de su despacho presidencial sorprendía el amanecer; {y contoneándose ante periodista y aduladores; Ministros y Presidentes de Organizaciones afines; les refería que la creación de su intelecto, se iba aguzando con las horas después de la medianoche; según él, “*el espíritu del médium*” que tenía guardado adentro; se le despertaba con mayor énfasis con estas lucubraciones.} Después de escritas, corregidas y

revisadas sus ordenanzas; (pero que él prefiriera llamarlas meditaciones, consejos sabios) extendía el ante proyecto a su Secretaria para que devinieran en leyes a una semana después de ser presentadas a la Asamblea; ésta a su vez solamente en una sesión, y con la presencia de sus setecientos diputados por todas las provincias del país; en histriónicas escenas de polémicas sobre si tal o más cual artículo habría que rectificarlo o si la palabra “entonces” debiera sustituirse por “en tal caso” o quizás la ley no se ordenara con números, por las impresiones de ser el informe de una reunión o una gacetilla comercial; mas como siempre, Manolo identificándose ante las cámaras y los cronistas de la prensa nacional y de allende los mares; como el simple diputado que vierte sus respetuosos consejos alrededor del asunto discutido y, al final se adoptaban las últimas de las ideas del gran maestro y guía, aritméticamente imprescindible en cada uno de los casos. Para los ingenuos y legos; espectadores del vidrio abovedado, oyentes y lectores, fuese un asombro de que los congresistas se mostraran beligeros y contrapuntantes e, incluso contra algunos bocadillos que insertase entre polémica y polémica el Presidente; pero ellos, más que nadie conocían que en éstas se les autorizaba a discrepar, como si en realidad fuesen representantes de Partidos contrapuestos. (Los del Cotorra, después del incidente de las avispas asesinas, se habían autocensurados, y aprobaban sin dilación lo propuesto por la mayoría en el Congreso de los del Partido Tripey) Y Manolo sonriendo muy para sus adentros, porque la escena dramática funcionaba como la increíble máquina de coser antigua de la Señora María Alambrito Prieto, después de haberle instalado los tornillos que le devolverían a su mecanismo hilvanante la fertilidad. Y solía indagar al Congreso o la Asamblea, por esto o más cual que sucediese en los territorios; siempre en la silla grande en medio del estrado; aunque la Constitución apotégmica y apostróficamente dijera lo contrario: que fuera el Congreso quien delegadamente le preguntara al Presidente, (no podía irse de lo particular a lo general, sino viceversa) pero él violentaba con su honorable costumbre de felino político, y subía por las paredes y las cortinas del Palacio de los Congresos, para desde la atalaya de las altas lampareras neónicas, ante los ojos de los delegados y convites; enmarcar su nunca preterida figura de “*Hombre*” excelentísimo y plenipotenciario. “— Y tú Carlito, qué has resuelto en Hagonía con el goteo de los grifos de la escuela para educar a tu gente a sonreír como yo les orienté... Y tú Izquierdo, desde cuándo no ponen huevos con la yema amarilla las aves de Santa Martha... Y cómo se controla el sexo por la zona de ustedes; recuerden que esta es una batalla que debemos librar con todo el pueblo; (la gente del Partido con todos los ciudadanos del país) porque es la primera meta difícil, convencer a nuestro heroico y aguerrido pueblo de Asunción, que no se puede gastar energías en ejercicios banales que le restan fuerzas para el trabajo... Y cómo va eso Lamadrid...” Y el Presidente mirando al Supervisor Principal para el Control

del Sexo desde su mítico sillón reclinable. Y el Supervisor, primer expediente de la Escuela de Directrices; opíparo como gallina cluecando a sus polluelos, agradeciendo al Insigne por tenerlo en cuenta, y porque las cámaras lo enfocaran a él, y el mundo pudiera reconocerle como algo importante en este Estado, como otra brújula más a seguir en cualquiera de los momentos sublimes de la Patria; y el Supervisor Principal sonríe presuntuoso; porque sabe que le ha de contestar al Presidente como a éste le agrada con eminentes cálculos matemáticos y con marcadísimas alusiones apologéticas a su figura: “Eminente sabio y salvador de la Patria y ahora quien se hincha como acordeón, es el mismísimo Manolo Cabulla Zumarreta; le informaré que atendiendo tanto a sus preciadas orientaciones, como a la línea transparente del Partido Tripey, que Usted con acertada y hegemónica clarividencia dirige, al igual que a esta libre y democrática nación; nuestro Buró para la Supervisión y Control del Sexo en nuestra Patria, ha desarrollado desde que se constituyó a nivel de Ministerio por célebre disposición de nuestro Gobierno, y en especial de Usted; un total de cuatro mil quinientos sesenta y cinco patrullas estatales en todo el país; se han impuesto más de diez millones cuatrocientos veinte mil multas a los transgresores; lo que arroja un total de setecientos millones setecientos ochenta y cinco mil trescientos veinte cuatro pesos; pero además le digo querido Presidente, que según datos de la Fiscalía de la República, han sido sancionados por los Tribunales a trabajos correctivos por concepto del no pago de multas y por transgredir las ordenanzas durante tres o más veces, un total de tres millones doscientos treinta mil cuatrocientos cinco ciudadanos; que reporta una producción equivalente a los tres mil millones ochocientos doce mil cuatrocientos diez pesos.”

= {Y el Presidente sorprendido ante la calculomanía de su Supervisor para el Control del Sexo; pero sólo un instante; nadie en esta nación ni en su Asamblea ni en su Gobierno; podían sorprenderle, porque sólo él estaría llamado a admirar y conmover a vivos y muertos sobre la tierra. Y habló para dejar consabido que las últimas de las apreciaciones que debieran quedar insertadas en el recuerdo, eran las suyas}. Por lo cual inquirió de nuevo a su Supervisor Principal: “Estoy de acuerdo totalmente contigo y con tus datos Lamadrid, pero ¿cómo ha recepcionado mentalmente nuestra gente, nuestro pueblo, las disposiciones de la Circular? Eso es lo importante, que tomen conciencia, porque debemos llegar al punto de que todos se den cuenta, que estamos evitando el desgaste acelerado de sus hormonas, de sus ojos y del entendimiento para mantener el ritmo normal del sistema circulatorio... No es así Fernando...” Y los ojos de pronto en el Ministro de la Salud; quien conocía que ninguna conferencia médica ni los voluminosos compendios o los diversos vademécum de medicina; escritos por los más gentiles y prósperos médicos del mundo; pronunciasen tales aseveraciones ditirámicas contra el ejercicio pasional de las cópulas, la lascivia y ni acaso contra el onánico deseo de

materializarse los deseos sexuales con la contribución propia; pero él en esos instantes era el Ministro de la Salud en Asunción, país del mundo conducido por alguien que se llamaba Manolo Cabulla Zumarreta, y él, Fernando González de la Tierra; no estaba asentado en el Registro para el Estado Civil ni en la parroquia de Palencia, como Jorge Guillermo Federico Hegel, y nunca había escrito un libro que se llamase “Ciencia de la Lógica ” ni tampoco soñara en ser Julien de la Mettrie, por lo tanto nunca inscribió para sus contemporáneos la “Historia Natural del Alma”; y aunque como Tomás Hobbes rechazaba la tesis cartesiana del “pienso, luego existo”; aquí habría que pensar primero como querían que pensaras y existir después. Porque él era el Ministro de la Salud en Asunción; un medicucho militar quien aprobara por los pelos su tesis de grado en la escuela médica del Ejército, y llegado a la cartera por su afiliación singular al Partido Tripey y el elogio sin límites al Presidente Manolo Cabulla. Por lo cual afirmó que eran ciertas las apreciaciones del *primerísimo médico* de la nación. Ahora no importaba soslayar a la ilustre ciencia de la Medicina ni a Hipócrates ni a Galeno o al propio médico chino; simplemente bastaba con decir ante el auditorio, para los de adentro y los de afuera: “– Usted tiene razón en lo que dice, Presidente...”

Y continuaría el Presidente armando su imagen para la posteridad: “– Y seremos capaces de construir carreteras sobre el mar, y no ya como Calígula el emperador de Roma, quien sobre pontones recorrió el canal de la Mancha en su caballo Cincinati; nosotros aplastaremos las aguas, y le vamos a cercar con nuestros pilones de concreto; algo más grandioso que el acueducto de Roma, el gigante de Roda o los Jardines Colgantes de Babilonia...” Y las ovaciones como lluvia prepóstera, elevadas hasta las figuras de alabastrita embutidas en el techo o, de viso por las columnas enérgicas que sostenían la arquitectura aquea del Palacio de los Congresos, hasta los espléndidos vitrales de bacará rojos, azules y violetas; donde al llegar la incidencia del sol dejaban caer sobre los pisos pulidos y, sobre las butacas del salón magno su mixtura polícroma e impresionante; por la presencia acogedora y litúrgica que le imprimían en contubernio armónico con los capiteles exquisitamente labrados; conformando una mística cadencia de colores y acogimientos abismales; más acordes a los templos o a los cenáculos de meditaciones. Los aplausos sostenidos y, de pronto como saliendo impulsada de la boca enorme de las cariátides que servían de columnas sosteniendo la egregia estructura del Palacio de los Congresos; se dejó escuchar la idéntica voz barítona, con el mismo timbre y la misma energía con que se alzara en todos los actos públicos en donde se presentase la figura omnipresente del Líder; nadie de los casi ochocientos y tantos reunidos en el magno salón, pudieron discernir si se trataba de alguien real o de una voz grabada, la cual en el momento preciso dejaban escapar por los altavoces; y sonó fuerte, enérgica, vibrante, conminando literalmente a que todos los reunidos, como poseídos por un mágico instinto, aprobaran con el

slogan de respuesta: ¡Viva nuestro Presidente Manolo Cabulla Zumarreta...! Y el coro respondiendo al unísono: ¡Viva...!

Platón, ese furibundo reaccionario soñador tardío, de cosas que ya no podían volver, esgrimió el ideario político de Esparta como un “país de maravillas”, como utopía de sus sueños... ¡Cuán pertinaz Platón se esconde entre las columnas, y se sienta con todo el poder de su catecismo, a siglos de distancia en el sillón presidencial de una nación que no es Grecia! Y, ni siquiera podríamos pensar que el mundo puede ser una copia textual de lo ocurrido en otras épocas; porque depende del tiempo y el espacio, nada es igual a lo otro, sólo son simulaciones caprichosas; porque las interpretaciones, los conceptos, sensibles o protervos de los hombres; son perecederos o imperecederos según convenga a los hombres y no a la historia: nadie es enemigo de todo el mundo ni amigo de todo el mundo; así entonces los malos tendrán enemigos y amigos, como los titulados de buenos, quienes cosecharán también amigos verdaderos y falsos, enemigos manifiestos y enemigos en las sombras, que en mayor o en menor medida se parezcan a los amigos falsos; mírenme a mí, siempre he tratado de hacer el bien desinteresadamente a todos aquellos que han venido a mi puerta, a mi altar y, por cochinas pasiones políticas me privaron hasta de emitir a los enfermos la voz de mis espíritus, pero más temprano que tarde se hará la luz dentro de la cavernas, porque nadie puede tapar el sol con un dedo ni con las dos manos juntas; el sol es muy grande para que cosas tan pequeñas lo cieguen....Esas fueron las últimas palabras que en su lecho de muerte pronunció la ilustre adivinadora Josefina Méndez Villavicencio; como pronosticó el futuro de lo que sucedería en Asunción, mucho antes de que ocurriese el holocausto de las infelices cotorras; abrió las jaulas de las veinte que poseía en casa y, les ordenó que volaran lejos donde nadie las encontrase, que incubaran sus huevos con celo en los bosques y las montañas más inaccesibles de Asunción, que no permitiesen que la especie se extinguiera; que tan pronto el huracán dejara de azotar con sus vientos, volverían a ser las reinas y los reyes de todas las casas. Cuando los soldados llegaron a requisar su casa, ella con una hidalguía suprema les dijo: “yo ya no tengo cotorras, todas ellas murieron de pena y desolación, el día en que se enteraron que Lucifer le había ganado provisionalmente una batalla a Dios; las enterré a todas en el cementerio municipal de un pueblo que se llama Resurrección de Cristo...” –los soldados no pudieron contestarle nada a la ilustre anciana y, se fueron muy serios sin entender apenas el oráculo que emitiera al recibirlos sin odio ni venganzas.

Envejecidos los proemios de las primeras épocas y las sentencias entre luces, como los anuncios de la llegada del gran circo y la vieja carpa con los vientos afianzados a sus estacas, por donde tantos aluviones corrieran con su carga de lodo y agua, para algunos quedarse apresados en ellos, significando el tiempo en que yacían varados en el corazón de la tierra. Eran treintitantos años

después y unos tantos de las promesas consagradas, en que como barco gigante repleto de viajeros se iban de naufragios con todas sus luces encendidas y quienes sin percatarse aún se convertían en náufragos en medio del océano y la noche.

Mucha lluvia había descendido sobre el mármol verde del monumento erigido a las insignes cotorras, cuando el mismo Presidente en acto popular diez años después del holocausto, declarase que la obra inaugurada era la respuesta del pueblo asuncino para honrar sus raíces ancestrales; pero que arteras acciones enemigas obligaran al Estado a iniciar la conocida campaña de exterminio de las eximias aves. Y regresó y continuó regresando sobre las arteras vinculaciones de Mexiquilandia, en actos inicuos a la salud política y humana de Asunción; y volvió a mencionar a las hormigas y las cucarachas y a los roedores que invadieran las ciudades, y hasta la fuga de los leones del circo “Pandereta sin Freno”, después que sus jaulas fueran abiertas por manos ocultas y asesinas; e incluso el huracán que en años anteriores asolara los campos y las ciudades; y los trenes informales llegando con atraso a sus estaciones, y también los miles de suicidas colgando en cualquier gajazo resistente de un árbol del camino o en el alero de un cobertizo en el patio del fondo, y no había que dudar que los recortes a los seguros sociales, a los ancianos y a las mujeres con hijos pero sin marido, y las sublimes tasas de alcohólicos drogadictos de los últimos tiempos; en todos los casos, sin lugar a dudas, en menor o mayor medida; estaba la mano directa o indirecta de los sátrapas enemigos de Mexiquilandia y sus colaboradores; quienes el mismo Presidente requería; *no cesaban de madurar sus argucias para unir la cabeza y el rabo de la serpiente, para hacer volar como globos de cumpleaños, cualquier vestigio que significase el ejemplo de su Revolución Tripeyana.*

Pero nadie podría adivinarse a sí mismo o irse más allá de los espejos, porque

a todas cuentas los destinos nadie consigue confesarlos como cualquier manifiesto sánscrito; pero es que nada fuese la sempiterna existencia ni la voluntad de los “semidioses” de erigirse sin opacidad sobre el zócalo de sus glorias; morirán incluso sin estarlo de cuerpo, morirá su tiempo, que valdrá por la epidermis y sus huesos políticos; nada permitirá que se eternicen como sombras perennes por sobre las cabezas de hombres y épocas, y aunque no lo deseen, se extinguirán cual fuego sin leña en despojos carbónicos e invisibles. ¿Y serían acaso los mismos aplausos a corazón abierto de hace treinta y tanto años? ¿Serían los vítores que enardecieran el espíritu del Autócrata? Mas los corazones estaban herméticamente cerrados, con sus fantásticas puertas acorrajadas por la abulia; pero hay que estar convencido que nada es absoluto sobre esta tierra, ni el mismísimo Dios: lo que unos odian otros le aman, en lo que otros creen y adoran (quizás muchos), los restantes lo aborrecen, porque

están convencidos que es una falacia para entretener a los incautos, a los faltos de materialidad en la inteligencia.

{El Director de la gran orquesta hacía tiempo que se arrancara el antifaz de su rostro, y sonreía sardónicamente ante los millones de espectadores, quienes asombrados no podían creer que estuvieran bailando al compás de una danza fúnebre; no podían pensar siquiera en que las intenciones le ordenasen no bailar; fuera tanto el miedo terrible que les invadía ante los ojos del Director, tan parecidos a los que durante mucho les enseñaran poseía el mismísimo Lucifer en todas sus transmutaciones. Pero ya no bailarían sólo al ritmo cadencioso del momento e incluso la opción de ajustar los acordes con el vaivén de los cuerpos, o hasta no moverse y quedar avistando extasiados a los músicos, mientras se afanaban por extraer las notas a sus instrumentos musicales; ahora tendrían que hacerlo en la perspectiva de atravesar los más difíciles pronósticos y, al vaivén inmelódico de la risa estentórea del Director. Porque esta aureola de pérfidos vocingleros diseminados por cada rincón con la insipidez amarga de sus tósigas presencias; conformarían el lenguaje intrincado de la sociedad, para echar a ver el ejemplo del unánime aplauso extendido en el aire de las plazas y de los cenáculos, de la certeza de que aún se amaba lo que en silencio desde muchas horas de insomnios y de hambre se odiaba, sin embargo que por ese enigma intrínseco que impone el miedo a lo desconocido se aceptara.}=

Aquéllos tales mentores de una lúcida guerra contra todos los aparecimientos, ilusos o materiales del enemigo; tendrían la ilustre gloria de advertir los peligros de los abyectos y los furibundos pretéritos, quienes en acciones deshonestas intentasen reescribir la historia a un modo diferente a como el Insigne y devenido nuevo “*Padre de la Patria*” apeteciera, intuyera e instituyera; aun estando el reloj en su forcejeo insólito de girar en sentido contrario sus manecillas. No obstante los seguidores a ultranza; mirando que ocurría lo que nunca podría suceder; porque no consiguieran amarrar a las patas de la mesa al tiempo, y por mucho que lo intentasen se les escapaba por entre los lazos tortuosos de sus amarres; decidían detener los relojes, desajustarles los péndulos, las manecillas para probarse que el tiempo está metido en la viciosa cadencia de unos cuantos engranes y mecanismos antiguos; y olisqueaban que eso era el mejor remedio para detener las explosiones en cadena; para sujetar el verde de las frutas en la misma rama de siempre; porque estaban convencidos que sus olfatos de perros nocturnos no podrían engañarlos, que la carne lanzada desde la altura de los vallados siempre estuviera certera y fresca para enmudecerles sus ímpetus. Por lo cual defendían con dientes, gruñidos y espumas la mano que a una hora específica del día o la noche, les lanzaba la carroña para sustentarles el hálito, cuyo dispendio fuese el suplemento ineludible para guturear sus apologéticos proemios.

Y se haría realidad el título de un filme ruso: **“Una Bomba de Acción Retardada”**. El primero de los dicterios aparecidos en una pared cualquiera de la capital; fue una peste que al instante tapearon las autoridades; y los socráticos peliagudos de las doctrinas se encargarían más tarde, en la narcótica del que “sólo sé que no sé nada”, taponar oídos con analgésicos discursos engrandeciendo la figura omnipotente de Manolo y su Revolución Tripeyana: ***“Pueblo, no dejen confundirse con la propaganda adversa del enemigo, sólo estos quieren destruir las conquistas milagrosas que hoy hemos alcanzado, gracias a nuestra Revolución Tripeyana y nuestro Omniscio Presidente Manolo Cabulla Zumarreta.”***

En todo el país se armaron los mítines **“DENUNCIANDO LAS NUEVAS MANIOBRAS DEL ENEMIGO COMUN ”**, mas muy pocos conocieron a la extensión la verdad oriunda de los hechos, y al preguntar siempre se recibía la misma respuesta; de que todo estaba relacionado con lo que no era un secreto para nadie, porque desde ***allá.....*** dijeran que todo estaba preparado para un ataque inminente a la nación por aire, mar y después por tierra; mas tal cosa no era nada nuevo, no consistía en algo para asombrarse o estar perdiendo el sueño, eso era tan viejo como andar a pie o el invento del agua tibia; lo diferente sin embargo era la nueva forma de decirlo, con cuál desenfreno se anunciaba ahora diferente a la anterior, se trataba de una cuestión sicológica; que la gente creyera que ahora sí vendrían los Ejércitos malvados y asesinos de Mexiquilandia y de otras naciones *satélites* a destruirlos y quitarles lo que con tanto esfuerzo hubieran construido; así entonces por cierto tiempo estarían ocupados en aquello tan inexorable, hasta que apareciesen otros motivos por los cuales debieran seguir creyendo en Manolo Cabulla Zumarreta, el *insigne* Presidente. Toda aquella tragicomedia enmadejaba a los enemigos de afuera con los de adentro, por lo cual los dicterios aparecidos en la mañana en las paredes públicas de los pueblos, no podían ser otros que los emisarios de Mexiquilandia y Kundilandia, maniobrando en el interior del país conjuntamente con los opositores del Cotorra, para apoyar esa invasión externa que se hallaba patibularia rodando en los vientos de la nación. Mas para los segundos, y los terceros y los cuartos... de los carteles contestarios ya no habría mítines, discursos y loas; solamente el tapie sobreponiéndose entre las enormes letras negras y las miradas; para entonces los mítines, los discursos y los loas; fueran danzas equívocas de palabras estructuradas como los coches de un tren repleto de viajeros dormidos, quienes sólo despertarían al arribo necesario de sus respectivas estaciones.

(Mas del fruto del árbol, que está en medio del huerto dijo Dios: No comeréis de él ni lo tocaréis, para que no muramos.

Entonces la serpiente dijo a la mujer: No moriréis; mas sabe Dios que el

día que comiéseis de él, serán abiertos vuestros ojos: y seréis como dioses sabiendo el bien y el mal.

Y vio la mujer que el fruto de aquel árbol era bueno para comer, y que era agradable a los ojos, y árbol codiciable para alcanzar la sabiduría; y tomó de su fruto, y comió; y dio también a su marido, el cual comió así como ella.

Y fueron abiertos los ojos de entrambos, y conocieran que estaban desnudos; entonces cosieron hojas de higuera, y se hicieron delantales o ceñidores.

Y oyeron la voz de Dios que se paseaba en el huerto al aire del día: y escondiese el hombre y su mujer de la presencia de dios entre los árboles del huerto.)

Se escuchó una música extraña y desconocida que surgía de los barrios obreros, que por ser los barrios más pobres debieran ser los más asiduos a la *Revolución*, pues según enseñaran las doctrinas aquella Revolución Tripeyista había resuelto llevarlos a la cumbre de la dignificación, convertirlos en hombres libres y, catárticamente liberados de las angustias que les ciñeran con cuerdas voraces al decir de los tripeyistas, *de los Gobiernos que habían presidido por cincuenta años los representantes del Partido Cotorra*. Por primera vez se escuchaba en Asunción aquella orquesta de sublimes impulsos, que tal parecían tambores antiguos de tribus indígenas llamando a la guerra, como si cientos de corazones se unieran para golpear los pechos al unísono; nadie pudo discernir en ese instante el significado de aquel coro de címbalos, melopea continua penetrando la noche. Por primera vez se oía en Asunción aquel sacrosanto batir de cazuelas, ollas, cucharas y platos vacíos; como dirigidos por una unicéntrica varilla directora; aquello vino a llamarse después: *“la gran noche de la rebelión de las cazuelas ”*; nadie pudo decir cómo ni cuándo tantos ánimos se unieron en un solo haz de golpeos, sin que nadie con nombre y apellidos les convocara; solamente bastó que alguien no se sabe de dónde, y en el silencio de la noche comenzase a sonar su cazuela, como el indicio del génesis de una gran gesta; después vino la segunda como por inercia y, al poco tiempo todas las casas del barrio obrero comenzaron a armonizar sus *armas increíbles*, para gestar el vuelo insólito de una guerra sinfónica, al tiempo que entonaban una canción del que hasta los tiempos actuales se desconoce el autor de su letra y música la cual expresaba:

Ya Armando lo dijo:

hay puentes de dos troncos

por el mundo caminando;

que no somos tontos

*por esta mierda de uno solo
ya no pasa ni mi hijo
ni mi mujer que está pariendo;
queremos el de Armando
y no el de Manolo Cabullón...*

“–Hemos sido capaces de educar a nuestro pueblo a controlar sus impulsos, y logramos un autocontrol del sibaritismo; cuestión ésta que parecía imposible cuando decidimos iniciarla. Hoy tenemos a un ciudadano culto y preparado para cualquier contingencia. Obtuvimos la solidez en el libramiento general de los impuestos por el agua y el aire que gastábamos, patrimonios del Estado de Asunción ¿ ; De qué no es capaz esta Revolución Tripeyana ! ? ” (Y no dijera la ficción mimética de un cielo y unos árboles con semillas y frutos fabularios; impuestos allí en la plaza para inventar en las fantasías intrínsecas, la maravillosa alucinación de que él se convirtiese, contra todos los pronósticos en el Mesías.) **“ – Y seremos los primeros en el mundo en abolir para siempre las noches; porque vamos a crear un “Sol mecánico”; que encenderemos al crepúsculo para alumbrar el país entero; ya nuestros artífices lo están construyendo, y dentro de muy poco en Asunción habrá un sol resplandeciente en todas las horas nocturnas. (Y aplausos y ovaciones para el Mesías omnipresente) –Este es el país del Progreso y la Democracia. Hemos construido puentes sobre el mar; y ahora y desde siempre, nos será conquistable atrapar a los vulneradores, que en las sombras intentan ocultar las felonías de sus vidas licenciosas; y los habitantes de Asunción descansarán tranquilos.”** (Y ovaciones al oráculo, viva el oráculo del gran profeta.) Pero no dijera su creacionismo más perfecto y diabólico: el de haber multiplicado por cada sitio ese enjambre hipotético de infuturistas coprófagos, aplaudidores adulates, quienes en el febril encanto de los tremebundos despliegues, hubieran descubierto el modo público de mantener sempiterno el mito incubado de las solemnidades. *No diría haber extinguido las raíces del árbol o desmembrado el curso de los ríos para meterlos en una tina circular, sin más remedio que estar presos entre los bordes impropios; empozados y baldíos.* No dijera el Advenido en sus egregia facundia, que él y nadie más que él, fuese el motivo iniciador de todas las explosiones en cadena, y los agujeros que hicieran inciertos los caminos de los adversarios o de los liberales, y volcar en perdurable el de aquellos incondicionales, *quienes desde el lejano brocal observaban a los indefensos parias agonizando en el fondo del pozo.* Pero tampoco mencionó que era capaz de gastar los millones de las arcas públicas, para inventar artilugios que le permitiesen convertir la noche en día, por el solo hecho de alimentar su patológica paranoia de que ni el más mínimo

ciudadano de Asunción le renegase, colocando en la obscuridad furtiva de la madrugada un *dazibao*, una proclama desbendiciendo la solemnidad de su nombre, y descreyéndole realmente por fin de que no era el Dios que suponía ser; y aunque prodigó cientos de palabras huera mencionando su versión del ahorro; no mencionó ni por un instante el costo volcánico de aquella ínclita cerca de un kilómetro de altura, que construiría a *huevos y pantalones* entre Mexiquilandia y Asunción, aunque sí echó sus *sahumerios* entre *col y lechuga*; del peligro que significaban para la nación y sus habitantes, los originarios de Mexiquilandia y de Kundilandia.

Muchos acólitos, soñadores o incondicionales adheridos de alguna manera al pensamiento del Presidente Cabulla; comenzaron a difundir categóricamente de que estábamos en presencia del comienzo de una nueva era; serían los falsos *creacionistas*, los estribos de una virtud que no existía (porque de glorias se cubrió el inventor de la primera bomba, del primer estampido de la pólvora en el cuerpo mortífero de una bala; pero solamente fueron glorias de guerra; después los muertos y los mutilados estuvieron renegándoles por toda su existencia). Y cómo podría inventarse un Sol de proporciones inimaginables para colocarlo por encima de todas las montañas, los árboles, las torres y las cabezas de miles y miles de personas, y cómo hacer para sostenerle plantado echando luz que iluminase a la misma hora a toda Asunción; y con qué energía se prendiera tanta luz creada por el hombre; pero y fuera exacto violentar el ritmo de los cielos, inmiscuirse en la sucesoria cadencia de los ciclos naturales. Y la beata, de hinojos, exorcizando demonios con su plegaria en murmurio; y la rodilla que arde, hormiguea; el negro vestido sobre los mosaicos rituales pigmentados de verde y marrón; y las manos muy juntas soportando la frente jaculatoria.

Y surgieron las divagaciones entre los incautos polemizando con los advenedizos agnósticos, quienes sin creer en algunas cosas que dicen hizo y hace Dios, suponen que no son tan descreídos como pudieran ser para que los metan en el mismo saco de los ateístas; aunque estos advenedizos andan enredados entre las fauces del conformismo más que en las del agnosticismo:

“ *¡Un sol por las noches, ahorraremos el fluido eléctrico y nos cobrarán mucho menos!*”decía el advenedizo agnóstico.

“*¡Pero jamás podré dormir, porque en el día me es imposible conciliar el sueño!*”respondía el incauto.

“– *¡Te irás acostumbrando poco a poco, todo es cuestión de costumbre!*”

“*¡Pero qué nos hacemos sin estrellas o, sin percibir la luna penetrando como cuchillo*

por entre las cañas o la copa de los árboles!”se le salía la policromía de

poeta que siempre le anda por dentro a los que están desapercibidos de ciñas filosóficas.

“– ¡La luz es más importante que todas las miserias que nos puede ofrecer la noche!”

“– ¡Pero hay que estar agradecido con lo que Dios nos confirió!”

“ ¡Qué agradecimiento ni niño muerto, aquí hay que estar con los pies sobre la tierra...!”

Y la beata, de hinojos, exorcizando demonios con su plegaria en murmurio: “Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén.”

Y el Obispo con los dedos extendidos hacia arriba a la altura de la frente: “Ruega por nosotros, Santa Madre de Dios, para que seamos dignos de alcanzar las promesas de Nuestro Señor Jesucristo. Amén.”

“– ¿Y dónde pondrán la torre que sostenga ese sol que nos alumbra en todas las sombras; será en Hagonía, en Sacramento o quizás en la capital o acaso en Placeres que es el centro del país?” vuelve a indagar el ingenuo hombre.

*“ Eso no lo tiene ni Mexiquilandia, porque Armando no lo dijo...”*le objetó el advenedizo agnóstico.

“ Entonces somos los primeros en inventar un Sol artificial...” –concluye confundido, y haciendo uso de la filosofía de Santo Tomás del *ver para creer* el incauto.

Y la beata con la rodilla que arde, hormiguea:

“Por la señal de la cruz de nuestros enemigos líbranos, Señor Dios nuestro. En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.”

Y el Obispo desde el púlpito levantando sus dos manos en plegaria, como si

también hablara al techo abovedado y a los capiteles en arco y a las imágenes con las que según Marcos y Lucas aconteciera el nacimiento, la vía crucis y la resurrección de Jesús:

*“¡Oh bendita esta noche de estrellas,
en que los muertos y los vivos
se hablan a la sombra de las luces...!”*

Muchos fueron los días en que la incertidumbre y la esperanza fuesen el plato fortalecido de todos los ciudadanos; creyentes o paganos, sincréticos u

oponentes; y no fueron pocos los mítines relámpagos y los promisorios discursos en campañas nocturnas alumbradas por míticas antorchas, creadas alegóricamente simulando girasoles, que los ilustres seguidores del manolismo convocaran en toda la extensión del país: {girasoles con biselados pétalos amarillos y, por sus corolas se desprendían las lengüetas de fuego; otros con faroles configurados por los artífices también con la figura de un girasol. Y los carteles de letras fosforecidas para verter sobre las cabezas el irreconciliable agnosticismo con que le habían arcillado; fieles convencidos; por evangelio o por los miedos al escape de posiciones y ventajas, o perder la hegemonía de sus cuellos de gansos sujetos a los hombros.}

“– *¡Seguro inventan trabajar las noches como si fuera el día!*”

“– *¡Pero nadie resistiría jornadas tan intensas!*”

“– *¡Surgirán los turnos de rotación para todos!*”

“– *¡Ahora ni a escondidas birlaremos un pedazo de hora a los Supervisores,*

para echar “una canita al aire” mientras el cornudo del marido se va a cuidar las propiedades del Gobierno!”

“– *¡Dios aprieta pero no ahoga...!*”

“– *¡Quizás a nosotros sí nos ahogue...!*”

“– *¡Todo hay que probarlo como los dulces y el vinagre...!*”

“ *¡Y después que lo probemos qué pasará. Hoy es el reír, pero mañana será el freír...!*” – Mas o menos serían así los comentarios del momento, que se dejaban correr entre conversaciones en las calles y en la intimidad de las casas.

Y la beata con el negro vestido sobre los mosaicos rituales pigmentados de verde y marrón; y las manos juntas soportando la frente jaculatoria:

“*¡Lávame todavía más de mi iniquidad, y límpiame de pecado. Porque yo reconozco mi maldad, y delante de mí tengo siempre mi culpa. Contra ti sólo he pecado y he cometido la maldad delante de tus ojos. Es justa tu sentencia y eres justo, Señor al castigarme...!*”

Y el Sacerdote, que antes de entrar a la misa de las ocho echó un anatema; como no era dado para un párroco, pero en los últimos tiempos el diablo andaba suelto por cualquier sitio e incluso hasta en la *casa de Dios* –eso fue cuando al gustar el aguardiente de caña que bebía, según él, para calentar las cuerdas vocales; y que degustaba con el embullo de tres largos sorbos volcánicos ; se le vertió la copa mojándole impropriamente la mitra; y dijera entonces encabronado con el sacristán presente: “¡cojones, y me cago en el

diablo cabrón que anda suelto por este pueblo, carajo...!” El sacristán abrió los ojos, pero se quedó en silencio, jugando a la hipocresía de no haber oído nada; el sacerdote se percató del disimulo soberano de su sacristán y le dijo: “No se apene usted hijo, a veces hasta los curas tenemos que pasar también por el confesionario, pero por la parte de afuera para confesar nuestros pecados; el diablo es un cabrón que tienta, y hace pecar hasta al más cojonudo de los hijos de Dios, téngalo usted bien presente si quiere por fin hacerse cura.” Y después del acontecimiento salió al salón de los ritos con los tres sorbos aguardientes en el gaznate, donde ya le esperaban con ansiedad sus feligreses.

Pero es que anunciaron con grandes euforias y alabanzas: (HOY HABLARA POR LAS ONDAS RADIALES Y TELEVISIVAS, NUESTRO QUERIDO PRESIDENTE, PRIMER MINISTRO, PRIMER PRESIDENTE DEL PARTIDO TRIPEY, MANOLO CABULLA ZUMARRETA.) Como si no existiese por más de veintitantos años sobre aquellos zócalos administrativos, y fuese necesario identificarle por partida doble.

(Y el Presidente; como en todas las veces de solemnidades imprevisibles: los ojos achicados, la sonrisa manifiesta y sus muecas características a lo Mussolini) **Avizorando en cualquier instante**; desde todos los agujeros y los altavoces, y desde las cientos y cientos de tejas que cobijaran la intimidad pueril de los ciudadanos, detrás de los polícromos frontispicios que bordearan calles y avenidas; **el diluvio advertido de las glorificaciones**, para guardarse en la conciencia de que aún le atribuían inmortales poderes, que aún era un ente supradivino; esa cosa inatribuible que satura del oxígeno necesario para existir a los enfermos de alabanzas sacramentales hiperbólicas: “Pueblo de Asunción, continuó diciendo después de todos los preámbulos y de la auto alegoría a la gestión suya y la de su gobierno, muy por encima de todos aquellos que le antecederan; poco faltó para condecorarse con un título patriótico por encima de los padres de la Patria, dentro de pocos días tendremos nuestro “Sol Artificial”; en las horas nocturnas se elevarán por sobre nuestras cabezas los grandes “girasoles” que convertirán la noche en día. Y se preguntarán compatriotas, con cuál de las energías conseguiremos tal prodigio, quien convierta a Asunción en la meca de los sortilegios más increíbles; pues nuestro “Sol” se energizará con el hálito que desprendan ustedes mismos; mientras sigan creyendo fervientemente en el futuro; estos millones de soles que se yerguen cada noche alumbrarán con intensidad inverosímil; pero el día en que se obstinaran en no brillar, será porque ustedes habrán perdido su confianza en el futuro; y cuando pierdan la confianza en el futuro, volveremos a hundirnos en el suceder de las noches y los días; por lo mismo recomiendo sembrar en sus jardines los nomeolvides, porque estos les ayudarán a mantener vivas sus promesas.”

Desde entonces lentamente ascenderían en cada anochecer los globos con

los cíclopes girasoles brillantes suspendidos, quienes por la obra excepcional de los artificios y al influjo etéreo de los asuncinos; transformarían las tinieblas en luz, por el arte prepósteros que tiene *Lucifer para aparecerse tan pronto como ángel y, al rato como serpiente que le habla a la mujer de Adán, para que ésta comiese la fruta del puñetero árbol, el cual se hallaba sembrado allá atrás en el patio de su casa del mítico paraíso*; mas fuese también la señal para que a los ideólogos agnósticos pero a la vez visionarios del poder, se les indicara el cercano final de los encomios seniles, {porque ya el pueblo no tendría que salir a las calles a protestar, en demostración de que hubieran perdido la confianza en las églogas del Gran Líder y de su Revolución Tripeyana, el sólo indicio de que estos sensitivos soles nocturnos dejasen de prender en las noches, sería el distingo de que habrían perdido totalmente la fe en el futuro.}

Y mucho después diría el Presidente al ver que los “soles” se fueron apagando en las noches: “¿Qué sucede con los habitantes de nuestro amantísimo pueblo, acaso perderían su fe, acaso dejaron morir en los jardines a los nomeolvides...?” Hasta que un buen día, sin la fuerza energizante del credo en el futuro, extinguieron sus brillos; y por más que los viejos piro argonautas, faltos también de voluntad y convencimiento, les izaron en el aire como en todos los atardeceres, estos sin más remedio negáronse a encender en esa noche y las que les sucedieron; y así cual terribles alucinados, en silencio quedaron flotando en las alturas, al vaivén de las brisas otoñales de octubre.

Por mucho tiempo se habló entre amigos y enemigos de la creación fantástica del “Sol Artificial”; mas para los enemigos que siempre estuvieron con espíritu alerta a las fetichescas insinuaciones de los doctrinarios; tales invenciones sólo lograban abundar en el carrusel semántico con que habían amanerado las enciclopedias políticas; desabotonadas en cualquier minuto ante equívocos y desaciertos. Para los antagónicos, únicos calificados, por exclusión de intereses y compromisos para hallar las debilidades o los desvaríos de esa gran obra que los doctrinarios titularan la quintaesencia de las verdades absolutas; todo sería el embadurne de muñecos envejecidos para exhibir cada año en celebraciones o jubileos carnavalescos.

{Mas no consiguieron el **ABSOLUTO**, a pesar del encomiástico despliegue de sus argucias y los métodos paradisíacos del hipnotismo perpetuo, **NO LO CONSIGUIERON**; no **consiguieron** que la gente fuera tan absolutamente dogmática o terriblemente sonámbulos sin percatarse que realmente no lo fueran. **Inútil sería** el eufemismo para vestir antiguallas con alumbramientos de existencias futuras. Ni los miles de girasoles flotando sobre Asunción y, la incertidumbre recóndita de naufragarles al peligro persistente de los olvidos... y hasta los propios vocingleros, Ministros y Militares, sin darse cuenta y muy a las internas de sus almas; también

exhumaron como lívidos esqueletos volcados en el fuego de los crematorios, lo que aún quedara en el sepulcro de las esperanzas; y a reserva de la temida por el hallazgo de verse ante una descarga de fusiles a tan cobardes sentimientos quinta columnistas; volcaran intrigantes en oídos del soberano; que esa masa incongruente llamada pueblo, era la única culpable del resquicio, que a pronósticas, extinguiría para siempre el preludio del Usía en la mentada de escribir el libro sexto del Deuteronomio, con aportes modernos e ilustrados del nuevo Pentateuco Manolo Cabulla Zumarreta.}

No bastarían entonces las Escuelas de Cirugía para inventar médicos cual granos de maíz; aunque Hipócrates no anduviera jamás vertiendo embriones en sus células grises porque el *mejor médico y el mejor biólogo* sería el Presidente. Y los niños en coro nutrido cantando el himno nacional y las marchas de combate de los eximios autores, quienes vendieran su alma al diablo confundiendo arte con alabanzas y puesto. Y el coro de los niños cantores; premonicios de vuelos de palomas y del gorjeo pautado de los ruiseñores y los jilgueros; orfeón penígero antecediendo los actos sublimes en la plaza, antes de las palabras emancipadoras del Gran Líder. O tal vez un Mozart con la melancolía de los violines y las violas; y hasta el mismo Straus y Bach que se iban condensando entre oboes y clavicordios, pianos, los fagots y las arpas de música aterciopelada; evocando nostalgias insertas en el atavismo meridional de la conciencia; y la ineluctable visión de ninfas transparentes aparecidas de pronto, y huidas caprichosas y subrepticias por detrás del telón, y yéndose a habitar en el empozado de expectativas y recuerdos sublimes. Y los colegios para cultivar el arte de reír y las de Estudios Superiores de Ideología, donde se educaba sobre las virtudes de la Revolución Tripeyista y el Presidente Cabulla Zumarreta; y no bastaran las peroraciones abismales ni siquiera “*los panes y peces*” repartidos entre los hambrientos en partículas idénticas; no bastó el dedo intentando cerrar la brecha o quizás el extemporáneo de cubrir el sol con el pulgar y, ni siquiera los fantasmas aparecidos, (según noticias de los cronistas del semanario oficial) en el palacio y a la presencia de su **Exquisitez**; confesándoles estos el prohíbo de entregar sus poderes absolutos, y mantenerlos con puño crispado hasta la misma muerte, aun vinieran vaticinios contrarios o debilidades seniles. Nada bastaron las fotografías de Manolo multiplicadas hasta el cansancio en las paredes de las escuelas, las oficinas, en los edificios y baños públicos; en el fondo de las piscinas para baños de señoritas y señoras, donde aparecía con los ojos mirando la superficie; y como a propósito conteniendo el líquido necesario para que éstas lograsen tocar con sus esponjosas plantillas los hombros, la boca, los ojos y la frente ancha del Soberano; y hasta en los paraguas orlados en todas sus versiones: uniforme azul y la boina roja con la multitud de brazos en plena adoración popular; en el traje de la imposición presidencialista; y con la guerrera, en su visita histriónica e histórica al Cuerpo

de Infantería Motorizada del Regimiento Banderas . Nada bastaron los onomásticos, a costumbre y usanza de los príncipes orientales; los signatarios pasteles de las escuelas, donados por el Ministerio para educar que este día fuese una fecha patria, por ser ésta la homagña fecha en que naciera el gran Profeta; eximio de solemnidades; y las cenas a precios disminuidos en hoteles y cafeterías en honor del onomástico; y los fuegos artificiales, las pirotecnias; todo organizado incisivamente por los doctrinarios para abarcarse desde cada uno de los bordes al otro del país; tampoco bastó el odio instrumentado y manipulado de ocioso y burdo nacionalismo, con que se intentó armar el vacío de neófitas creaciones, de meterles en la cabeza a toda cuenta, que la enfermedad del retroceso y el síndrome de estar hundidos como tocones inamovibles en el fango, fuese por la ignominiosa culpa de los intentos de destruir al país por parte de Mexiquilandia, Kundilandia y Rusiquilandia. Pero nada fue suficiente para evitar que la soberanía integral de Asunción se colmara de inverosímiles orates, quienes solían pendenciarse en largas partidas de dominó a la sombra de los parques en penumbras y, el choque rabioso de las mesas al antojo rectangular de las fichas pautadas. No bastaron las clínicas gratuitas para sanar locuras; adquiridas o naturales; el antídoto previsor para huir nostalgias; los quirófanos y los grandes espejos para revisar las intenciones del alma; nada bastaría para que miles y miles sin pensarlo siquiera, y en el letargo impotente de la noche enceguecida, arrancaran astillas a las aguas indóciles del mar; (legiones de argonautas imbrujuláreos cercando espumas y sombras en el silencio). Nada **CONSIGUIÓ** evitar que las hormigas poblaran las casas, que silbaran como flautas en los horcones desencajando jambas y dinteles; porque ni aun pudo conseguir el mítico culto a la supuesta invencibilidad de las fuerzas de Tierra, Mar y Aire; de las advertencias a Mexiquilandia, Kundilandia y Rusiquilandia por la aventura de sus hordas al ataque ladino contra la Patria; que los cañones, las naves o las mirillas, y el valor de los soldados le infligirían descalabros irreversibles. Pero nada pudo detener que hasta los Generales se refugiaran en los templos, augurando la salvación, y temiendo no hallarse inscritos en el libro de los amuletos; entre los futuros a quienes la vara mágica de los Ángeles les tocara, para seguir viviendo después de la llegada definitiva del *juicio final*. Ni los panegíricos vespertinos ni siquiera la prohibición de masturbarse por ser prácticas veniales, o discernir en los comercios sobre el escabullido de la carne, la leche, los huevos, el pescado y las frutas; artículos que el mismísimo Presidente Manolo Cabulla Zumarreta en su locura paranoica, recibidos en gran parte de Mexiquilandia, Kundilandia y Rusiquilandia; ordenó subirle los aranceles a los precios de entrada al país y, más tarde prohibió su entrada y compra por temor a que estos fuesen envenenados vilmente por los declarados enemigos representados en estas naciones hostiles.

“– Nada bastó para que toda aquella puta mierda, se fuera al carajo

como empotrados merengues en la puerta de un colegio.” dijo uno de los Generales de más alto rango en la cúpula militar y política del Gobierno refiriéndose a Kingdonlandia; la gran nación que durante años sustentase las aparentes franquicias apotégmicas de su Presidente; (desde entonces Kingdonlandia vendría a unirse también a la lista de enemigos junto a Mexiquilandia, Kundilandia y Rusiquilandia) sin advertir el alto General que el tiempo se deshacía como un rompecabezas indefendible, que las etapas se habían quemado y, que ésta que el presidente Cabulla Zumarreta intentaba seguir quemando ya no eran leños verdes y ni siquiera secos, {simplemente eran las cenizas de una anciana septuagenaria a quien vistieran de doncella para el baile de las máscaras, el cual se esperase tenerla con el disfraz tan sólo efímeramente, mas como le sentó tan gustoso el tener el rostro de adolescente en un cuerpo de decrepitudes, prefirió seguirlo mostrando, hasta el gran día en que no sólo los dueños del circo conocieran del engaño sino también la gran muchedumbre de espectadores.} Pero no pudiera advertir el alto General que su esposa, a esa misma hora se restregaba llena de hemisférica locuras sexuales con su chofer privado y, que por toda la extensión esfíntera de su cuerpo transitaba un lodazal de semen vertido por las glándulas paralelas de su caustico amante. Nada podía conocer el General, que asimismo a esa hora la alumna de un Instituto para los hijos de Generales, Coroneles y Ministros se desnudaba en la habitación de un motel de las afueras de la ciudad ante su viejo profesor de Biología; (violando todos los anquilosados Administrativos del Sexo, y el acuciante peligro para el empleado de ser despedido) que la bella jovencita colegiala había asumido delirantemente en creer que el Priapo en sorprendente priapismo para sus largos cincuentas del profesor de Biología; era un chupete con vida y excitación, por eso lo sorbía con la saciedad Inmaculada de una demente inaccesible; fuese el momento de su desflorar biológico, precisamente por el desacato imperdonable a las leyes establecidas por su viejo profesor de Biología; pero es que ella no era una alumna cualquiera: era **la hija menor de unos de los Generales más prominentes en la nación y, el profesor de Biología tenía los grados de Capitán retirado del cuerpo de infantes de la Guardia Nacional, antiguo profesor del mérito Colegio de Cadetes para Infantes y Artilleros.**

Pero no sabía el General **que también su hija mayor** se estaba acostando en este instante y en otros instantes de otras tardes, después de la última asignatura de la Universidad Militar; en el mismo lecho que la hija del Coronel Manrique y, que se extrajeran del alma los fuegos más increíbles y los aullidos más indescifrables que una pasión lésbica, pudiese extraer de las agudezas más sublimes de los corazones. (Cosa corriente en las sociedades modernas, pero no en la concebida por el Presidente Manolo Cabulla Zumarreta para esa gente que estaba bajo sus pies) Ni tampoco no se detuviese a indagar que el periódico “Nave”, Órgano noticioso del Partido Tripey; fuese

leído solamente por los miles y miles de culos de Asunción, a falta de los sanitarios y por ser un opúsculo de pésima motivación sensorial, exento de los adjetivos agradables para incentivar su lectura. Y que a Manolo Cabulla pocos le mencionaban en los círculos clandestinos como el Presidente e, incluso en las barracas de los soldados y de algunos oficiales de baja graduación; le habían bautizado con la sutileza temporánea del Comediante o el Tartufo, por la asombrosa manera del personaje creado por Moliere; de engañar a los amigos y ser redimido a toda costa por sus engañados. Aunque sí conocía el General que había grandes concavidades detrás de las mazmorras, porque éstas se hallaban colmadas de ojos en silencio y ávidos de ver la luna y el alba. Bien que aprobase sin titubeos las sumarísimas condenas, que los *excelentísimos* jurados imponían a los contrarios del régimen que él defendía públicamente; condenas dictadas por el mismísimo Presidente, mucho antes que los togados desenvainaran de los bolsillos los Códigos, los Edictos o la Magna para regir como dispusieran las ordenanzas instituidas.

“– De General llego a Mariscal, por los huevos que me asoman por entre los muslos; sólo tengo que obtener el primer puesto en la maniobra de noviembre, y después incitar a soldados y oficiales con las enseñanzas de Manolo. Soy un hombre de éxito, ni el mismísimo Fouché sobrepasa mis escalones...”

Y estuvo ignorando a propósito por mucho tiempo, que allá abajo en el *pozo* como abejas en los panales, se deshacía la gente elaborando la miel energética para alimentar indirectamente las apetencias de los Generales, los Ministros y los Burócratas. Pero él no sabía de la misa a la mitad o intentaba pasar de invisible por entre la tertulia de videntes; {como *ese sordo que no quiere oír o el ciego que no quiere ver*, con el propósito de pasar con el cuchillo de asesino entre las manos por delante del Juez, y ser creído el espectador del juicio de otros encartados} y quiso ignorar que no era una partícula más de simple importancia en el “CANTO TRIGESIMOCUARTO del Noveno Círculo de la Divina Comedia de Dante”; y lo ignoró desprevenido de igual modo que sus alternos y colaterales, con los que a cada hora se reunía o gustaba de tertulias entre jolgorios y delicados banquetes de holganza; que siempre culminaran en aquellas orgías de putas jóvenes concedidas muy especialmente para tales eventos = {descorchar de botones o el deslice atropellado de las cremalleras, brotar bajo luces y ante los ojos alcohólicos; las vírgenes solemnidades de los senos de cuarzo y llama; y más allá el desvarío inapagante de sus pubis; cuales a mención del propio General “desarmaran a cualquier Ejército del enemigo...” Y hartados de fiebre de mujer depositaran en sus idas, al interno de chupetines y los cauces neófitos de sus pechos; las imágenes patrióticas y los citados numerarios al doblez como siempre fuera la costumbre. Mas continuaban los espirituosos alcoholes erupcionando sentimientos; y tantas puertas abrían, que peligrasen sus orgullos

de soldados...}

Pero el General ordenaba con voz barítona, como debía hacerlo un militar de mil batallas y mil cuarteles y, muchos no conocían que ayer en la tarde los alcoholes también rebuscaran para expandírselas por el viento, sus ancestras debilidades de ocultos pecados nefandos; porque los alcoholes en la promiscuidad divina con la hoja de la *hierba alucinógena del cáñamo índico*; suelen extraer las absolutidades intrínsecas como ropas mojadas en las tendederas de las azoteas. **{Y sintió entre sus dientes y la lengua el sabor del zoospermo corriéndole garganta abajo; lo que le trasmutase a callejones empedrados, donde vagase confuso su segundo ego, en la busca de caminos entre alarmas y órdenes de mando. Y al instante, en el despertar terrible de un sueño desgoznado, escupió y guturó con todas las fuerzas que aún le quedaban de hombre: “–Cojones, no somos maricones, somos militares...”** Pero el Coronel Delarre tenía los alcoholes y la *hierba alucinógena del cáñamo índico* bulléndole en el cuerpo, y como el caballo enardecido ante la hembra en celo, cayó sobre la espalda del General; quien al sólo contacto viril, lo que durante tiempos había aguardado en el refugio de guerreras y uniformes de gala, le saldría de repente por toda su piel para dejar que el Coronel Delarre le tomara desmesurada e insaciablemente; y volvió a no ser General ni soldado ni siquiera haber descubierto alguna vez a su pródiga esposa de carnes y fuegos excepcionales; tornó al estudiante de bachillerato, quien en cierta tarde dejara seducirse por la curiosidad puta, a la que entre comadreo y palpaciones le empujase su primo Teodoro Carlos. Y fue tan repentino el disloque, que apenas pudo darse cuenta que estaba desnudo y sin perjuicios, como antes que Adán gustara los frutos del huerto prohibido; y una lengua viscosa que le auscultaba hasta el espasmo; y la carne flexible, ardiente de hombre desgarrándole, erosionándole muy por debajo de su sacrolumbagia. Y volvió a revivir las segundas y terceras, cuando lo hizo a la misma hora con su primo Teodoro Carlo y, como en aquellos se le empinó el alma cual banderola en el mástil; y el gusto suspendido, seco y álgido en la llegada de su muerte elíxica. Le habían descubierto sus preteridas lucubraciones tiberianas y, ahora le estaban asesinando el orgullo de General. Pero tantas risas y sollozos le rodeaban, que imaginó hallarse bajo el letargo de un orfeón de organillos y arpas y angelillos alados. Y se olvidó de los conjuros; porque la historia les conservaría sus honores, y nadie se atreviese a desobedecer las ordenanzas en el cuartel o el Regimiento, al impacto de sus voces ordenando tomar al asalto las posiciones enemigas.} Y el General siguió siendo el General, por encima de todo y de todos, por *–la Santa Gracia del Benefactor Emérito de la Patria, por los Santos Evangelios del Santo Padre* .

Nada mejor para los grandes episodios y onomásticos gloriosos, que las

medallas al Valor de la Revolución, o las del Treinta Aniversario de la Revolución Tripeyana, o la Cruz de Segundo Grado del Coronel Abelardo Zumarreta López o la versión de la Espada de Segundo Grado del General Ramón Méndez Vasconzuelo o la homónima del Sable del Generalísimo Gerardo Banderas Sánchez; reluciendo en el uniforme de los jefes militares, o llevarlos colgando del cinturón a la derecha en sus fundas aureadas en los días de grandes celebraciones patrióticas; y los informes de las tropas, que en perfecto orden anunciarían hallarse alistadas para el desfile; y las descargas de fusilaría y las veintiuna salvas de los cañones y los tacones de las altas botas extrayendo los sonidos peculiarísimos de la marcha; y las cabezas y los ojos mirando con el porte al estrado, enalteciendo urbi et orbi, la presencia inmanente de los sumarios corifeos para gloria de la ubicuidad. (La melopea política y militar de la nación) Mezcla de parodias y tribulaciones; los eximios “Artofilacs” o los “Arturos” de la constelación de Boyeros para la seguridad perpetua de la Patria. Nada mejor para después de tantos eufemismos y exhibiciones de fuerzas estériles, en contradicción infinita con los huevos infecundos de la conciencia; irse a “*masacrar*” las benevolencias del gusto con unas apetitosas colas de langostas, embreadas en rojas salsas picantes, o los lechoncillos borrachos en aceite de oliva, o las ancas jugosas y enchiladas de tortugas magníficas y grandilocuentes. Así lo harían con gracia acostumbrada después de los suntuosos desfiles militares de armas y fuerzas intimidantes los Generales, los Ministros y hasta el mismo Presidente. No obstante los soldados, los técnicos que hicieran posible que aquellos artilugios no tosesen ahogados de *bronquitis o inlucideces*, por estarse tanto tiempo en los hangares aguardando las celebraciones para salir a la luz pública; y hasta todos aquellos alucinados portadores de los ojos y la respiración en vilo, que llenaran de júbilo y colores la plaza para presenciar los despliegues encumbrados; se fueran con los corazones en suspenso a habitar de nuevo en las polifagias continuadas del racionamiento y las pautas alimenticias, inventadas por la inteligente creación del “*primer dietista de la Patria*”; así era y así sería por mucho tiempo, hasta el instante preciso del impróvido regreso de las cotorras...

Mas toda la obra andamiada fuese un entarimado isagoge de textos invisibles detrás de los verdes biombos, para el sólo consumo de aquellos que desde afuera vitoreaban al banderizo empuje romántico por la Democracia; que en opúsculos y oratorias expresas se difundían por las naciones, al alcance y gusto de confesores y fanáticos o indeseables comprometidos quienes se obstinaban en demostrar que la fórmula de Estado instituido por Manolo Cabulla Zumarreta en Asunción, era la más verdadera democracia en páginas orladas, con ribetes de terciopelos amarillos y azulados; sin embargo solamente los arreboles políticos pudieran hurgar con ventajas paradisíacas en los cerebros famélicos, de que los pobres al fin habían llegado al poder con su

presidencia; pero es que ninguna persona con logicidad puede albergar en su cabeza ni permitirlo tampoco, porque va contra las leyes naturales de la lógica: que del útero de una vaca surja un avestruz o un mono, porque entonces Darwin nos mintió irreconciliablemente, y no creo que hubo nada de eso en la manida leyenda de los animales, conviviendo en el arca de Noé por cuarenta días con sus noches al transcurrir el famoso diluvio. Sin embargo los desesperados, los que ya habían perdido la fe en todo, aquellos que no creían en los políticos ni en los politicastos; desdeñando con la práctica las palabras huera echadas a rodar cuando aún fuesen candidatos a las presidencias de sus naciones; añoraban instalar en sus países otras maravillosas Manolías al tono nebuloso de Asunción, e instaurar aquel maravilloso “paraíso” (el cual no fuese más que paradójicamente, que un tamal envuelto en la paradoja de lo maravilloso).

Pero los de adentro, en mayor o menor sutileza, hundirían desvelos detrás de los prefacios; y ni vendas ni las hipnosis pudieran decirles que aún los aires benedictinos refrescasen las ventanas abiertas; nadie podría decirles que en Asunción no existiera la mano crispada y unicéntrica maniobrando las conciencias y los actos de los Ministros, los Vice Presidentes, Parlamentarios, Fiscales, Magistrados, Directrices y todos sin escape alguno, y que sólo él fuese el Estado y el Gobierno con todo su andamiaje político, legal y administrativo; el mismo a quien los confundidos al otro punto le mitificaban, e intentasen imponerlo como paradigmático e incorruptible sobre doctrinas y costumbres. Y no permitiría subvención en el más mínimo de los ejercicios del Poder, aunque se tratase del más banal de los ejercicios. A ninguno les estaba designado pensar y dirigir por advenimientos propios; sólo él, autocrático y polarizante fuera capaz de apretar botones, mover palancas, señalizar caminos a recorrer, soñar antes que todos los sueños y verter por sobre las cabezas las ideas sublimes e irrefutables: **“Como dijera nuestro Presidente...” “Como aconsejara Manolo...” “Gracias a las ideas de Manolo Cabulla.” “Lo logramos porque Manolo sugirió que se hiciera de tal forma...”** Y como Licurgo; (quien fue un legendario legislador de Esparta, el cual estableció la reforma militarista de la sociedad espartana de acuerdo al Oráculo de Delfos. Todas las leyes y la constitución de Esparta se atribuyen a Licurgo. Según la tradición, fue de extirpe real y regente de Esparta. No resulta claro determinar si Licurgo fue realmente una figura histórica. Muchos historiadores creen que fue el responsable de las reformas comunales y militaristas que transformaron la sociedad espartana en la segunda parte del siglo VII a. C. denominada Gran Retra; ya sería citado por Heródoto, Jenofonte y Plutarco. Los principios sobre los que se fundan las reformas que se le atribuyen fueron: la subordinación de todos los intereses privados al bien público, la imposición de una estructura social modelada sobre la vida militar, en la que la educación de los jóvenes estaba encomendada al propio Estado, y la obligación de

sobriedad en la vida privada. Se le atribuye el pensamiento de que lo importante de las leyes no es que sean buenas o malas, si no que sean coherentes. Sólo así servirán a su propósito) concebía todas las leyes grabadas en el corazón para que éstas se mantuvieran presentes en ascenso y descenso por las entrañas; y a nadie se le ocurriera olvidar que él era el indiviso entre todos los indivisos; y el no proyectar en las conciencias tal categoría filosófica; era el peligro inexorable de verse rodando cuesta abajo sin remedio ni acomodo. Y ni una mosca vuela sin la licencia de su fuero, un lagarto modifica colores o los monos desde las guindolas hacer pantomimas. Nadie se le consiente no alzar la copa y reír cuando *Licurgo* lo hiciera y viceversa.

Pero preferían sus súbditos ser las marionetas, que entre hilos y empinaduras se deslizaran por los meandros quebradizos de la Política, licitud para andarse de asesinos con las navajas envueltas en sedas o guardándose las réplicas para mañana. (De que sólo fuesen las víctimas conjuradas de la apoteosis, descubierta desde siempre y por fortuna en el denso olvido gris de la nación).

Y, “ **Hoy inauguramos, como muestra fehaciente de la generosidad de nuestra Revolución tripeyana, estos primeros retretes populares para que todos los ciudadanos, puedan hacer sus múltiples necesidades excretorias, si así lo solicita la urgencia al hallarse lejos de casa.**” Y las manos equilibristas de los seguidores gesticulando en las cámaras; papagayos en traje y corbata repitiendo: “bien, bien, bien; magnífico, magnífico.” Y, “**Pueblo de Asunción, estamos comenzando una nueva era, con el estreno de este Centro Industrial tan importante, de producir lo que ni los más adelantados países desarrollados del mundo han podido lograr: las calendas griegas ; haremos interminable el tiempo; esto es otro símbolo de los que somos capaces de hacer.**” Y la gente susurrando detrás de las puertas y, los beodos *santiguándose las venas por dentro* con el más apócrifo de los aguardientes, alambicados furtivos en las cocinas o los cuartos del fondo. Y la cefalea que estalla en las cabezas de las viejas hipocondríacas, sin que a tiempo llegase el ácido acetil salicílico o el paracetamol cauterizante. Y, “**Aquí estamos como siempre hemos estado, y hoy más que nunca, cuando al fin obtuvimos el secreto indescifrable del –Agua Tibia ; y llegará el agua tibia por las cañerías a todos los hogares y en todas las horas.**” Y el tren que no llega deshaciendo la calma y enyugando de sobresaltos las horas. Y no hay boletos para este viaje; esta vez el viaje está reservado para los locos del manicomio, para que estos conozcan la nación de una punta a la otra; “¿y son tantos los dementes que repletan todos los coches...?” “*faltarían trenes Señora para llevarlos a todos, nuestro país está lleno de locos, crecen por cualquier parte como la hierba mala...*” “– pero yo no estoy loca, Señor...” “– eso es lo que Usted piensa Señora, todos estamos locos, y los que están naciendo ahora; se van directo al manicomio, porque esto es un carrusel

donde nos mareamos todos juntos.” Y un niño gime ante los cristales de un comercio: allá adentro está quieto sobre el piso un caballo de cuerdas en gigantes proporciones, que casi se asemeja a un caballo verdadero, y un trencito con sus paralelas y las estaciones, y pita con las luces encendidas y un jeep verde con soldados y ametralladoras; y entonces el padre le dice, al tiempo que le arrastra por la mano apartándolo de la tienda de cristales oscuros: *“Pero yo no tengo los billetes para llegar a esos precios, me pagan sólo para los gastos de la casa...”*; no obstante el niño no entiende cuál es el dinero que sobra ni cual es el que falta; sólo existe universal, paradisíaco, alcanzable el caballo que parece verdadero, el trencito con focos que silba en las estaciones, y el jeep verde y los soldados con ametralladoras. Y, **“ Desde mañana los asuncinos podrán comprar sueños en las farmacias, ya estamos produciendo sueños en cadena; nuestros compatriotas morirán de muerte natural, pero nunca les faltará el sueño de vivir.”** Y los maricas con senos abultados y las mujeres en la lujuria misógina de convertirse en hombres sin verga para fustigar noches y silencio de cuartos; sólo con el roce apasionado de sus vulvas, trastocadas en el embrujo de ir más allá de lo que Dios le confirió. Y el nuevo loco aparecido por primera vez en las calles, un loco joven con la imagen de Lázaro; (creencias de que aquel es el mismo de la escena bíblica, el de Bethania, hermano de María y de Marta, al que Jesús le dijo: levántate Lázaro y anda) pidiendo limosnas para la misérrima suerte de ser un orate en los tiempos en que *la nueva Babilonia se asomaba a las puertas del mundo contemporáneo*. Y, **“ Pero acaso habrán olvidado nuestras bellas jovencitas las almohadillas sanitarias para sus menstruos; pues he aquí, que gracias a mi eminentísimo consejo y el de nuestro partido, logramos crear esta fábrica de almohadillas para mujer.”** Y las cerillas que no prenden y se deshacen entre los dedos. Dicen los ambientalistas de Asunción que los taxis de la ciudad; deben ser los antiguos coches de tracción equina, porque no pululan el aire con humos tóxicos. (Pero zambullen a las ciudades en la pestilencia excrementosa y el ureico vertido por los renales de las bestias) **¡ATENCIÓN, HOY LES DIRIGIRÁ LA PALABRA NUESTRO QUERIDO E INCLAUDICABLE PRESIDENTE, PRIMER MINISTRO, PRIMER PRESIDENTE DEL PARTIDO TRIPEY Y GENERALÍSIMO DE TODAS LAS TROPAS, MANOLO CABULLA ZUMARRETA! ¡ATENCIÓN, EL PRESIDENTE NOS INFORMARÁ DE ASUNTOS DE GRAN IMPORTANCIA PARA NUESTRO PUEBLO!** Y, **“Hermanos, gracias a este progreso que hoy conducimos a vías de hecho, somos más libres e independientes. Porque como ustedes saben, el papel higiénico lo hemos sustituido por el papel periódico; cuestión ésta que debemos prohibir categóricamente, porque esta acción es en cierta medida un retroceso ideológico, es asesinar la virtud de nuestros principios; aunque sabemos que los únicos culpables, los que están en**

acción artera y malintencionada; desinformando y perturbando para que los ciudadanos de nuestro país no se eduquen en las enseñanzas emanadas de las páginas orientadoras de nuestro Órgano Oficial del Partido Tripey; son los voceros del Mexiquilandia y sus acólitos del Cotorra internamente. Pero hemos llegado hasta aquí gracias al pueblo; sin el pueblo nuestra Revolución Tripeyana fuera un naufragio; y naufragio es la sociedad de ilegalidades, estupro y anarquía que pervive en Mexiquilandia, Kundilandia, Rusiquilandia y Kingdonlandia, que intentan penetrar en nuestro país. Porque durante muchos años han hecho lo indecible para eliminarme con criminales subterfugios y maniobras; pero hoy estamos más preparados, más instruidos, y no nos dejaremos engañar. En cada casa habrá un soldado, un combatiente que defenderá estas ideas hasta la última gota de su sangre; lo que hemos prometido defender hasta la muerte.”

Pero la gente se iba con los brazos colgando a un lado y al otro del cuerpo, porque ya no quería creer en mañana; existencialistas y paradójicos; ancianos descubriendo un atisbo entre los semáforos y las luces persistentes de los antiguos automóviles. Y el suicida, quien desde la altura se apresta lanzar al vacío sus imprudencias y el deseo execrado de vivir, o prender sus estertores de una cuerda elástica o extinguirse en las llamas inverosímiles del fuego provocado; y la gente en la calle masturbando la lengua con sus comentarios a priori: “¡era un loco!”; “¡no, su mujer lo estaba engañando y, no pudo resistir la burla de ser un cornudo!”, “¡no, qué va, era un adversario arrepentido del Cotorra, que el Gobierno le intervino las propiedades!”; “¡No, creo que estaba lleno de deudas impagables...!” Y una casa que se incendia, y los vecinos con los baldes lanzando los primeros auxilios, y los curiosos gritando: “¡Los bomberos, que vengan los bomberos!” “¡Y la policía, dónde está la policía...!” Pero los tanques de los carros apagafuegos están vacíos, y los policías prefirieron terminar una partida de dominó antes de acudir a sus obligaciones.

Y los doctrinarios, siempre los doctrinarios cosiendo los rotos del vestido en la segura precisa de que “***el pueblo está con su Presidente y la Revolución del Tripey...***”, y los extremistas con los dientes de lobos centelleantes: “***¡Quien no quiera a Manolo, le enviamos al calabozo de pies a cabeza, porque quien sea capaz de rechazar este paraíso democrático y revolucionario; es un traidor a su propia conciencia, a su propio pueblo y a las leyes instituidas y refrendadas en nuestra Constitución; la cual fue sabiamente reformada por la astucia e inteligencia de nuestro primer magistrado y legislador...!***”

Pero en cumplimiento de la histriónica suerte de conducir el espectáculo, sin el inmuta por las rechiflas o el aburrimiento de los presentes; *Licurgo*,

entre aplausos y los vivas de las columnas primeras, donde se situaban los vocingleros y reclutas a sueldo para impulsar las ovaciones y los apologéticos despliegues; dijera con la sonrisa que siempre empleara en los momentos de grandes recompensas y con sus muecas características, cuyos parajismos más que nerviosos, serían para él una antonomasia, un sinécdoque aferrados a su personalidad de dictador con el traje de supuesto demócrata:

“Estamos complacidos, porque tenemos a un pueblo feliz y confiado en el futuro, y porque sólo ha sido lograble por la libertad que disfrutamos, por las conquistas que nunca dejaremos ni consentiremos perder; porque desde el instante en que yo tomé el poder en este país; ¿cuántas virtudes no han conocido los habitantes de esta gran Nación...? Que me critiquen mis adversarios, de esos yo me río porque cada vez son menos en la lista de los desahucios; esos pocos que aún quedan, ni más ni menos que irán a llenar el saco podrido de los inconformes, de los amargados y hostiles al pueblo...”

(Y allí estaba el parque del *Sueño*, donde amanecían sobre los bancos los huérfanos de casas, los trasnochadores, los maricas y tahúres; allí se besaban sin recatos los sodomitas magrados de insomnios y putos enamoramientos, mientras un loco descalzo sofocaba en la fuente el calor tenaz de una madrugada, a contrapelo del Ministro de Parques y Jardines, quien hospedado con su extensa familia en el hotel Center Park, desayunaba a esa misma hora los manjares más exóticos, al acorde existencialista de un conjunto de músicos y bailarinas venidos de una isla de ultramar; quienes sonaban sus voces e instrumentos para convite de los afamados comensales. Que aunque el desayuno no era la hora para tales espectáculos; el Ministro de Parques y Jardines lo solicitó en especial, para que su extensa familia disfrutara paradisiaca y exóticamente un desayuno especial en el hotel para millonarios de la capital de Asunción. Y las virtudes maravillosas que los doctrinarios no se cansarían de propagar en las disímiles horas del día, estaban a ojos vistas manipulando los controles para que *“Medusa, perdiese definitivamente los poderes de transformarles en piedras insensibles e incapaces para seguir retrayendo el tiempo a su modo”*.)

{Y quién sería el pecadorizo, el ángel transformador de la celestial corte, en hato de contradicciones insospechables, quién o quiénes, furibundo engendro del mal; después de las ofrendas al dios Neptuno para que condujera las naves a puerto fiable; quién cambiaría el rumbo de los vientos para zozobrar esperanzas e indicios, y romper el péndulo de las promisiones lanzadas por más de veces en los oídos. Acaso se cumpliera el pasaje de Jonás; que no existen huidas pecadoras cuando hay pronósticos de justicia malogrando los intentos; mas a pesar de todos los barruntos siempre habrá las argucias repitiéndose hasta el cansancio, despejando culpas, diseminar lluvias

por sobre las cabezas, y quedarse transparente en medio de sus acusadores. Quién sería el dueño de los terremotos, del hundimiento de ciudades enteras; el que matase a su padre en el camino, desposara a su progenitora y escondiera las pezuñas en su futura túnica de Rey; pero este Edipo era el único inventor de la historia; no admitía a ningún Tiresias, por muy ciego o adivino que este fuera rebuscando en el cubil de sus errores; él desvencijara los cuerpos sin permitirles ni aun lo que Dios dispusiera para andarse albedriamente por la vida; tocar lo palpable; lo que nos dijera que es sólido o es liso, y pensar a vuelo libre de pájaros dejándoles el tronco eunuco, en la incapaz suerte de no subvertir lo subvertible o, al derecho natural del refute por la mordida voraz que infieren los dedos. Y siempre hubo donde, con maestría de arquitecto, colocar las columnas y columnatas en que apoyase las sinagogas impermeables; siempre hubo la fuente donde verter los escoriales sin descubrirle a su amo las pestilencias; mas aun conocidos los vericuetos para las falsas valías, fuera peligro manifestarlo en público; porque las magistrales mentiras no le bastan cualquier navaja para deshebrarle la piel, y se transforman en verdad de tanto repetirse; mecanismo complicado que ningún demonio anárquico jamás haya podido construir, incluso ni con la mayor maleficencia en su obrar.} –Y entonces me estuviesen preguntando algunos que leyeran estas páginas hasta el preciso instante en que hube señalado o, circunscrito entre dos llaves como en un cuadro sinóptico, o como si fuera uno de los pasos de una ecuación compleja el último enunciado de esta novela; qué en dónde se habían metido las reglas para el control estricto del sexo, la que tantas veces el Presidente recalcará como una tarea de gran importancia para mantener intacta la moralidad de su Revolución Tripeyana y, lo cual le costó críticas agudas por todo el mundo; me estuvieran preguntando o mejor dicho me estarán preguntando; pues bien en Asunción todas las cosas fueron por así decirlo coyunturales desde que se instalara en el poder Manolo Cabulla Zumarreta y su Revolución Tripeyista; porque es que realmente sólo lo coyuntural puede hacer que persista lo ilógico; de existir lo lógico, lo racional y no lo oportuno, lo improvisado; ¿cómo es posible seguir llamándole Revolución a los dinosaurios o a los fósiles del dinosaurio? ¿Acaso fuese un pecado que llenara de insomnios las noches por haberse transgredido los umbrales de la prevaricación, cuando en un arranque deshonesto dijésemos que la libertad estaba deshecha, bocanadas de cigarrillo que al fin se transforma en cenizas; harapos de intransitables y hedientos menesterosos? No, sería la respuesta de quien no se condujera por las pasiones intrínsecas que hace sentir, más con el corazón que con el pensamiento; porque éstas sólo palpitan al influjo de los caprichos inmaturos, de tener ojos y no ver y oídos pero no escuchar, simplemente por la consulta avidez de no hacerlo; obviamente no era posible continuar sosteniendo el ya endeble sentimiento que confieren la ambigüedades: el mismísimo Presidente Manolo Cabulla

Zumarreta abofeteó a un periodista de Mexiquilandia en el transcurso de una rueda de prensa, cuando el reportero le insistiera que declarase si sostenía en público; que verdaderamente su gobierno era una democracia y no una cuasi dictadura y, que demostrara que su país Mexiquilandia, fuese en realidad quien había ocasionado los conflictos entre los dos países; porque el invento de la valla de un kilómetro de altura no era de su país de origen sino del gobierno que él dirigía. Todo sucedió cuando el Presidente Cabulla, negado a contestar, se vio emboscado y sin argumentos para refutar las apreciaciones del foliculario mexiquilandés; bajó del estrado y fue directo hasta la silla y lo abofeteó, acto seguido ordenó a sus guardias personales que lo expulsaran del salón; de inmediato los demás colegas decidieron abandonar el hemiciclo y, no continuar la entrevista con el sórdido representante de los destinos de Asunción. Los aduladores del Presidente Cabulla echaron a rodar más tarde, justificando la prepóstera actuación de su *Ilustrísima* contra el periodista de Mexiquilandia; que tal cosa había sucedido “porque precisamente nuestro querido Presidente en esa mañana no había podido desayunar su huevo escalfado con consomé, debido a lo apretadísimo de su agenda”; según estos alabanceros mediocres, el Presidente Cabulla Zumarreta es muy fiel a sus costumbres cotidianas y, si se violan esas consuetudes sus nervios se yerguen enérgicos contra aquello que él considera injusto; quizás ninguno de ellos podría conocer, que aunque con sus evasivas de manufacturados alabanceros para tapar con el dedo meñique la presencia del sol, burdamente intentando quitar de la impresión generalizada de que Manolo no era un ordinario, un sátrapa tornadizo; estaban alejados de imaginar que su actuación se debía más al regreso paulatino de una enfermedad febril yacente en su conciencia y, que a los doce años un anciano aurúspice se lo declarase muy oportuno a doña Paulina Zumarreta Cabello allá en su desvencijada covacha en los suburbios de la ciudad; barrios bajos y de execrable convivencias donde ni el cura más arrojado, se atreviera a frecuentar para darle las palabras del sacramento de la unción a un moribundo; donde ninguna de las encopetadas mujeres que asistían con pompas y mantilla a la catedral mayor o a las ágapes de las familias de estirpe de la ciudad; pudiera conocer que ella rompiendo con los designios sacrosantos de la iglesia; hubiera frecuentado aquel oscuro receptáculo donde habitaba el *diablo* en toda la extensión de la palabra.

Pero hoy la gente habla en los parques, en los ómnibus, antes de cruzar la calle, frente a la señal que le impide transferir el espacio entre una acera y la otra; no porque llegaran los vuelos de las gaviotas blancas alimentando los nuevos puertos; sino porque la abulia come las entrañas como los gusanos a los muertos; y ya se les oía decir a los más atrevidos: “...Esto es una porquería...” “... El viejo Manolo Cabulla está loco...” “... Esto ya nadie lo aguanta...” “...Nos morimos de hambre...” “... ¡Pero qué aburrido señores, es ser un primitivo...!” Y a los atrevidos ni apenas los gendarmes les importa

callar, y siguen de largo como si nada hubieran escuchado; la gente es un volcán con sus lavas y sus piedras internas, buscando a toda costa una salida; y ya muchos con las esperanzas perdidas y, al consejo de los representantes de Dios en la tierra de orar, y hacer plegarias para ser oídas algún día por el Supremo; se iban a los centros espirituales o decidían entregarse a los *bilongos* de la brujería y el vudú, para que Luzbel resolviese aquello con lo que *aparentemente Dios era sordo*. Ahora los uniformados tienen las instrucciones de que sólo hay que llevarse a los sediciosos, a los que formen revuelos, porque decir inconformidades en una esquina no significa que se lleve a la tumba al Gobierno; de todas maneras en estos largos años de Revolución Tripeyana; los Cambios, las Transformaciones, las Novedades, la Metamorfosis Social, el Radicalismo General, los Nuevos Senderos, la Nueva Vida, el Presente, el Futuro, las Generaciones Venideras, el Desarrollo, el Progreso, las Libertades, la Democracia, el Enemigo de allá o de acá, las Desgracias que venían de otras riberas y no de la propia; son simples páginas de cuadernos incunables y, se han convertido en apócrifos y más que apócrifos; sólo iluminismos de prestidigitadores ante su público, quien se cansara de los mismos juegos malabares, el bastón, el sombrero y los pañuelones visionarios. Desde mucho tiempo el Presidente Manolo Cabulla Zumarreta había dejado de constituir lo que el Derecho Constitucional califica en sus apotegmas, como un Presidente que se rige por los preceptos de la Ley Suprema de la República y los principios colegiados de la Democracia; ya sumaban cientos y cientos de órdenes ejecutivas, las cuales se trepaban como gatos fieros sobre los designios mandatorios del Congreso o la Asamblea; ya Asunción por esta característica se parecía más a un regimiento militar con su generalísimo al frente, que no una república democrática.

La capital de Asunción, como toda Asunción; se deshacía aquí en pedazos, y más allá se empinaban monolíticos hoteles para turistas extranjeros y los acaudalados del gobierno o los empresarios y financieros que apoyaran las verecundas maniobras de la administración manolista: {viejos adúlteros, prostituidores de vaginas precoces y estoicas, lengüeteros de gráciles tetas; o maricas de anos insuspicaces, prestos a conocer los falos grandiosos de los putos jóvenes libidinosos; ansiosos estos últimos de llenar los bolsillos contra todas las banderas; encopetadas señoras solitarias bañadas con perfume francés, a la zaga de los bellos gigoló, que les hicieran hallar los espasmos perdidos en las oscitancias de los salones italianos y de París .} El tiempo había transcurrido durante estos largos años inconstitucionales, pero como en las épocas de flores, sueños y vítores; aunque con afeites recién inventados distintos, seguían acusándose de los triviales o de los grandes infortunios al **“más allá”**, pero nunca al **“más acá”**, y Lucifer pregonando en medio del Paraíso a sus soñantes afiliados: *“Todo se abre y se cierra por mi mano en los cielos, pues soy el dueño de las dos llaves; la de la gloria y la del infierno.”*

Después de la destitución y enjuiciamiento del General Méndez Fraga ocurrieron muchas cosas, que hubo que decir “*una cosa fue antes y, otra después del enjuiciamiento del General Méndez Fraga*”; por según la causa de hallarse confeso del delito en tiempo de guerra, de realizar negocios traficarios de huevos momificados de avestruz y, los flagelos excitantes de los cocainómanos, con el enemigo kenfuto y con los ávidos y pingües traficantes internacionales; allá en la campaña donde le enviaran al frente de las históricas agrupaciones de Tierra y Aire; cumpliendo con la ayuda prometida por el Presidente Cabulla Zumarreta al Gobierno de Anlotaria, ante el empuje inaplazable de los rebeldes comunistas kenfuteños; quienes según se propagandizaba, fuesen armados y financiados por las arcas y los panegíricos conceptuales de Rusiquilandia y Kundilandia; quienes les armaban de fusiles, pólvoras, cañones, cohetes y soldados muy bien preparados para seguir fustigando con saña a las fuerzas del Gobierno *instituido* de Anlotaria, socio político y satélite consumado del Estado de Asunción o, mejor decir de los caprichos absolutistas del Presidente Manolo Cabulla Zumarreta.

Todo lo que se deshacía lentamente, devino en derrumbe casi apoteósico; los amigos se tornaron en enemigos y los futuros contentadizos, guardaron banderas para escabullirse por propensiones menos acidulantes, teniendo en cuenta que Asunción se fue transformando poco a poquito de gran expedidor en un insolvente irremediable; además los contrarios internos palparon fiebres tendenciosas en los termómetros, y comenzaron a diseminar sus revoltisos idearios en toda la extensión del país, y aún más, el logro cómplice con representantes alienígenos, quienes a pesar de sus sedes en Asunción, no ingerían los bocadillos democraticheros y las presuntas populerías de Cabulla; las que sólo fuesen las caricaturas para publicar en el periódico “Nave” o en los opúsculos de instrucción partidista. Aunque toda la política *aperturista* del gobierno fueron sólo estrategias para palear abismos y cercos entrecruzados desde afuera y por todos los puntos. Y dejase a los equilibristas de las telas de arañas nocturnas, armar sus juegos ebullentes por corto plazo, hasta la hora en que de pescador vigilante desde el Palacio gubernativo, cobrara cuerdas y el pez definitivamente perneara en el anzuelo.

El General Méndez Fraga había sido un General sin trastienda; primer expediente del Instituto para la Guerra “Generalísimo Gerardo Banderas Sánchez”; el cual peleara con la idéntica taumaturgia de los viejos libertadores; quienes partían en dos con el filo contencioso de sus sables las columnas enemigas al frente de sus bravos y aguerridos jinetes,. Los que le vieran en la guerra de Anlotaria, extremaron que le conocían como a un soldado de fila; sin los distingos de sus estrellas o las medallas al mérito colgadas al pecho; con el fusil disparando cual si estuviera desposeído de los temores a la muerte, o perder con ello los sagrarios nuncios aguardando en el reposo de la paz. (Aun siendo el representante de soldados cuasi mercenarios

o, engañados, a quienes se les metiera en la conciencia que se iban hasta Anlotaria, para preservar la legitimidad del gobierno amigo de esta nación, asediado por los rebeldes comunistas kenfuteños).

Según expandieran después las “*bolas del periódico popular*” al General Méndez Fraga le ajusticiaron con una carga fusilera, en el eludo a tiempo por una supuesta conspiración, que con las fuerzas de los Ejércitos a su orden estaría recorriendo para sustituir de la silla al “*Vitalicio*”, e implantar un Gobierno transitorio que en los aguardos, llevasen a las novicias primaveras eleccionarias.

Nada había conmocionado tanto al pueblo de Asunción, después de la campaña contra las cotorras y el apresamiento por infundios y prejuicios, que escondidos en la falsa violentación de la moral y los reglamentos pundonorosos de la nación, habrían de conducir a cadena perpetua al Capitán de Caballería del Ejército anterior, Eleuterio Tertuliano Sánchez Espínola, hijo del General del Ejército Independentista Andrónico Eleuterio Sánchez Fuentes; y ahora la causa sumarísima contra el General Méndez Fraga y, después el desenlace con la antipontífica descarga de fusilería.

el General Méndez Fraga solamente merecía la pena capital según el criterio del mismísimo Manolo; por eso recibió una descarga de fusilería al amanecer, en un lugar inédito para las noticias sensacionales e incluso para las asiduas, y después sepultarle el cuerpo agujereado sin honores y, en la tumba más abyecta que enemigo alguno pudiese conocer, un tanto como sucediera muchos atrás con el Coronel Muzio Macorige Menéndez, pero que en aquella ocasión fueron otros los embrujos de la palabra que se utilizaron para embadurnar su muerte, no obstante en ambos casos y en todos los parecidos a éste; sería el método velado del eufemismo que adorna con la retórica la manera de informarlo al público, empero dejaba en las gnosias el supuesto; que este era el castigo para todo aquel quien osara discutir la hegemonía del gran Licurgo omnipresente. Los de trastienda, los de orgías y verecundias en momentos solaces, le desgarraban los honores a sus espaldas, esperando el momento propicio para cobrarle las glorias de la inteligencia y los cojones puestos de plano en el centro de las bípedas y, aunque siempre a su presencia le lisonjearon; pero por ser duchos en *zarpazos arteros*; esperaron con ansiedad este momento para jugar con saña al oficio insidioso de la apostasía.

Y hoy el Presidente con el rostro y las palabras a la costumbre reservada para las ocasiones; los ojos; cristal velado por el rocío y una lágrima solemne peligrando rodar por las mejillas; como todo un *Menandro* en el perfecto rodaje de una comedia; enfrentando entre sí a los diferentes tipos de caracteres que representan los extravíos humanos. Y. “No quedó otra opción posible... y la pausa para observar los efectos en los pasionarios fervientes: es para todos nosotros una decisión escabrosa... y de nuevo la pausa, las mímicas

acostumbradas con el rostro y la boca, y el observaje incisivo a todos los súbditos incondicionales: pero de nuestro fallo depende el futuro y la constancia de la Patria; y la pausa y el preludio para el holocausto retórico, los ojos de acero, el ceño arrugado, dispuesto el auditorio para (la eterna carga de piedras contra las luces, hasta dejarles a todos en penumbras, y sólo su voz como una explosión telúrica.) Y hubo el puño en el aire cayendo con furia sobre el podio, y hubo el índice derecho como el mirador de un experto alineando, sentenciando, acusando. Y hubo entre líneas, como siempre lograba tender trampas insuperables a su auditorio; si de almagrar existencias de enemigos consagrados se trataba; y la imprecisa de intimidades ocultas, cuyo desenlace hicieran vituperable el pedestal ilustre de un Jefe; y vagó como una gran mosca oscura por sobre todas las cabezas y los oídos. Pero los convocados sabían que el General Méndez Fraga, no desplazaba sus puertas hacia las trastiendas, un hombre con pantalones y testículos bien sujetos en medio del regazo; mas en los instantes sublimes, nadie pudiera simular ni con la punta de un lápiz las defensas por el impróspero; la orden era entender que las luces del paraninfo donde hallábanse sus méritos, los trofeos de guerra y sus virtudes de soldado intransferible; se habían extinguido, y sería necesario pulverizarle la energía que por mucho tiempo les mantuvo prendidas. Sin objeciones alguna; así alguien de los intocados quisiese con palabras regodeantes demorar la sentencia; en resumidas tendría que abandonar las intenciones de ser el portador de las ofrendas virginales a los *Santos Inocentes*.

Y recordó al General Raúl Zumerio Cabulla, primo hermano del Presidente, cuando le tocara referirse al General Fraga: “ el General Méndez Fraga carecía de disciplina, porque negaba los informes de las operaciones a nuestro *estratega* mayor; entorpecía que nuestro *estratega* dirigiese con prontitud el desenlace de las batallas, cuando él bien conociera, que todo el desarrollo de las operaciones en Anlotaria debían ser supervisadas desde Asunción, con la profundidad y la estimación aguda de nuestro Presidente...”

Allí estaba él aún entre los mármoles, los concretos y los cristales biselados del Palacio de Gobierno; guarnecido como en una urna, crepitando sus huesos, enmohecido cual animal pleistocénico, esperando por un solo soplo de aire cósmico para diceminarse, como polvo indisoluble e incapaz de metamorfosearse en otro cuerpo distinto; pero defendido por centinelas pretorianos, de alabarderos con armaduras y artilugios tan antiguos que el tiempo moderno no pudiera discernir ¿dónde encontrarle el talón de las debilidades para corroerlo, para desamarrar su barca transparente y, que partiera de la bahía inmortal donde las anclas se habrían hinchado de caracolas y el Salitre de tantos años de anclaje en el mismo puerto?

Aún vagaran los nimbos en algunos pocos; de que le amparaban designios taumatúrgicos para sortear las amenazas, que en el provicero de los años le

peligrasen para llevarle sus omnímodos poderes al fracaso; pero que él sin más remedio sobreviviera obstinadamente en el sobresalto del ostracismo y, que aun desperdigado como cualquier polvo indivisible, en el intento montaraz de volver a empinar papalotes polícromos por los nuevos comicios; recomenzaría una vez más en su empeño de llegar contra todas las previsiones a la cúspide de la inmortalidad; sin embargo nada ni por mucho que se le ocurriesen a las ilogicidades de inventar una nueva mitología homérica de un Aquiles sin el talón vulnerable; podría para entonces revivirle las fuerzas a las locuras de tenerlo despertando incógnitas y esperanzas no escritas; para los más viejos quienes se habían acostumbrado a verlo sobrevivir sobre muertos y retoños convertidos en troncos decadentes; asombrábanse de que los más jóvenes creyesen que algún día iba a morir; no imaginaban realmente la eternidad de los humanos, pero una mítica sensación inexplicable les perduraba en sus adentros, que éste no era humano, sino un engendro devenido de otro planeta, y determinado a existir por encima de los ciclos establecidos, de la presencia de un humano ordinario sobre la tierra.

Estaba allí todavía mirando desde sus ojos pequeños de roedor en asecho; eternas paranoias le recorrían la sombra, y le despertaban en las noches con terribles sudores ebullentes; (enemigos sin nombre, alacranes, incendios voraces, olas atravesando las casas, derrumbando las torres, los monumentos; animales en fuga, rostros descompuestos alzando los brazos, cuchillos brillantes en la noche...) todos acosándole, clavándole las manos, las piernas a una cruz de veinte metros de alto, y él desangrándose en el silencio más sepulcral que hallase conocido.

{Y se diera a prevenir con el menester de los oráculos su segundo nacimiento después de la muerte, mas no con los inicios de la vida sino con la prórroga de los lauros; revitalizando los auspicios de todas las quimeras. Y estaba ahí armando sus frangollos politiceros como hacía veintitantos años atrás, con las mismas fintas de un viejo boxeador entre cuerdas; y como era ladino para manejar argucias de golpes arteros, con destreza soltaba sus cabras a comer en los huertos extraños y, con impropias uncía de culpas los hombros del vecino imprevisor; y al toque incesante de los viejos proemios se iba a la plaza a llenarla de acólitos, a llenarla de inercias alabanceras, de aprobaciones insólitas; quienes fuesen después el agio de las coyunturas, los tomados por los Aquiles para ahogarles los recuerdos los recuerdos, que era donde se hallaban los talones flacos para dejarlos tendidos en la inconciencia.} Pero allí estaba su reuma corrompiéndole el esqueleto y la tozudez de ácidos úricos, anquilosando las bisagras voluptuosas de las articulaciones; subiendo y bajando a mordiscos de agonías los escalones de los podios y los grandes paraninfos de los metagoges, vértigos inusitados, corazón de bombeos irregulares; y los médicos inyectándole las vitaminas más complejas, los complementos analgésicos, y los tubos hiperbáricos de oxígenos integrados

para revivirle los tejidos exánimes e ineptos.

Y en todos estos años no sólo hubiera engendrado a su primogénito, salido de las entrañas de la diáspora Margarita Prendes de Gonzaga; preñáronse en las sombras inéditas de su cuarto o en las disímiles habitaciones de sus cientos de casas repartidas por toda la nación; el útero de la nodriza de su primogénito; el de famosas artistas, el de bailarinas jugosas y excitantes y, hasta el vientre exorcizado de una maestra casta que conociera en un punto lejano del interior del país y, de quien se enamoró perdidamente, porque a criterio de los astrólogos sus *signos planetarios* lograban consolidar una empatía suprema; y cuatro veces por mes escapaba hasta la mansión de amplios jardines con pájaros violetas y azules, (los cuales hiciera traer específicamente desde las islas Galápagos) y que él mismo ordenara construir en aquel apartado sitio del interior del país; una mansión con paredes enchapadas de azulejos orlados con bellas japonesitas y paisajes orientales, con espejos gigantes en la habitaciones y admirables paisajes pintados en los falsos techos de alabastrino; aquel paraíso terrenal enclavado en un punto lejano del país y, que él calificara su *paraíso de soledades perpetuas*; allá se iba con sus venas henchidas de testosteronas artificiales, las cuales prescribiera su médico de cabecera a tono de los *affaire*, que como vísperos combates sostendría su ilustre paciente. Y llegó a tener sumando a todos sus hijos; según los que tuvieron la suerte de ser inscrito bajo la anuencia del gran líder; una veintena de engendros quienes gozaron la gracia de ser sus descendientes; aunque se estima que hubo diseminados algunos más por toda la extensión del país, mas estos no consiguieron hallarse con la virtud de ser registrados como los hijos legítimos del Presidente Cabulla Zumarreta, y quedarían sólo en la especulación del barrunto de que realmente lo fueran; sin embargo sus privilegios por encima de otros y las visitas de automóviles negros, o que no tuvieran el famoso cartulario para abastecerse de las famosas regulaciones alimentarias de cada mes; hacían indicar que aún no teniendo el apellido Cabulla detrás de sus nombres, sí llevaban algún nexo con el *Estado* y, hasta uno de estos quien se le dio el hobby de escribir poemas de mala factura y, narraciones más cercana a los artículos del peor de los periodistas del periódico oficial Nave; cuando participó en un conspicuo concurso literario nacional; se hizo del primer lauro en Poesía con un libro de marranadas poéticas y, en otro no menos importante de cuentos, con un librito de narraciones pueriles saturadas de inconcordancias y puntuaciones inadecuadas, aventajando así a otros concursantes que participaran con obras excepcionales; nadie pudo explicarse cómo los venales jurados de ambos concursos literarios, lograron investigar la descendencia arcana de aquel competidor, quien no tenía nada de artista, pero tampoco ningún apellido que lo acercase al Presidente Cabulla o a otros de su cercanía.

{Tú, en las jacobinas valoraciones sobre la Patria y, de cómo debía ser el

ciudadano de la Patria, mirando desde ti y no hacia ti; sobre el pedestal excelso, jurando tu inmolación sagrada, la entrega magnánima por tu pueblo o por tu exégesis inmaculada del concepto de pueblo, mas prefiriendo antes el polvo cósmico en que pudiera transformarse tu pueblo, por tú no ceder un ápice en tu orgullo y la fiebre de tus pretensiones; soñando en tus sueños vitalicios con la palingenesia ya no sólo el culto repartido de tus breviaros después de tu muerte, dislocados por todos los confines o en la norma perpetua de tus fonaciones retumbando en los altavoces; para ti fuese imperio que te resurreccionaran de cualquier forma, en ese día aciago de las llegadas imprevistas, para continuarte cabalgando desde los eneros hasta los diciembres sobre el caballo montaraz del poder: “*Yo creo, yo pienso, yo aconsejo, yo ordeno...*” Pero morirás, o morirías, o moriste o estarías por morir en algún día, en alguna hora, en cualquier minuto, en el preciso segundo; por fin sin más remedio como todos los mortales, con la amarga distinción de abandonar a tus congéneres en la más irresoluta de las sombras, con los cientos de caminos que conducen al día truncado; y los puentes; oh añicos; incapaces de permitir aun el paso de las hormigas que vengan tal vez a insuflarte tus inaniciones de movimientos. Alguien quedaría existiendo, te imaginabas, en ese preciso instante en que tú al fin dejaras de hablar o que no corriesen los millones de hematíes y leucocitos por tus conductos; el catabolismo inevitable; para inyectarte de nuevo la vida y esta vez eterna, mitológica sobre hombres y eras.}

Habían transcurrido los años, muchos se habían vuelto viejos o no vieran el final, la conclusión, el descenso de la montaña; no estarían vivos o estuviesen como muertos esperando el disparo de suerte que nunca llegara hasta tu presencia (como algunas veces prescribieran los videntes y los astrólogos, equivocándose medio a medio); y murieran quizás creyendo en las promisorias, en los encantos que el día siguiente vendría mañana; sin que nadie pudiera calcular las distancias. Allí estaba el excentrismo de tus pasiones, inundando cada uno de los sitios donde creciera el influjo triturador de esa guerra cotidiana, que representaría el crecimiento de la semilla inaudita de tu paroxismo. Ahí estaba la creación de todas las puertas invisibles que nadie se atreviese a trasponer, las miles de puertas marcando las obscuras fronteras entre los misterios del ser o el no ser. Y cuando ya no estuviese presente la celebridad de tu presencia; se pendenciarían como animales los que durante años vagaron quimeras a tu alrededor –***imaginaba egolátrico él mismo***, y bullendo humos de poderes reprimidos bajo su sombra; y al ver las ocasiones precisas se despuntarían por llegar cada uno el primero a la cúspide, e imponer desde lo alto sus nuevas protervidades ideológicas y políticas...

“*Les odio, tal vez pensarás alguna vez como odio la serpiente que se arrastra y se tuerce en las piernas, como a las ratas que pululan en los agujeros de las alcantarillas; les odio, pero les vanaglorio, les apologo, los*

panegírico con diademas gerundios llenos de esbozos hipócritas, para que estos me correspondan; porque tienen las simientes saturadas de necedades, y a los necios se les conquista con armarles los fluidos sanguíneos con lo que nunca llegarán a ser jamás en sus vidas; para que sigan vertiéndome los laureles de alabanzas, clamoreos y el culto pagano. Les odio porque son ínfimos como el polvo, volátiles como la risa que siempre llevan jugueteando entre sus dientes; y aunque les proclamo la muerte natural y necesaria con la concesión indispensable de existir en los paraninfos de mi gloria; mi acucio es el de extinguirlos para que desaparezcan como dicen que desaparecieron los etruscos y los fenicios. Les odio mucho antes de llegar al Pedestal, que en todas mis noches y mis días soñé; y los inexorcizo para que los mil demonios de las miserias terrenales les ahoguen, desde las piernas hasta el último de los cabellos que les crezcan sobre la piel...” Y Usted Señor Presidente nunca soñaría, que en alguna ocasión hasta el orine y las eses le honraran con sus horrores de pestilencia, y reposaran finalmente aparecidas al pie de sus monumentos, de su lápida y sus ofrendas; no podría Presidente imaginárselo nunca.

Pero tú recuerdas que el tiempo y los olvidos fueron más que todos los diluvios; que se desgajaron de cosméticos las ciudades para transformarse en esqueletos oscuros, con sus calles y avenidas convertidas en pozos por cada sitio; y no recuerdas el día en que se te ocurrió sugerir la invención de que los ilustres gráficos del célebre Colegio Van Gogh, reprodujeran tu rostro en las diversas formas mitificadas, en que tú aparecías con la sonrisa formularia de hombre público o, la de los ojos extasiados como si auguraras apariciones de luces misteriosas en la distancia e, incluso en tu pose de filípicas difusiones retrotrayendo a tu putativo maestro, el Duce italiano; lo que vendría a multiplicar tu presencia y el aura ontológica de tu ser; y cuando recibiste con la orquesta de violines y violas y de clavicordios y arpas; al viejo poeta para sugerirle y después advertirle y más allá ordenarle; que desde siempre debiera escribir sus odas con la musa elevando en sol tu *imagen epilodal de soldado imbatible*, dejando sin salida a esos que en el más despegado vilipendio, intentaban avizorarte la caída dibujando los trazos de tu perfil con acuarelas poco genuinas, las que te jugarían emboscadas para no perpetuarte en los lienzos eternamente. “– Pero mi Presidente, yo soy poeta, no mercader...” Y desde entonces comenzaste a desolar el sanctasanctórum de los poetas y la poesía; tanto que el bardo con sus odas, sus sonetos y elegías y coplas de arte menor; quedaron aguardando entre los anaqueles y las pirámides de volúmenes; donde una paz de hombres y ruisseñores, de mares y ríos saboreando el pie de las montañas; se deslizaban como gatos subrepticios al acecho constante de la magia de los ojos; hasta que murió debajo de los cielos apacibles del invierno, con su muerte de ángel flotando en la canción sílfide que acunara en sus versos de almas empozadas; desposeído de noticias

sensacionales, cortejos grandiosos y celeberrimos anuncios anunciando su muerte en los periódicos oficiales. {Y no puedes olvidarte Presidente, no pudiste olvidarlo, o te olvidaste no lo sé o no lo puedo saber; que para esos días de capillas ardientes y de homilías al pie de su tumba; (o sea la tumba del más eximio de los poetas en los últimos tiempos en Asunción y en todos sus alrededores, mucho más grande incluso que aquél quien fuera capaz de escribir un libro de poemas, donde tú y tus glorias aparecieron en los sesenta y ocho sonetos, y repartidos por sus novecientos cincuenta y dos versos endecasílabos) inventaste el periférico viaje de comprobaciones por todo el país; sin embargo no olvidaras enviar desde tu sede lujuriosa de amores ocultos, en tu *paraíso de soledades perpetuas*; una esquila fúnebre a la página del periódico oficial, más bien para que los pueriles siguieran creyendo en tus sensibilidades de hombre culto y profundidades inabarcables, que para honrar la figura excelsa de un poeta muerto}.

Pero tú seguías preñando y abortando todas las mañanas de todos los amaneceres, durmiendo en el útero de la Patria, consumiendo hasta la saciedad el vocablo semántico de Revolución y Democracia; como el último asceta superviviente en el monasterio después de las epidemias asoladoras de olvidos y omnipresencias; con la apariencia del viejo pescador que intentase atrapar el reflejo de la luna en las aguas quietas del río; con el légamo de tus errores dejando su huella, pero que el rescoldo inicuo de tus espaldas, apócrifamente las escondía a la vista de los que aún intentaban ennoblecerte con el ceremonial de los profetas.

Y regresaron aquellas fiebres de adolescente, incubadas tal vez desde los ocho años, pero desprendidas al exterior por los doce y, que jamás se huyeran de tu cuerpo, porque estaban ahí yacentes en el fondo de tus arterias; esas que anticipara el aurúspice de ser las fiebres congénitas del tigre al asedio adéfago de sus víctimas. Mas no creyó en los sueños premonitores de una de las tantas mujeres que compartieron su lecho furtivo; {y en el sobresalto de un mal sueño le confesó; que algún día sin estar muerto incluso lo olvidaran, porque estuviese anquilosado por grandes torturas del cuerpo y del alma; que no le permitiesen ni apenas decir ni mover las piernas, ni tan siquiera ordenar a sus súbditos que escribiesen sus agonías milagrosas en las páginas de los periódicos oficiales.} Pero tú en ese instante se te fueron las oscitancias, en creer que los malos sueños no se convirtiesen en feroces realidades que desgajaran tus impulsos de inmortalidad; (que por primera vez te traicionó tu enfermiza paranoia) mas con el tiempo tuviste un miedo acérrimo de que realmente la vida pudiera tenderte trampas; como las que asolaron al Gigante de Roda, a los Jardines Colgantes de Babilonia o al Faro de Alejandría las indescifrables maravillas del mundo, las que no consiguieron sobrevivir contra las adversidades de las trampas inconmensurables del tiempo y las circunstancias.

Allí estaba a pesar del anuncio en secreto de sus ocultos padecimientos, de su corazón taquicárdico y arrítmico, sus pequeños infartos cerebrales, el lumbago y los calambres circulatorios tomándole por asalto, incluso contra la acción fidedigna de todas las epítimas suministradas por sus médicos eruditos, las cuales atajaban la vida sobre el camino y, le agazapaban la muerte hasta que llegase el día de las liberaciones, cuando *aquella* ineludible; arribase iconoclasta y desujeta por los cerros y, sin apenas poderle contener los impulsos con los artificios preconcebidos de los hombres... Y es increíble Presidente que tú no conocieras por todos tus años de Gobierno siendo tú el más eximio defensor de los decálogos entre comillas; que tus Ministros y toda la gente de tu Régimen, esos que adulaban tu presencia hasta el cansancio y, que jamás dejaban verter sus lisonjas presbicia a tus incesantes locuras; se estuviesen masturbando los cerebros en la iniquidad cómplice de sus sillas, que corrieran con espuelas plateadas sobre el lomo desjarretado de la Patria; *¿mas qué pudieran importar los deslices de los fariseos en el templo de Dios?* Sólo bastará el ipso jure irreducible de tu venia; la fórmula bien se la aprendieron tus cercanos, tus viejos alabarderos que custodiaran tu imagen y tus doctrinas; nada, nada era un delito, nada era pecaminoso; solamente hubiera que seguirte las deducciones azules o amarillas, cuando éstas fuesen realmente rojas o verdes. Nadie pudo concebir en el luminar de los primeros tiempos, que de doctrinarios idílicos estos se tornasen en mercaderes de profecías, con los influjos liberados para desnutralizar las tiendas y los almacenes, y andarse repartiendo sus santidades por las tribunas y los oídos. Y nunca sabrías Presidente, de María Luisa Campuzano, aquella que viniera con miles de tropiezos con su hijo desde la otra punta del país; a contarte que todas las noches dormían al refugio del orfeón de las estrellas; las cuales porque no conformaban para ellos el lienzo afrodisíaco de los enamorados; se obstinaban en romperles el sueño, a la desconfianza de que en algún día amaneciesen ilusoriamente descreyendo, que aún en Asunción no habías llegado con tus antiguas promesas de inventar un mundo mejor. Ya estaba la doctrinaria Ansiática de la Concepción, la Intendente para los Asuntos Sociales, para romper las viejas y amañadas costumbres de que vinieran a confesarte los infortunios. (Que ya tú los volcabas en los canastos sin fondo y, que estos no fueran más agonías para tus vigiliass) Y Ansiática de la Concepción le confesó que ella había dormido también a la sombra de las estrellas, pero que nunca había dejado de creer en su Presidente y en la Revolución Tripeyana; por eso en una noche cualquiera, repentinamente las estrellas se apagaron y, se vio mirando el techo del hogar donde habitaba; y Ansiática de la Concepción le aconsejó concluyendo: “ Cree María Luisa, sólo cree en tu Presidente, y en alguna madrugada abrirás los ojos, y te sorprenderás que no hay estrellas parpadeando sobre tu pestañas...”

La capital se había levantado bajo el orfeón persistente de cientos de

violines y arpas que se empinaban por sobre todos los muros; y repicaban los vitrales; y penetrarían por las tejas cubiertas del limo solemne del tiempo, y sentado en los butacones de las salas ampulosas o al benedícite de los toques en las puertas, y en el derrame al aviso ritual de los acontecimientos predictivos. Nadie pudo discernir desde cuál latitud tañían tales cuerdas; y nadie pudiera comprender la noticia surta en el concierto; lluvia de acordes polícromos en misteriosos dedos zahoríes de ecuménicos ángeles invisibles. Oh quién diría que los bosques gorjearan ante los mármoles y los obeliscos, los puentes y los caminos, los parques y los campanarios. La sinfonía in crescendo continuaría paso a paso como el desfile de sífides que llamaran a la gran ciudad con el encanto melancólico de la música. La ciudad detenida con su traje de insecto en vilo, y los gendarmes escurriéndose a hallar los violadores; pero aquello era impresión de fantasmas, espectro de duendes maniobrando en las conciencias. *“Bienaventurado el que lee, y los que oyen la palabra de esta profecía, y guardan las cosas en ella escritas: porque el tiempo está cerca.”* –Dijo el padre Miguel del Bosco en la misa de la noche: *“Y cuando hubo tomado el libro, los cuatro animales y los veinticuatro ancianos se postraron delante del Cordero, teniendo cada uno arpas, y copas de oro lleno de perfumes, que son las oraciones de los santos: Y cantaban un nuevo cántico, diciendo: digno eres de tomar el libro, y de abrir sus sellos...”* Y sin apenas desgranar los finales de las profecías del Teólogo, en lo alto de la torre tañeron las campanas tres veces, como si Pedro estuviera entre los presentes; y más de diez lechuzas que saldrían sorprendidas desde el campanario graznando en auspicio sobre los techos; y las devotas y devotos cayeron sobre los mosaicos del templo envueltos en temores y escalofríos; todos habían alboreado bajo el sitio sibilino del orfeón de violines y arpas, que aún nadie conociera su origen; y ahora aquella bandada de lechuzas al tañer tres veces los bronce de la basílica, cuando el padre Miguel del Bosco leía los versículos del Apocalipsis. Y el peregrino quien llegara días antes a la capital recorriendo todo el país con la cruz sobre la espalda, pagando promesas por la salvación de su hijo, quien sano y salvo también le iba a la diestra con los ojos indiferentes; y a los que el Cardenal Crisóstomo Moisés Marcos Lucas Antonio, quien gozaba de practicar los evangelios desatendiendo las minucias seculares de desmembrar las creencias en sacras y demoníacas, subviniéndolas con la de los fines y los efectos; les alimentó, les vertió sobre las cabezas agua bendita y, más tarde de santificarlos con tres Padre Nuestro y las correspondientes Ave María y Glorias, no sin antes echarles en los jolongos flautas de pan y otras latas de conserva española; les despidió rogando porque Dios siempre estuviera con ellos; a lo que el peregrino y su descendencia respondieron con las rodillas hincadas ante el sagrario, y besando sus manos transparentes de Cardenal. Para muchos, Señor de los Augurios, tales señales fueran aviso indeseable de tribulaciones y más para los que consultaran los

centros espirituales agoreros, repartidos por todo el país, quienes en las diversas formas promulgasen que algo debía suceder, aun los designios volitivos de los hombres no pudieran decir con puntuales asertos; qué serían aquella ocultas imprecaciones, pero estaban convencidos de su llegada inminente. Y el padre Miguel del Bosco tuvo que culminar la misa en aquella noche con todos los fervientes de rodilla y un clamor de misericordia por las almas de Asunción, al vaticinio intrínseco repartido por la conciencia de los fieles: “Hijos míos, tenéis cuidado con las tentaciones del demonio, suele meterse en sus almas y hacerle ver espejismos perturbadores de la obra de Dios, y cuidaos de la levadura de los fariseos. No obstante, cuídense también de los acontecimientos revoltisos, los cuales envuelven en sus madejas, y porque asimismo son llamados de Satanás.”

Y al cuarto día sobre Santa Catalina de las Vigías la apoteosis de las notas sintomáticas de cientos de pianos, secundados por el influjo de otros tantos chelos, flautas, clarinetes y fagotes; pero nadie supo de dónde llegaban los vibratos metamórficos que detenían el aire sobre los vergeles y los patios rodeados de afiligranadas verjas grises, y a la siempre custodia de perros carmelitosos y famélicos, con los hocicos achatados y sus lenguas exhibiendo los colmillos gruñosos, por el genio de ser fieras de malas pulgas o de hambres perpetuas. Y de nuevo los gendarmes no hallaron el nido de donde llegasen los enigmáticos acordes como sutiles algareros emboscando la ciudad. Y despertaron los habitantes del oriente al séptimo día bajo un concierto sostenido de trompetas, que según parecía se desplazaba desde las montañas, y hundía de sacramentos envidiables las tabernas dormidas, donde aún se respiraba el olor a alcoholes de mala factura y, algún que otro juerguista los cuales de tan beodos sus cerebelos, hubiesen perdido por fin el rumbo y, sin fuerzas en las piernas, encluecadas de tantos espíritus desestabilizadores; se lanzasen abigarrados en orines y vómitos sobre los polvorientos y escupidos portales; tanto que al amanecer los encontraban apenas en calzones, para la ocasión de los gritos y quejas armados por las mujeres pundonorosas del pueblo o de los otros tantos puritanos; quienes enfurecidos llevaran la queja de inmediato a la Oficina de los uniformados; que por ser estos emprendidos en la moral bucólica campestre y, porque la tenían aún enraizada en los tuétanos a diferencia de los capitalinos; se iban con la pronta de la alarma silbando por toda la ciudad como halcones de sabana, prestos a lanzarse sobre el cuello de sus víctimas, además quizás con ello pudieran hallar algún que otro “*chivo expiatorio*”, para inculparlo como el autor intelectual de la misteriosa sinfonía, que extrañamente se había convertido en un misterio indescifrable. {Y la música ascendiendo las escalinatas; eco en los vetustos salones donde antaño reuniéranse los poetas en tertulias y, que al tintineo contra los elevadísimos vitrales plagaban los paraninfos de melodías inequívocas. Y alguno que en la precisa hora se les huyera con los duendes sediciosos el sueño y, al intento de

hallarle tras el viaje de Heros por el cuerpo, o los que en vigilia con más ánimo de canónigo que de esperanzas añoraban el día, o los tantos soñadores que vagaran sin rumbo las calles; le escucharon, y tan penetrante fuese aquel concierto de trompetas, que no serían pocos los que evacuaron sus siluetas a la madrugada para extasiarse con la ignota presencia de una estrella, quizás que traía en sus brillos el deífico influjo}. Estaban allí Señor, Santo Cielo Señor, suspendidos en el aire con sus largas trompetas y el elixir de ángel por sobre todas las cabezas y revelaciones. Y en el lucubro por el misterio algunos supusieron que quizás eran los *soles artificiales* que habían vuelto, pero otros impugnando la posibilidad del resurgir de este artificio *diabólico*, lo rebatieron con una proposición más cercana a lo agnóstico aunque increíble, de que el sinfonil de maravillosos acordes se debía a un influjo de un tal espejismo acústico, producido por el contraste de la humedad de las madrugadas y las altas temperaturas de agosto, sin embargo los más devotos y consumados místicos, lo achacaron a un llamado divino, a la señal esperada del regreso del Hijo de Dios a la Tierra. Y la vieja María Antonia en el jardín de su patio sembrado de mariposas, margaritas y gladiolos, sollozó por sentirse pecadora de haber traicionado a su esposo con el bodeguero de la esquina cuando era muy joven y, porque en noches interminables los malos sueños no la dejasen dormir, y siempre a la misma hora de la madrugada, saliera al patio y a la sombra casi centenaria del algarrobo a escucharse sus argüires internos, de que algo ignoto vendría en una de esas horas a confesarle el anuncio que sólo ella podría discernir: “Son ángeles, los mismos ángeles que durante tantas noches convirtieran noctámbulos a mis ojos, y llegan con sus trompetas gemidoras de augurios sobre Asunción; oh Dios, ¿qué vienes a decirnos con el envío de tus heraldos alados...?” Y se oyeron andanadas constantes de miles de disparos, como toda una guerra contra un enemigo poderoso; y las trazadoras durante un gran período surcaron el aire y llenaron de luces y humos incandescentes la atmósfera; millones de huellas brillantes en el espacio, pero se empinaron sin hallar su blanco, y las apariciones de arcángeles, como invisibles o transparente e inmunes a todos los inventos para matar de los hombres; continuaron el armonice de sus largas trompetas; y las avenidas, los portales, las azoteas, los arbolados parques, los jardines y todos los puntos donde el planeta permitiere colocar la presencia del hombre; estuvo repleto y absorto y, a pesar de la continuidad del belígero fuego de las armas; las trompetas continuaron emprendiendo sus notas hasta el amanecer.

Después llegaron los aguaceros, los apoteósicos aguaceros de días y noches que desprendieron de sus entrañas cientos de nubes litúrgicas sobre el territorio de Asunción; y cuarenta días con sus noches interminables, y las casas que se diseminan, se hacen polvo bajo los tantos kilómetros de humedad; y el Maracutey, desconfinado de su cauce original, enturbiando las ciudades y las tierras con sus aguas; y plagaron la catedral mayor, y

removieron las imágenes de sus tabernáculos y algunas cayeron sobre las olas que ya cubrían los pisos y los bancos; y el Cardenal Crisóstomo Moisés Lucas Antonio, y los párrocos auxiliares, y los laicos, y los diáconos y las vírgenes monjitas con las pantalonetas de interiores alzadas hasta las rodillas; mostrando el lenguaje voluptuoso de sus piernas blancas, no perdidas nunca en los disturbios de sexos mundanos; sólo y acaso en la temeridad intrínseca de algún seminarista enfoguecido por los tantos azotes alejando a los demonios fornicantes, sin lograr que en las noches la bata de dormir amaneciera amarillenta y viscosa. Intentaron en un esfuerzo no escrito aún en los antiguos catecismos ni en los edictos papales o en las homilías e incluso en los sacrificios apostólicos de Pablo y San Agustín; extraer con las grandes escobas el torrente de agua terrosa, que por todas las puertas naufragaba a la catedral mayor; y porque en los instantes desesperados se enrolan los diablos en las barcas de la lengua, el Cardenal más que Cardenal parecía un comandante en el velero que la tormenta azota, y hasta algún que otro: “¡Qué se nos está cayendo la virgen, puñeta...! “¡Por los demonios del Demonio, abran las puertas para que salga y entre el agua y no se contenga...! ” “¡Carajo, amarremos la imagen de María, que se nos pierde con el diluvio, y Padre Nuestro que estás en los cielos o donde coño te halles; no tenemos arca, y ni siquiera a Noé para salvarnos...! Uno de los diáconos se rió de las imprecaciones del Cardenal, quien al verlo le dijo encabronado: “No se rían que esto es tan serio como que estamos salvando la casa de Cristo, por nuestras criadillas benditas; ay Padre Nuestro que estás en los cielos santificado, ¿qué he dicho al oído de estos castos fieles de dios, que nutren conmigo este reino, y escuchan tales lujurias del demonio corrompiendo mi lengua de Cardenal de la Asunción...?” Aunque lo dijera en serio no pudo evitar que los párrocos auxiliares, y los laicos y los diáconos y las vírgenes monjitas, que algunas tal vez ya no fueran tan vírgenes; se animaran y rieran de sus últimas palabras para hacer eco entre las paredes cóncavas y biseladas y enlucidas con los cuadros del vía crucis del nazareno, la crucifixión y la resurrección de Cristo; Y a la orden del Cardenal los párrocos auxiliares, los laicos, los diáconos y las vírgenes monjitas; abrieron la gran puerta de la entrada de la catedral de Asunción, para después abrirlas todas de par en par y que los metros cúbicos de agua oscura que por haber estado en el templo y recorrer los pasillos y asediar la fuente del agua bendita, o llegarse hasta el pie de las imágenes sagrales e, incluso agrietado el zócalo de alabastro que sostenía la iconástica figura de San Benito; habíanse convertido en aguas benedictinas ; y se iban a raudales impulsadas por las escobas de enormes ataduras maniobradas por los eclesiásticos sudorosos. Hacía cuarenta días con sus noches que se desprendiera la lluvia sobre Asunción. Y al abrir todas las puertas de la catedral, era como si con ello volviesen las profecías divinas: “*Y se cerraron los manantiales del abismo del mar, y las cataratas del cielo: y se*

atajaron las lluvias que del cielo caían.” al instante se detuvo la lluvia; y desde adentro se escuchó por más de cincuenta voces y entre ellos la del Cardenal Crisóstomo Moisés Marcos Lucas Antonio: “¡Carajo, esto sí es un milagro, un milagro, por los Santos Evangelios! ” Y el Cardenal Crisóstomo Moisés Marcos Lucas Antonio, más tarde lo escribiera en el libro de las confidencias milagrosas, y lo envió en sobre hermético con la lengua soldada a través de un sello, donde podía leerse a relieve que se estaba dirigiendo desde la Arquidiócesis principal de Asunción al Nuncio apostólico romano, con todos los detalles de los acontecimientos y el mencionado milagro, que además de haber sucedido tras abrirse todas las puertas de la basílica, ocurriera también a los segundos siguientes en que orase en voz baja **“El Tributo a los Ángeles”** para alejar las tormentas, los sismos, tifones y cataclismos como que el que asoló a Asunción.

Y el campo era un mar de cuerpos inflados, náufragos inertes entre los árboles y las casas descubijadas; y el hedor del azufre y el metano en los resquicios del gusto y el olfato. Las fábricas de Lluvias Artificiales deshechas, con sólo las columnas de acero y las naves de zinc sostenidas, sin paredes laterales ni frontispicios, máquinas, calderas; densas hiladas de óxidos y silencio; todo sería el agua, los barquinazos y los ojos extendidos como idénticas culebras en asecho.

Y no estuvo por esos días el Presidente desenlazando sus prolíficas reiteraciones, con sus idílicos conocimientos de cada Situación, como siempre lograba hacerlo en todas las conjeturas sublimes de la Patria; “Mayito, a cuántos evacuaste; yo se los dije, que calcularan con precisión de reloj, todas las deficiencias que podían traernos inesperadas secuelas. Y tú Valdés, cómo no me alertaste con tiempo para yo preparar las condiciones y que los daños fueran menores; Valdés tú ya no eres de confiar como el Ministro de Medio Ambiente... – y Valdés, ipso facto dejaba de ser Ministro del Ambiente, para confinarse al ostracismo de las cuatro paredes de su casa, hasta que a Manolo se le fueran las acrimonias y los agravios del cuerpo; (pero si eran muchas las ofensas al orgullo: de la casa se iba a la cárcel; y a los tantos años defecando las agonías de contradecirle al Presidente; se desentrañaría en pedazos políticos en cualquier deshonesto retiro de las inadvertencias) y, pero González cómo tus Órganos de Seguridad no detectaron que todo este desastre era otra maniobra secreta del enemigo de Mexiquilandia y Rusiquilandia... pero González seguiría en su cargo porque le dijera entonces: *Usted tiene razón Presidente, pero no sucederá jamás, porque ya tomamos las precauciones como Usted mismo nos aconsejara...*”

Mas el Omnipresente en esta ocasión no estuvo indicando con sus dedos cada sitio, donde alguien debía dirigirse con prontitud; los huesos y las repentinas caídas, las hipertensiones arteriales y la diverticulitis crónica que

padecía; le impidieron echarse el uniforme de campaña sobre el envejecido cuerpo de Patriarca para supervisar, y ordenar sobre cada cosa que debiera ejecutarse en estos casos; después se conoció que días más tarde se lanzó como buitre rabioso contra los viejos Ministros y Presidentes y Vice Presidentes y Jefes Militares de su Gabinete de Estado y de Gobierno; por ineptos y porque no habían podido conducir con energía e inteligencia la situación (sin estar al tanto claro, del milagro acaecido después que en la catedral mayor abrieran todas las puertas y, que al instante se detuvo todo aquel vendaval; como si Noé en ese preciso momento recibiera la rama seca del pico de la ilustre y susodicha paloma, enviada mucho antes desde el arca, como anuncio categórico de que ya el diluvio “*universal*” había concluido: “¿Qué podemos esperar dijo airado y con las venas casi queriendo írsele por la piel, sacando afuera todo lo que tenía de Mussolini por dentro; si esto es sólo la furia desmedida de la naturaleza, qué será un ataque sorpresivo del enemigo; todos son unos maricones, unos pendejos, unos hijos de puta; les voy a partir los cojones a todos ustedes; hasta que me acuerde que ustedes existen, no van a levantar cabeza más nunca...” Y los destituyó sin que alguno quedara salvado del despojo institucional; sólo los Ministros de la Fuerzas de Mar, Tierra y Aire; el General Raúl Zumerio Cabulla, su primo por parte padre y el Ministro de Educación; el Capitán retirado Jorge Emeterio Zumarreta, su primo además por parte de madre; (bendito sea, alabado sea el nepotismo, que dios lo tenga en su gloria) quedaron ilesos de la remoción en cadena por la orden de soberbias incontenibles del Presidente Manolo Cabulla Zumarreta.

Y mientras el diluvio desvalijó en cuarenta días con sus noches la tierra de Asunción, sólo cuatro días con sus noches necesitó el Patriarca para desmontarle las entrañas a su aparato de Estado y Gobierno, apenas se durmió y comió, incluso muy pocos pronunciaron sus réplicas, porque eran cortadas las palabras, que aleteando por todo el salón de reuniones de la casa presidencial, se convertían en copos de nieves suspendidos en el aire viscoso del paraninfo; y la voz del anciano exaltado, del anciano dictador; el mismo que propiamente ellos habían encumbrado de diademas y floreos hiperbólicos durante tanto tiempo, como la más sublime apología con que pudiera encumbrarse a un mortal y, a la vez la manera más emblemática y sofisticada de la adulonería rayana; aunque salvando en algo a los adúlteros funcionarios de este Gobierno; no les era posible actuar de otra manera con un personaje tan propenso a las lisonjas y al narcisismo supremo como el mismísimo Presidente Manolo Cabulla Zumarreta, de lo contrario ninguno de ellos hubiera llenado su biografía diciendo que alguna vez fue Ministro, ViceMinistro, Jefe, Segundo Jefe o cualquier cargo de importancia nacional en la magistratura política y castrense de la nación, de lo contrario, que tal vez les hubiera sido mucho más pundonoroso para su historia subsiguiente, solo habrían conseguido subsistir cagando tinta sobre papeles en informes o largas

carrileras de números y cuentas por cobrar en cualquier oficinilla provinciana, inéditamente compareciendo cada mañana para sentarse detrás de un buró y, en la tarde marcharse lacónica y nostálgicamente a sus casas, para que al día siguiente se repitiera el mismo ciclo consuetudinario y, en el caso de los militares ni pensar en altos ascensos a Coroneles, Mayores, Tenientes Coroneles o Brigadier, la cuenta quizás quedase ya prestos para el retiro de la vida activa en Capitanes de Servicio, o atendiendo a un grupo de reclutas neófitos e indisciplinados. Y el viejo Presidente con los médicos de cabecera a su lado para atajarle a tiempo los ascensos de la presión sanguínea, y suministrarle las pócimas curativas a su hora, y evitar el desmejoramiento de su maltrecha salud con tanto revuelo; retumbando en el silencio cómplice del pánico, el desmiembre a los honores vitalicios e imponiendo en la silla desarraigada a neófitos impericios, quienes a su ver desesperado les servirían momentáneamente para decir y sugerir que aún existía un Estado y un Gobierno en pie. Así de pronto el país descorchado por la catástrofe; se vio con su barco de Gobierno zozobrando, al punto que los impericios grumetes intentaban atar jarcias y alinear el timón, cuando el viejo Capitán estrujaba órdenes que iban a colgarse a los mástiles deshechos o a las banderolas raídas por la tormenta.

Veinte días tomaron las aguas del Maracutey para volver a su sitio, y durante veinte días más se escabulleron los peces en los charcos de las calles o los lagunatos que se empozaron en los patios, y cuyos peces desnaturalizaron las bulimias que ceñían las internas, en espera de que llegasen las bendiciones de dios nuevamente; al punto que un aluvión de salamandras inundaran las habitaciones o desaparecían subrepticias por los agujeros, cuando les peligrase el mimético suspiro de la piel. *Y los nuevos timoneles se hicieron a la mar al compás de la borrasca, sin que apenas pudiesen izar el velamen y evitar que el arca se hundiera.* Y no se sabe quién mencionó por primera vez que Manolo se huyera en la noche, con una parte de su séquito a no se sabe a qué isla dispersa en el Pacífico, donde también el pelotón de soldados que llevase cumplieran el destino de cuidarle en el ostracismo; con la misma pasión de los cancerberos, que en alguna vez tuviesen el encargo de guardar los tesoros del Rey Salomón; hasta la hora de llegar el definitivo y postrer viaje en esa *barca transparente* sin naufragios ni vueltas al mismo puerto, sin tener la esperanza que fuera como Jonás después de sus anagógicos tres días en el vientre de la ballena o, al regreso de la paloma quien le trajese a Noé el mensaje de que habían concluido los cuarentitantos días del diluvio; además decían que pudiera haberse llevado junto en las maletas y su avión particular; todas las reservas de la hacienda pública en oro; casi seiscientos millones novecientos noventa y cinco mil, sumado a esto las joyas, relojes, trofeos y obras de artes de los pintores más famosos del mundo. Por eso la gente que pudo salvar la vida después del sonado “diluvio”, aún con la tristeza de sus muertos

corriéndole por las venas; desgonzó las puertas, levó las anclas y, como prendidos de fiebres girondinas; salieron a las calles a celebrar las novicias, que fueran preludio de incatástrofes luminarias de abejas polinizadas chupando las esporas, para segregar después en el panal por sus agujones la miel aromática. Mas no podían imaginar los enemigos que en todos estos días aciagos, el ilustre omniscio, el inmaculado patriarca; le asaltarán nuevamente los temores verticales de que le ilustrasen su muerte en cualquier esquina de los alrededores insignes de su existencia. Y nadie se detuvo a precisar de quién y de dónde viniera el estampido de la noticia que levantó el polvo, y que anduvo a largas zancadas por las calles, y trepó por las paredes, y asomó su rostro de murciélago por entre las tejas de las casas, que inflamaban y a la vez enflaquecían sus paredes a la costumbre díscola de un acordeón. Y. “¡El Presidente escapó en la madrugada acompañado de su séquito...! “¡Huyó del Palacio el Presidente, y dejó a un Gobierno Interino para continuar el manolismo sin Manolo...!” Pero nadie quiso guardar su jubileo detrás de las puertas, y se fueron a desgranar corceles indómitos por las avenidas y calzadas, porque había llegado el fin del holocausto; se había extinguido en el último coche del tren para hundirse en las aguas insondables del último puente; y ahora el recuerdo del postrer ancestro, portador de las glorias iluministas, las alquimias más renombradas, las influencias y las acciones preváricas de sus hombres públicos; quedaban deshilvanadas como una enorme madeja de hilo quien rodase indescifrable por el asfalto. {¡Oh cómo no desatar todas las amarras Señor, si estaban golpeando la perpetuidad absoluta, desarraigando las cuerdas apologéticas del tiempo! ¡Oh Señor, cómo no bullir idéntico a los caballos salvajes, al rugido hecatómbico de las fieras, a la cornada bestial de los toros; si los habían sumido en la noche, en la eterna noche del silencio; y al final de la hornada fueran la genuina rebelión de los corderos, quienes ahora se paseaban desceñidos de las viejas oratorias, las consignas y los “*padre nuestro*” por el salvador de las alabanzas} Allá se iban los peludos y los alopécicos, los orates y los juiciosos; los de puño y las banderas alzadas ayer en honor del Ilustre, y los enemigos de siempre, (los cuyos a quienes le vituperaran por años extensos los grupuloides de turbas insaciables y anticatarsis por adversos y traidores) y los anarquistas, inconformes contra todos los poderes; los eclécticos, los positivistas, los kelsenianos, (con su concepto esquemático de aplicar la ley) y hasta los nietzchetistas, los sindicalistas y hasta los que se decían ser *revolucionarios*. Policromías sobre el retumbe amanecido de Asunción; vibraban los cristales de las tiendas a la furia de los puños y las arrojadizas, que en cientos de geométricas configuraciones volaban por los aires a buscar el objetivo deseado. Oh mil veces gritaban como nadie imaginasen que gritaran; se habían callado para siempre los favorables del ilusionismo del mundo mejor, los propugnadores del camino irrefutable hacia las puertas del futuro; la

celebridad se deshacía bajo una multitud de tacones espantados, se violaba por los miles de promiscuidores, que aun semejándose a inconscientes subversivos; fueran fabulados en el remoto sermón: (***“Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia: porque ellos serán hartos.”*** ***“Bienaventurados los que padecen de persecución por causa de justicia: porque de ellos es el reino de los cielos.”*** ***“Vosotros sois la luz del mundo: una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder.”***)

Un grupo de congresistas del Partido Cotorra quisieron alertar a las turbas enardecidas e insaciables; tratando de evitar que ocurriera una catástrofe, para ello se fueron a la plaza mayor de actos, colocaron altoparlantes en diversas direcciones y, en un zócalo improvisado se reunieron; desde allí conminaron con urgencia a la población que mantuviera la calma, hasta que los acontecimientos tuviesen una claridad plena, que no se dejaran llevar por falsas implicaciones y comentarios mal intencionados para confundir a la gente; que estos momentos de confusión podían ser utilizados por el mismo gobierno y las autoridades castrenses para revertir la alegría en pesar e, incluso citaron un pasaje de la historia del país, cuando los colonialistas dos siglos antes, echaron a rodar a través de un edicto que la reina le había dado la libertad a todos sus súbditos de ultramar; pero todo fue una falacia con el objetivo de que los adversarios independentistas y antiesclavista que actuaban en la sombra; salieran a la luz pública a festejar la victoria; fue cuando las autoridades coloniales consiguieron descabezar a todo el movimiento independentista por largo tiempo; los principales cabecillas fueron llevados a tribunales y ahorcados en las plazas, como ejemplo categórico para toda la población de que contra el poder de la Corona nadie podía rebelarse; hasta un siglo después que el General Gerardo Bandera Sánchez, el libertador, fiel miembro del Partido Cotorra; tomó las armas y comenzó nuevamente la lucha hasta alcanzar la plena independencia de la Patria; sin embargo a pesar de las advertencias de los diputados del partido Cotorra, quienes tal vez conocían un poco más de lo que advertían, pero para no irse más allá de lo que debieran decir no lo dijeren; algunos, muy pocos, decidieron irse a sus casas, y dejar que los acontecimientos sucedieran por frente a sus puertas y ventanas y, entonces después que las aguas tomaran su rumbo aliarse a quien resurgiera de esta vorágine; no obstante la mayoría siguiendo el viejo refrán de masas que reza que “ ¿para dónde va la gente? Pues para donde va Vicente”, siguieron en la barahúnda arrolladora llenando las calles, avenidas, portales, patios; asaltando comercios, poblando como gorriones cada sitio que pudiera albergar sus voces, sus piernas y sus ansias. Pero los uniformados no estaban apercebidos ni dejarían llenar los balcones y las fachadas y las luces del alumbrado público por más tiempo; por aquellos que hoy renegaron del *nutricio zagal de esperanzas*, quien hubiera impuesto sus indicios por largos años en el zócalo divino del poder; y ni siquiera en los nidos emplazados por

los jolgorios en los aleros; y tampoco permitirían el resquicio de las ofrendas, quienes vinieran al desarme *equivoco y concluyente* de ese barco fondeado por tantos años en el mismo puerto, incapaz de levar anclas o, los trenes inconclusos sin fuerzas para aullar sus entrañas en los caminos. Y el Presidente haciendo presumir que fuesen reales los comentarios de la noticia popular, sin desmentirla con su presencia de nuevo en la plaza o inventar otra vez los viejos árboles segregando flores y semillas imprevisibles, y la matizada muchedumbre de mariposas y hasta el cielo artificial, sin permitir que los aviones tocaran con su vuelo rasante el hálito extendido del auditorio o, cuando al asombro de ilusos admiradores trastocaba papeles para él convertirse por el arte del Infierno en un Hipócrates, en un Gian Lorenzo Bernini, en Aristóteles o Karl Marx, en Alejandro Magno o Napoleón o quien sabe si en el polémico Nostradamus, quien dicen vaticinó con sus jeroglíficos el futuro. Alguien mencionara tiempo más tarde, que dijo con la voz y los nervios en despliegue de senil maleficio a sus súbditos cercanos: “¡Pueden marcharse todos, todos; no los necesito en absoluto; yo soy el Presidente, el Ministro, el Directriz, la doctrina, el manantial, el río; yo soy Dios, Hijo y Espíritu Santo; váyanse al carajo, inútiles de mierda, jauría de maricones que nunca han tenido falo para preñar a una mujer, manifiestos calienta sillas de Ministerios; no los necesito, yo solo me basto para conducir a esta nación y a este rebaño de corderos inútiles, a quienes plegué al más terrible manicomio del silencio.” Y cubrió los interiores del despacho personal con sus miles de fotos, sin dejar espacio para percibir el gris y el verde de los mármoles los cuales enchapaban las espléndidas acitaras; pero mucho antes hiciera venir al celador hasta su presencia de ilustre provicero que jamás consintiese que alguien le traspusiera umbrales para invadirle el paso cuando él, sólo él plagare en los advenimientos y los escapes, para que éste le trajese la escala de tijeruela con torneados peldaños, y grabada a entrambos lados con las letras “P.P”, lo que identificaban su pertenencia específica al Palacio Presidencial. {Oh Señor, que con sus casi veintinueve mil doscientos días de existencia; ascendió por los escalones y los descendió y volvió a subir por cientos de veces con energía de vesánico consumado, distribuyendo por toda la estancia el despliegue luminoso de sus ojos, su boca, sus fosas nasales, su pelo y sus atuendos de Presidente, de Comandante en Jefe de todas las tropas, de filántropo plasmado en las miles y miles de fotos que cubrieron hasta el techo, para dejar escondidas tras de sí las figuras barrocas con mujeres de senos protuberantes, apuntando con sus rojizos pezones desde la altura a los mosaicos de brillosas reminiscencias; cubriendo los angelillos alados que a la diestra y siniestra de las ninfas, aparecían al conjuro del virtuosismo arquitectónico más grandioso, las que en su conjunto culminaban con las estatuas egregias forjadas de mármol blanco de Apolo, Zeus, Neptuno y Minerva; dispuestas en cada una de las esquinas. Y no hubo un espacio libre

donde el Prestigioso de la Patria no impusiera su imagen; necesitó el encargo que produciría en siete largas jornadas de laboreo los talleres gráficos del Palacio de Gobierno, por encomienda personal del Presidente ¡Qué carajo, lo que hace la demencia en los seres humanos...! les saca fuerzas de donde no las tienen y, hasta les hacen trepar por una pared como si fuesen endemoniadas lagartijas.} Dicen que el joven Capitán de academia y nuevo Ministro del Interior; abrió la puerta del despacho sin previo permiso y, le sorprendió en lo alto de la escalera, sujetando con engrudo su última foto, para culminar la prócer hazaña de vestir con su presencia los mármoles de los mamparos, los grandiosos ventanales y el blanco alabastro del techo; y llegó mudo y transparente con la identidad del agua en los vasos de bacarás: “ –Presidente, insigne Presidente de la República de Asunción, todo el pueblo corre por las calles y las avenidas, y llena tumultuoso la plaza Gerardo Banderas, pregonando con furia y alegría imprevista que Usted, mi Presidente, se ha marchado del poder, y por eso festejan como si hubiera llegado otro tiempo de bienaventuranzas y preludios; pero imposible Señor, sin Usted no habría nada, Usted es el principio y el fin de todas las solemnidades y nuestras apoteosis y, además Señor Presidente, hay un tipo que parece ser líder y, hasta se ha promulgado en su ausencia Señor, él mismo como Presidente de Asunción y, la gente le aplaude cuando dice: “!Desde este instante sublime, yo me autoproclamo su nuevo Presidente...!” El Omniscio se sorprendió ante la declaración del joven oficial, quien fungía desde apenas unas setenta y dos horas como Ministro del Interior; desde lo alto el Insigne le dirigió la palabra sorprendido al primer instante y al ultimátum después: ¿Has oído el nombre de ese desgraciado quien intenta sustituirme como Presidente...? –El Capitán titubeó por un instante, como intentando de recordar un nombre que no le era consuetudinario; después de unos segundos mientras miraba con fijeza a lo alto de la escalera de tijereta, donde se hallaba trepado su Presidente, Comandante en Jefe de todas las tropas de mar, tierra y aire de Asunción, decidió contestarle:

Bueno, Señor Presidente, según me han mencionado mis agentes; ese tipo le llaman Rasputín...

¡¿Rasputín...?! –Exclamó Manolo sorprendido ante la confesión de su Minis

tro de Interior, después se echó una carcajada que llenó todo el despacho presidencial.

Sí mi Presidente, así le llaman a ese tipo, que está liderando y agitando a la gente en las calles y, quien también se ha proclamado Presidente de Asunción.

–Oh Capitán del Interior, Usted es más poeta que Militar, lo tendré en cuenta para cuando vuelva a verter mis efluvios urinarios, nombrarle el

Ministro de Cultura. Pero ahora no le quedará otra alternativa que descojonarse con los enemigos de la Democracia, de la Patria y de los míos propios, y mantener el orden a toda costa y a todo costo; pídale apoyo en mi nombre al Comandante jefe del Ejército, y que disponga a su servicio los tanques, los cañones y las ametralladoras y, al de la Defensa Antiaérea los aviones y helicópteros de combate; yo llamaré al General Raúl Zumerio Cabulla; y desaparezca a todos éstos que celebran mi huida, el último cuento lo hacemos nosotros, la historia la escribimos nosotros. Así me gustan mis Ministros: que no piensen, que obedezcan las órdenes ciegamente; no como el racimo de ineptos pensadores, a quienes destituí por pasionarios y piensa perspectivas; no los quise más en el poder, además estaban decrepitos, antediluvianos; por su parte ustedes los jóvenes arrancan los árboles de raíces si fuese necesario por llegar a la punta de los éxitos...bajó lentamente los peldaños de la escalera de tijereta para finalmente enfrentar a su Ministro del Interior, ya muy cerca le ordenó aún más enardecido, moviendo con furia su dedo índice, como solía hacer en sus pródigos discursos cuando acusaba a los enemigos externos e internos: ¡Pero ante todo métame preso a ese susodicho Rasputín cuanto antes, así le cortamos la cabeza a la serpiente por el mismo cuello; se lo lleva para el cuartel general y, allí le dice al médico del regimiento que le inyecte el soporífero más fuerte que tenga en existencia y, cuando el afamado Rasputín se halle bien dormido, para que los gritos no se escuchen en la calle, me le arranca de cuajo sus dídimos con el cuchillo más afilado que se halle en la cocina del regimiento y, cuando ya se haya cumplimentado esta operación, los cuelga en una vara bien alta en la plaza de actos y, debajo le pone un cartel en letras rojas y bien grande que diga: ESTO LE PASA A TODO AQUEL QUE INTENTA SER PRESIDENTE POR ENCIMA DE MANOLO CABULLA ZUMARRETA ... Pero vaya Capitán y cumpla la orden de inmediato, la Patria se lo congratulará... o no espere –lo atajó mientras el Capitán impávido, lívido, lo miraba fijamente, como si no hubiera entendido nada de lo que le encomendara el Vitalicio...la orden de arrancarle los dídimos a ese desgraciado de Rasputín, no la ejecute usted en persona, vaya, y saque de la prisión a un soldado que apodan el Verdugo, quien está preso porque siendo guardián de mi finca, tuvo la osadía de violar a mi yegua predilecta; después de trasmitirle mi ordeno, le promete que tan pronto ejecute tal misión será liberado, pero no, no será liberado, al contrario; ese soldado de alias Verdugo, preñó a mi yegua predilecta, digo no, la violó... hizo una mueca de agravio ¡Oh... que dios ampare a mi yegua predilecta, que ese desgraciado la preñe...! Pues bien Capitán; me deja preso a ese soldado hasta que usted regrese de la plaza Gerardo Bandera; cuando usted vuelva al cuartel; ordena que se forme el pelotón de fusilamiento, y lo fusila de inmediato...le brillaron los ojos como los de un tigre al asecho, se apreciaba que éste era uno de esos instantes en que se había despertado nuevamente, el

carnicero felino que llevaba en su interior: ese maldito va a pagar con su vida el haber profanado con un falo de hijo de puta, la integridad vaginal de mi yegua predilecta...el Capitán lo miraba pasmado, sin entender apenas lo que le ordenaba su jefe; era un oficial nuevo sirviendo directamente bajo las órdenes del Presidente Manolo Cabulla Zumarreta; no había tenido el tiempo necesario para conocer de sus locuras y caprichos, de cómo interpretar sin desvíos, sin conjeturas subyacentes los designios del anciano Presidente, al cual había que interpretarle sus ordenos y mandos tal como salían de sus labios, sin recovecos a izquierda o a derecha; pero no se trataba ahora de contradecirle en absoluto, él se había educado en las escuelas donde se orientaba desde la mañana hasta la noche, el cumplimiento estricto de las órdenes sin discusión alguna, el asunto centraba en no entendía ni pitoche las palabras y el requerimiento de su Presidente y Comandante en Jefe; Manolo, quien era un perro viejo para adivinar en el interior de las cabezas de sus Ministros y Oficiales, se percató de ello, porque al parecer lo dijera con tal intención para demostrarle a su nuevo Ministro del Interior, que él era un ente superior por encima de todos y, que podía utilizar un léxico que sus súbditos para entenderlo, él mismo debiera bajar a su mendicidad de conocimientos explicándoselo de la forma más vulgar; por eso le espetó airado:

¿No me ha entendido usted Capitán...? –El oficial temió confesarle afirmativamente a su jefe y, muy nervioso, casi transparente quedó en silencio; cuestión que Manolo interpretó de inmediato, estaba acostumbrado a esas reacciones y, le agradaba que así sucediese, pues esa era la medida de tener el sartén por el mango, y prosiguió tras echarse una sonrisilla muy para sus adentros: cuando le dije que tenía que cortarle a ese desgraciado que llaman Rasputín los dídimos, quise decir arrancarle los cojones, Capitán, castrarlo como se le hace a los verracos para que se hagan dóciles, a los toros para tornarlos en bueyes y, a los hombres para que no se les ocurra preñar a una mujer más en su vida; pero además quiero aclararle que a ese soldadito que apodan el Verdugo, quiero convertirlo en un Verduguito con una descarga de fusilería, para que aprenda a no violar más yeguas en toda su puta vida; que después que a ese Rasputín le saquen los cojones y los cuelguen en la plaza de actos, como le ordené, ya no le va a quedar más deseos de arengar a la gente, porque sepa usted Capitán, que para ir contra Manolo Cabulla Zumarreta hay que tener los cojones bien puestos, pero si ese Rasputín se los arrancamos de las bolsas, ya no los va a tener más para enfrentárseme como él quiere hacerlo...hizo una mueca, y recorrió con actives su mirada por los cientos de cuadros e imágenes encolados por todas las paredes de su despacho, donde aparecía su figura en todas las versiones de “hombre duro”, que por más de treinta años estuviese presente decidiendo los destinos de la Patria; después volvió su vista a su Ministro del Interior y le ordenó con voz barítónica, extraída de los sedimentos que aún le quedaban en el fondo de su decrepita existencia:

¡Arriba Capitán, vaya a cumplir la orden que le he encomendado; la Patria y yo esperamos por usted...!

Todo lo hizo al pie de la letra el Capitán, nuevo Ministro del Interior tal como lo ordenara Manolo Cabulla Zumarreta; sin embargo el fusilamiento del susodicho soldado con el apodo de Verdugo, quien se hallaba en prisión por violar a la yegua predilecta del presidente, no se pudo ejecutar, pues acto seguido de cumplir sin ningún reparo y, como todo un especialista; (pues a esos menesteres de castrar toros y puercos además de guardián, se dedicaba en la finca del Presidente) la tarea de enervarle los escrotos con el cuchillo más agudo que se halló en la cocina del regimiento, al anestesiado e infeliz cabecilla de nombre Rasputín; pero el soldado de sobrenombre Verdugo quien era más astuto que el diablo, solicitó que le permitieran echarse un baño como dios manda y, que le ofrecieran una ropa adecuada, pues como él mismo confesó; se tenía asco a sí mismo por el acto de haberle desvirgado la hombría de ese Rasputín: “Mira que los condenados...dijo muy histriónicamente casi con lágrimas en los ojos: tenemos que hacer cosas pecaminosas para obtener la libertad; pero si lo ordenó nuestro Presidente, es como si lo ordenara el mismo dios...” a tal expresión enalteciendo la figura del “Intocable”, el Jefe del Regimiento le concedió lo requerido y, en pocos instantes el soldado Verdugo ya andaba abriendo la ventana del baño, valiéndose de que los soldados y oficiales se ocupaban de sofocar a los cientos de manifestantes, que en las afueras del regimiento militar exigían enardecidos: ¡Liberen a Rasputín!

¡Liberen a Rasputín....! Sin conocer que a esa hora el aludido cabecilla Rasputín bajo los efectos del fuerte barbitúrico suministrado por el médico, yacía sobre un camastro dentro de una celda, sin posibilidades alguna de lanzarse a las calles a dirigir a las masas, y erigirse una vez más como el nuevo presidente de Asunción; ya saltaba al patio del regimiento y, de ahí a la escarpada verja culminada en filosos y gruesos cristales de canto, los cuales nadie quien no tuviera la pericia de sortear tan enconado obstáculo, como la que poseyera el guardia apodado Verdugo; le sería imposible lograrlo y, quien con una agilidad de felino en menos de un pestañazo ya estaba trasponiendo la ineludible valla de piedras macizas, para deslizarse hasta la acera al pie de ésta; sin embargo cuando ya decidía escapar amparado por la sombra de la misma verja; con todas las fuerzas de sus piernas, se dejó escuchar una ráfaga larga y atronadora surcando el aire; una ventana de manifestantes cayeron sobre el asfalto, agujereados por la embestida de aquéllas, que como avispas de plomo perforaron la piel y se incrustaron mortales en sus cuerpos; el soldado con el apodo Verdugo, muy bien sujeto a su personalidad, en ese instante sintió un fuerte empujón en su espalda que lo empujó hacia adelante, un sabor amargo salado le llenó la garganta y, se hizo un borbotón en su boca, para caer de bruces finalmente sobre la acera.

{Y los uniformados que le habían instruido en academias y regimientos

con altavoces depredadores de conciencias, para insertar las oligofrenias masturbadoras de los instintos; comenzaron a llenar el aire con las balas y, el fuego preludió sus nidos rojos por debajo de las carnes y sobre el asfalto de las calzadas; y la plaza, que hasta sólo un instante durmiera apacientosa bajo los monologales mármoles de la presencia imaginaria del libertador Gerardo Banderas Sánchez; y en donde a sólo cuatro horas antes los diputados del Cotorra alertaran a la población evitando un holocausto innecesario; mefíticamente se tornó en un río púrpura y gelatinoso y, el olor de los cuerpos fervientes y asombrados ante el desconcierto de los balazos, el fuego y la muerte inexpresiva; y las virtudes que se escabullían por los poros dejando sobre la ciudad los troncos huérfanos de voz; conformando en complicidad involuntaria con la muerte; hiladas axiomáticas de silencio; sin comprender por qué huyera tan insólita aquella última mañana saturada de pájaros.}

Y entonces llegó el General Raúl Zumerio Cabulla al despacho, sin permiso ni partes militares; (para ese instante el celador se había escurrido presintiendo las guillotinas a lo Robespierre contra el cuello atribulado de María Antonieta, o los linchamientos haitianos, en una contradictoria revolución de esclavos, cuando aún resonaban los martillazos para deslaponar las cadenas de los esclavistas, o ardían las ascuas del saqueo y las aulladas de los recién libertos; ya se vieran cogidos por las piernas, y conducidos con los hombros llagados a fuerza del rebenque congénere; cargando los enormes bloques, para construir el nuevo palacio al noviciado e inmisericorde “rey de los negros”) y penetró en la estancia colmada de fotos del *Pontífice* desde las paredes hasta el techo; un efluvio penetrante a mirra, a resinas perfumadas con esencia de jazmines, salió de pronto al abrirse la puerta; y de improviso el General Raúl Zumerio Cabulla, Ministro de la Defensa, primo por parte de su padre del Presidente, se halló naufragando en los ojos álgidos de su primo el gran Patriarca y *Presidente de la República de Asunción*; “ ¡Manolo dijo exaltado; los cuerpos son tantos que no alcanzan los agujeros ¿qué hacer Presidente a tanta prolijidad de muertos?” “– General Raúl Zumerio Cabulla, Ministro de Defensa de la República de Asunción le responde el Presidente Cabulla, esbozando su mueca importada como ya los tenía acostumbrados; cuando todo termine no me acuerdo que eres mi primo; te destituyo por falta de estrategias; pero hoy te ordeno que les incendies en piras y, que las cenizas se las lleve el viento, como en tiempos pasados hicimos con las puñeteras cotorras...” Y Asunción estuvo ardiendo por más de cuarenta días con sus noches, y el fétido de la carne quemada nubló el sol en el día y las estrellas y la luna en la noche. Y a los soldados inhábiles que les temblaron los fusiles entre las manos, o la mirilla de puntería en los ojos; o los que dejaron suspendidas las mechas igual a lunas amarillas, sin conseguir posarse jamás sobre la tierra; fueron también diseminados por las huestes de los ajusticiamientos sumarios, les hundieron en el terror de las lenguas homicidas,

en la tuforada de carne y vísceras ardientes, en el humo que vagó por muchos meses sobre la tierra y el mar para escurrirse como los demás rebeldes de Asunción; insertados en las nubes por más de un siglo de lluvias e inviernos; tanto que aún a muchos años cuando descendían las lluvias omnímodas con el ocre sabor de la carne y los huesos; se estaría evocando el crematorio cruel que incineró a tantos capitalinos de Asunción. Sólo quedaron los verdugos atizando llamas hasta el final; y se llenaron de salamandras las casas deshabitadas de los muertos, ínclitos reptiles los que hasta ahora nadie pudo discernir de qué sitio salieron o por cuál ignota señal instintiva tantos tuvieron el mismo aviso de salir de su hábitat tan diferente y distante, y plagar la cosmogonía de la gran ciudad, sus casas, los jardines, los techos; y hacer a su manera de precisar las cosas, la ausencia más llevadera.

Todo había terminado ; qué difícil fue ensillar la sensación amarga en el gusto, en el olfato, en los nervios; cómo las palabras te agonizaron por largos instantes, y casi zozobraste inevitablemente en su laberinto. Irías a morir como nunca hubieses querido dejar el planeta: naturalmente, igual a todos los mortales que no fueran semidioses o simplemente tú mismo; odiado más que al mismísimo Lucifer en persona; siempre abrigaste el deseo de morir de una forma heroica, detrás de la mirilla de un artefacto belígero y, contra las hordas arteras de los soldados de Mexiquilandia, Rusiquilandia o cualquiera de los tantos enemigos de maqueta, que habría inventado tu paranoia ecuestre de todas formas reconocías en tu agenda, que a pesar de la inmortalidad que le hicieran creer a tus contemporáneos por mucho tiempo que rodeaba tu existencia; tú eras algo tan mortal como un gato, un caballo o una simple hormiga, una lechuza o un sapo. (fuera un idilio de romántico en decadencia; quijotadas librescas de inventar gigantes donde sólo hubieran molinos, pero en el tuyo conociendo para tus interiores, que verdaderamente te enfrentabas a inconscientes molinos, los cuales nada pudieran hacer para oponerse a tu ficticia y coloquial guerra de maquetas con fusiles de madera, y soldaditos plásticos pintados con uniforme militar) Y ahora ni más ni menos se te hacía madejas la ocasión para morir absurdamente, para que a los pocos días después de muerto; ser no más que un cadáver ingerido por los rechonchos gusanos verdes; y quedar como la hoja inservible del calendario que transcurrió, sin pensar en cercas de un kilómetro de altura o en irreales enemigos; que sólo estaban en ese sitio histórico, porque la tortuosa geografía lo instituyó de esa forma; cuando quizás lucubraras te erigieran un monumento ecuestre en mármol o en bronce, a la misma altura del General Banderas u otros tantos próceres de la Patria y, que además se emitiese una moneda y un billete de fácil acceso con tu imagen, para estar constantemente en todos los bolsillos y al alcance de millones y millones de dedos; pero eso ya era tan imposible como llegar al centro de la tierra, como que no creyéramos en lo desconocido o no soñáramos en mañana; ya no habría historia para ti; cuando

se nos acaba la historia, es como un vacío en medio del camino que inexorablemente te derrumba al fondo del precipicio.

Nada era tan solemne para ti que los pabellones quedasen blandidos en sus astas; y en conveniencias con tu legado, alguien de los tantos que por casi medio siglo, embrearas desde el corazón hasta la carne con tus eminentes doctrinas, la siguieran por el mundo al aclamo de millones de terrícolas, quienes agradecidos hicieran tuyas tu herencia. Por muchos años quisiste olvidar o cerrar las puertas al viento, al viento con su diatriba irreconciliable de que no muchos te amaban, a pesar de los “periódicos” que mencionarían en tus oídos los doctrinarios, o significaran los aplausos y vítores por sólo presentarse tu figura a la luz pública, cuando aparecías excelso en las grandiosas tribunas de esdrújulas a esdrújulas, y blandir las pasiones al mítico influjo rebelde que sólo tú sabías mover, porque sin empinar los triunfos de las legítimas libertades, habituaban rumiarte a cada hora las victorias; en el glorifeo eterno de la obediencia incondicional de los corderos: **“ Si me aclaman, si me siguen, si pronuncian mi nombre a cada instante, es porque gozan la dicha de tenerme como el conductor eterno...”** Pero hoy más que nunca la realidad te daba un portazo en la frente; *por mucho virarse la torta en el sartén, no podría jamás convertirse en chuletas*; el muerto estaba bien muerto, y mucho antes de estar muerto físicamente; lo estabas políticamente, filosóficamente; y sin posibilidades alguna de erigir tu dedo alerta, a la terrible deducción de irte a la tumba con una alcayata de esperanzas en los pulmones. Y es que el tiempo se había acortado, y era sólo la ceniza en un cigarro desprendiéndose a horcajadas sobre el piso; tu Era no era la que acontecía por el mundo; la tuya se había desfasado sin tú percatarte de ello. {*Un vocerío de perros enracimaba las noches y los días y, él aún enclaustrado, desapercibiendo los caballos a tropel que subían como libélulas las paredes al desteje de los techos, galopando por las habitaciones, y arrollando con sus pechos sudorosos las cristalerías, los mamparos, los estantes, los pedestales donde se asentaban las estatuillas siamesas, los budas hindúes y hasta los exóticos diosesillos egipcios con los rostros de felinos y el cuerpo humanoide, todo cedía en su vetusto silencio ante el empuje de los relinchos y la hecatombe equina, que dejarían las casas sin el encanto de sus abalorios entrañables; porque el mundo estaba pariendo a un mundo más allá de las antigüedades*} pero tú esperabas el milagro de los parabienes, cuando algo excepcional te salvara en el último instante; en la vigilia porque alguien tocara esa puerta majestuosa colmada también con tus imágenes a decirte: **¡Eh Presidente de Asunción, Usted es nuestro único Presidente, arénguenos con su palabra de nuevo, condúzcanos por los caminos ciertos y denos la luz, pagaremos con creces sus temibles locuras...!** Pero jamás pudo escuchar la voz milagrosa, sólo el sonido rítmico de su respiración timbrada con énfasis de reloj antiguo entre los mármoles, y la vieja lluvia lacrimosa de sus ojos

enturbiándole las pupilas azules. (Sus ojillos de serpiente agotada; y el alba lo sorprendía enroscado en si mismo cual serpiente que aguarda a su presa).

Pero todo habíase detenido como dinosaurio petrificado por los hielos perpetuos, el terrible silencio recorría su silueta de vesánico y, apenas bastaban las imaginaciones más irresolutas para albergar su presencia derrotada, pero aún arrogante de intrínseca fiera. Ya dejaron de ulular las fábricas y, una bandada de coleópteros a la carga de zumbidos, traspasó las ciudades para perderse más tarde entre los montes. Y es que nadie puede conocer cuándo los indicios son verdades manifiestas en los péndulos del campanario. En la estancia crecían los puños intoxicados de la penumbra y, porque tus fotos fueran el linde entre el mundo de la claridad y el de las tinieblas; por los altos ventanales no podía hacerse camino libremente el paso de la luz natural. Las luminarias proyectaban sólo su sombra rectangular y alargada, donde extendidas detrás de tus fotos se hallaban desde las columnas hasta los mosaicos las figuras de chinos con palanquines con las cestas rebosantes de frutas rojas y amarillas, que se combinaran con las otras de japonesitas en yukata o en batones morados tejiendo un tapiz de púrpura, o los que había en las cenefas con el color oro de los ciervos y sus astas, casi sumergidas en las paredes, o aquellos de treinta por treinta empotrados en los cerramientos, quienes mostraban a los guerreros del Emperador macedonio ataviados con sus armaduras de combate y las lanzas prestas a conquistar la próxima tierra para el Imperio, todo en contraste con las *mujeres desnudas* de alabastro con sus pesones rojizos, quienes miraban insidiosas y sensuales desde el falso techo. (Y ahora toda esa policromía, creación exquisita del arte; estaba sumergida en las más diversas configuraciones que hallasen preciso mostrar al *Soberano* en todos estos alucinantes y largos años de su Poder omnímodo, e incluso una, donde aparecía copulando a orgasmo tendido entre tanta insipidez de sus apareamientos; con la única mujer que le extrajera dogmáticamente los pruritos de su alma) Por eso abrió los ventanales; el aire de la estancia le asfixiaba por el pertinaz olor a mirras y a resinas perfumadas con esencia de jazmines; a tanto que un sintomático golpe le transformó el olfato en sabores indescubiertos y, hasta escuchó un ligero silbido vibrándole por las Eustaquio. Y la tarde se metió de pronto en el despacho presidencial, espantando a los cimícidos con sus tentáculos crispados en cada espacio de la habitación: en los intersticios del buró de nogal barnizado del Presidente, en los butacones de tapices marrón, en los cortineros, en las sillas para los convocados a las reuniones con el *Eximio*; todo lo habitaban los cimícidos con sus tentáculos de sombras. Por eso no le bastó a la tarde quedarse detenida en el viento y los marcos de ébano, no le bastó y se hizo un abanico por entre los mamparos y los butacones y el buró de nogal y hasta en el mismo Presidente, a quien los ojos se le cerraron ante el milagro impredecible de la naturaleza, y por la molestia de las tantas horas confinado entre las acitaras y, sus miles de fotos

engrudadas en las más disímiles de forma y extensión.

Se cree que lo último que leyó y subrayó fue a Nietzsche, quizás para empastar

lo como propio en uno de sus discursos; sería “Así hablaba Zarathustra”: “Allí donde el Estado acaba comienza el hombre que no es superfluo: allí comienza la canción del necesario, la melodía única e insustituible.” “el querer hace libres: ¿qué imagina el querer mismo para liberarse de su tribulación y burlarse de su prisión?”

Pero el hombre es como el hielo en presencia de los rayos del sol: duro y resistente, capaz de matar y de cercenar la piel hasta la sangre; mas solamente bastan unas horas, y es suficiente para que de bruces se halle tendido e indefenso sobre el polvo; incapaz de herir o de matar, desgastado y sin filos con que armar la emboscada o la trinchera para su defensa oportuna. Los políticos son apostadores de un juego de azar; todo es una ruleta que gira y gira interminablemente y, se cansa de parar la pelotita aleatoria por muchas veces a favor del prodigioso tahúr; las victorias ascienden como loables montañas de papeles con el color de rosas azules, verdes, blancas, violetas; un paradiso de buenos augures que van tejiendo esa urdimbre de arañas volátiles y nigrománticas; mas perniciosas y sutiles; infladas de providencias y contrastes; cualquier acropodio en los tiempos de holganzas basta para sostener las más pesadas columnas de los acontecimientos; mas intentar perpetuarse por encima de la historia y de las providencias; es el derrumbe de los castillos más fantasiosos. Y se te fue la ventura en la penúltima jugada; te aparecieron los agujeros de tus propias asechanzas; el tiempo te jugó tan sucio, socaliño, inescrutable; que nada te sirvió que fueses Jonás, y te embarcases en una flota de enormes barcos de guerra, para defenderte de la furia que guardan las incógnitas; te engulló la mandíbula bíblica, inexorable, cadenciosa de las viejas ballenas de los naufragios, te ahogaron tus propias guerras decadentes de Alejandro y de Bonaparte; de Egipto y de Waterloo. Ya no existía la más ligera frontera entre la obscuridad y la luz, entre la noche y el día, entre el silencio y la voz, entre el abismo y el espacio abierto, entre la muerte y la vida; todo se había confabulado para convertirse en lo más amargo e indeseado; los dientes ahora estaban mordiendo inconcebiblemente los labios y, ni siquiera permitían que la lengua y la garganta emitieran su grito de auxilio.

{¡Oh la tarde! La tarde apacible decapitando los tentáculos de las penumbras, y el Presidente; el Primer Ministro; el Comandante en Jefe de las Tropas; el Primer Presidente del Partido Tripey; el Confesor; el Padre de la Patria; el Benefactor de los humildes; el Mecías; el Ubicuo; el Primer Doctrinario; el Promulgador de vallas en una Era que no era la suya y ni siquiera la de las bardas; también miraba a la tarde, como pudiera mirarla cualquier mortal a quien en muchos años se le confinara a existir en un agujero

subterráneo, y él Manolo Cabulla Zumarreta, tú el insuperable, el profeta; por primera vez en tu vanagloriada existencia; te habrás percatado que el mundo coexistía a pesar de tus fuerzas y tus esfuerzos; e independientemente que pensaras o no; seguiría girando, aun no estuviera la presencia de tus dedos mórbidos suministrando el balanceo inquilino de tus órdenes precisas e invariables.}

{¡Ay, por todas las cotorras facundas y no facundas que volaran confundidas con el verde de los bosques; por los Cremos y los Ave María y los Padre Nuestro que estás en los cielos; qué rayos tenía aquella tarde, aquella impresionante tarde metiéndose en el despacho de nuestro egregio Presidente, de nuestro silábico Presidente de Asunción! Quien en su imaginación de predestinado, creyese ser el gestor omnímodo de todas las historias acontecidas en los mundos anteriores y contemporáneos, lo cual le proveía de autodesignios para advertir a los de acá y los de allá contra los riesgos de la expansión aventurera de los del más allá, que por ser obra de sus noctívagas convertíanse en adagio; cuyos epítomes inscribían los propagandistas de su obra en conspicuos volúmenes doctrinarios, para ser vendidos por toda la tierra; fundar escuelas y teorías o aglutinar espíritus en múltiples ruedos en torno a las ideas del líder.}

Y el viejo Presidente sintió el golpe repentino de luz en su rostro como la bala de un cañón alcanzando su objetivo. {¡Pero ay Señor de todos los Augurios! ¿Qué tenía aquella iridiscente tarde de octubre, decapitadora de todas las solemnidades y ordenanzas instituidas? Y cerró los párpados al contacto de la luz; y los abrió, pero los ventanales se habían empujado sobre su cabeza, y escuchó el zumbido extrañamente lejano de la brisa acariciando los cristales; mas recordó que debajo de toda aquella galería de fotos suyas que habría emplastado en las paredes desde el piso hasta el techo; se escondían los chinos con palanquines, las japonesas con yukatas o batones violeta tejiendo tapices púrpuras, los ciervos con sus largos cuernos en las cenefas y las estatuillas a relieve de ninfas con sus torsos desnudos en el techo; por eso no pudo contener el terremoto que le empezó a remover el alma por dentro y, sin percatarse por qué; el cuerpo quitinoso y los pequeños y abombados repliegues desprendiéndose desde la espalda, los ojos y el cuello; le hicieron despertar por primera vez en su vida una repugnancia increíble por sí mismo; fue en ese instante en que un sabor amargo se te subió por todo el gusto, para advertir asimismo por primera vez; que no eras Presidente, ni Primer Ministro, ni Generalísimo de las tropas y ni siquiera hombre; porque estabas caminando con el caparazón abombado por sobre los mosaicos de tu ancestral oficina, que ahora se metamorfosease en tu espejo multiplicado en millones de veces; un insoportable almizcle de escarabajo te registró el olfato para descubrir que el gran hombre, *el último de los profetas del templo prometido de los argonautas o de los náufragos, el descubridor del último mundo* después incluso que el

promulgado por Daniel o el apóstol Santiago: *“He aquí que vosotros andáis diciendo: Hoy o mañana iremos a tal ciudad, y pasaremos allí un año y negociaremos y aumentaremos el caudal. Esto decís vosotros, que ignoráis lo que sucederá mañana.”*; porque no podías explicarte tu propia extinción, porque no se escuchaban las trompetas heráldicas degollando indiferencias; porque no tenías dedos para pellizcarte la carne y sin carne para sentirte los dedos.} Sólo un escarabajo que iniciaba su vuelo para caer sin fuerzas con sus alas quitinosas y aturcidas, mientras el exótico elefante Africano del circo de Diego Raspa la Olla; se orinaba inconscientemente sobre un cuadro gigante de tu imagen impresa. En otras épocas a ese elefante y a su dueño los llevaran rumbo al matadero a uno y al otro hasta el cuartel de los uniformados; ambos mereciendo el castigo impuesto por el crimen contemplado y definido en el manual de la ley penal como *desacato* a la excelsa **figura del Eón**; el gran Dios de la omnipresencia, el Adonái maravilloso creador de la más fantástica creación divina, de la apoteosis sincopada de una melodía conceptual, porque había que creerle parafraseando a Jeremías: *»Pero **bendito el hombre que confía en mí**, que soy el Señor, y que en mí pone su confianza. Ese hombre es como un árbol plantado junto a los arroyos; echa sus raíces junto a las corrientes, y no se da cuenta de cuándo llega el calor; sus hojas siempre están verdes, y en los años de sequía no se marchita ni deja de dar fruto.»* o quizás como se dijera en el Deuteronomio: *“Hoy te ordeno que ames al Señor tu Dios, que andes en sus caminos, y que cumplas sus mandamientos, preceptos y leyes. Así vivirás y te multiplicarás, y el Señor tu Dios te bendecirá en la tierra de la que vas a tomar posesión.”* Sin embargo hoy, un silencio de alabanzas por el celeberrimo elefante africano recorrió inveteradamente las calles, quién iba a decirlo, que un simple elefante de un circo de marras iba a volcar sus ureicas desapercibidas sobre la imagen pictórica del ilustre y macarrónico Presidente del Estado de Asunción....

El Presidente Manolo Cabulla Zumarreta soñó que estaba muriendo, pero realmente ya estaba muerto en su propia concha de animal antediluviano, su Era se había hecho añicos en el espacio, como un asteroide desintegrado en su paso vertiginoso antes de hundirse en el lodazal de una ciénaga; así culminaba su transición por la vida, por la historia de los hombres; creyéndose a sí mismo como algo monumental, supradimensional, pero sin percatarse que nadie podrá lanzar la primera piedra, así lo desees con todas las ansias de tu corazón, no porque la sensatez haya llegado al entendimiento, y te hayas mirado los pecados que llevas abultando ese saco de obscuridades suprarrenales que cargas por dentro del cuerpo, sino porque tienes las manos y los dedos tan cortos, que apenas le sobran a la punta de la nariz...

Sin embargo a pesar de las muertes en masa de las cotorras primero y de los humanos más tarde; siempre hubo retoños esperando en el tronco de los árboles, para advenir con sus novicias hojas después del crudo invierno, y

regresaron las flores anunciando el advenimiento de la nueva primavera; desde lo más intrincado de los bosques germinaron los sobrevivientes para iniciar otra vez la vida; ¿acaso no fueron de los tupidos bosques, de donde salió caminando el primer Hombre.....?

FIN

Freeeditorial 